

HARLEQUIN®

Deseo®

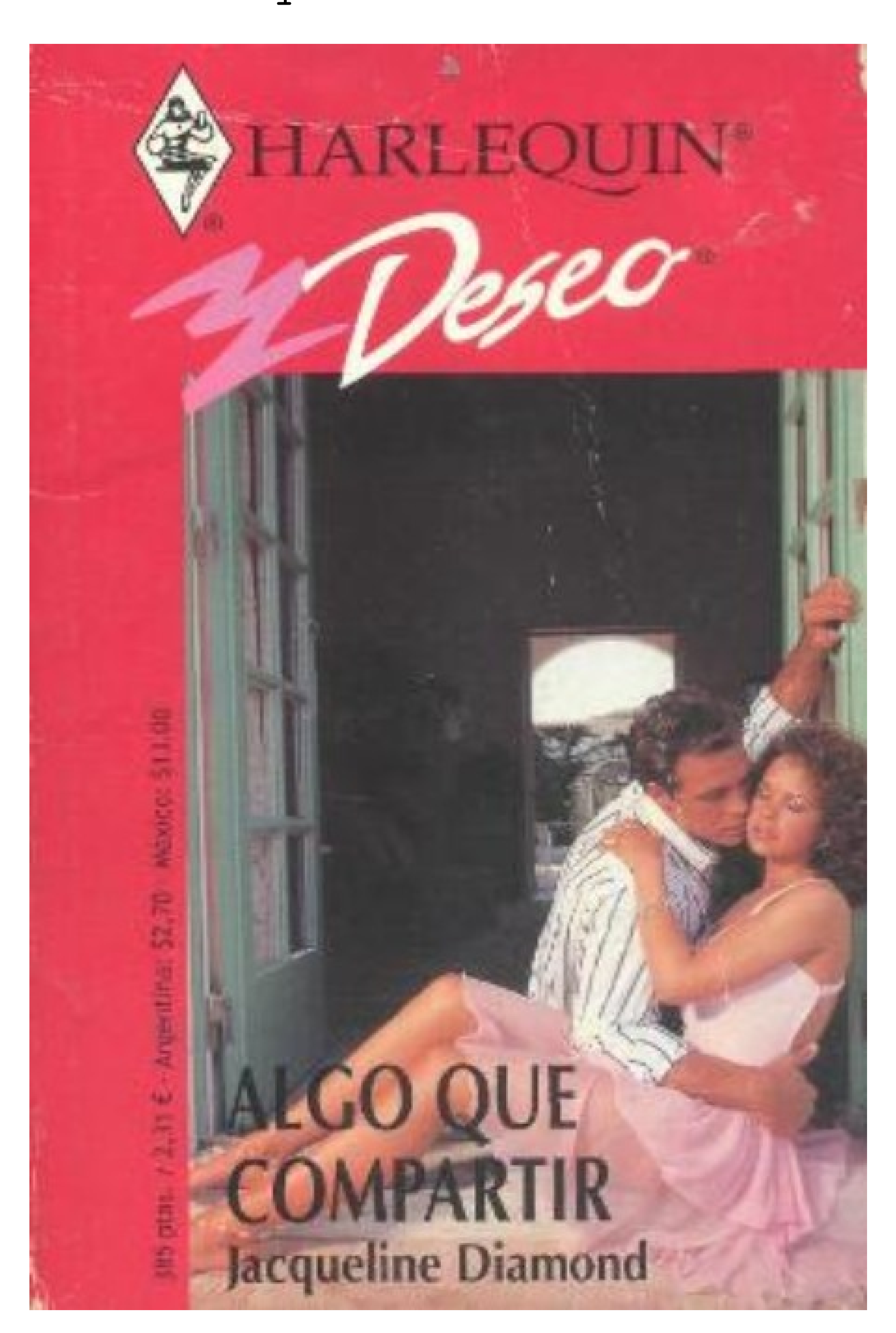
ALGO QUE COMPARTIR

Jacqueline Diamond

385 ptas. / 2,31 € - Argentina: $2,70 - México: $11,00

Algo que compartir

Jacqueline Diamond



Algo que compartir (2001)
Título Original: Excuse me? Whose baby?
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Deseo 1502
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Jim Bonderoff y Alexandra Fenton

Argumento:

El millonario y soltero Jim Bonderoff era la envidia de los hombres y la fantasía de todas las mujeres. Pero hasta que no descubrió que era padre no se dio cuenta de que algo faltaba en su vida. Aunque la mayor sorpresa no fue la llegada de la pequeñita de pelo erizado… ¡sino de la madre! Alexandra Fenton sabía que ella no estaba preparada para ocuparse de un bebé, y tampoco creía que lo estuviera Jim. La pregunta era… quién se quedaba entonces con el bebé.

Capítulo 1

—Ha llamado tu abogado.

Dex Fenton estaba bajando los peldaños de madera del edificio de estilo inglés, llevando un montón de exámenes que acababa de recoger de su clase de Shakespeare, cuando oyó el comentario del profesor Hugh Bemling.

¿Abogado? ¿De qué abogado estaba hablando?

Hugh, delgado y barbudo, estaba de pie en la puerta de su despacho, limpiándose las gafas con la corbata. Apartándose de los ojos un mechón de pelo castaño, Dex miró alrededor para ver si había alguien más a quien podría haberse dirigido.

—Yo no tengo abogado —declaró.

—Bueno, pues ha llamado un abogado preguntando por ti.

—¿Dijo su nombre?

—Sí, lo he anotado.

Hugh, que normalmente se perdía entre las estanterías de la biblioteca y había llamado a Dex por el nombre de Dixie durante los tres primeros meses que ella trabajó como su ayudante, buscó en sus

bolsillos. Sacó un recibo de la lavandería y una tarjeta del campus antes de darle un papel arrugado.

Dex se fijó en las letras con borrones de tinta.

—Oh, pelo ondulado. Oh, bella doncella… —leyó, y se detuvo.

Obviamente eso era un poema personal.

Hugh bajo la barba grisácea, se ruborizó. Le quitó el papel.

—Son… son pensamientos al azar que he anotado. No sé dónde he puesto tu mensaje.

—Seguramente sería para otra persona —dijo Dex, esperando que también lo fuera el poema—. Bueno, será mejor que me marche. Tengo que corregir todo esto para el lunes.

—¿Corregir qué? Ah, los exámenes, claro —Hugh se golpeó los bolsillos de los pantalones—. Sé que el papel está en alguna parte. Iré a mirar a mi despacho.

—Gracias, Hugh, pero no hace falta que… Dex no se molestó en terminar la frase, ya que él se había marchado.

No tenía sentido esperar. Una vez dentro, Hugh empezaría a mirar entre montañas de papeles y se olvidaría de lo que estaba buscando.

Y además, ella tenía trabajo. Aparte de ayudar al profesor, conseguía llegar a fin de mes trabajando como repartidora en el campus.

Había conseguido una licenciatura y un máster en Lengua Inglesa, pero ni los profesores ni sus padres parecían impresionados. Dex había completado el curso para su doctorado, pero se había quedado atascada en la tesis.

No conseguía reunir el entusiasmo necesario. O quizás fuera porque al convertirse en la doctora Dex Fenton tendría que abandonar el ambiente agradable de Clair de Lune en California y aceptar cualquier trabajo en la enseñanza que pudiera conseguir. Así que tenía dos trabajos de media jornada, montaba en bicicleta y vivía en un apartamento encima de un garaje. La mayor parte del tiempo le gustaban las cosas como estaban.

Una vez salió a la luz del sol, corrió hacia su bicicleta y guardó los exámenes en el compartimento lateral. Esperaba tener bastante espacio para llevar los repartos de ese día. Por suerte, era viernes, normalmente un día de poco correo.

Al montar en la bicicleta y marcharse, unos pétalos de flores se

pegaron a su jersey rosa y vaqueros azules. Recordó el poema de Hugh y pensó que la primavera realmente estaba afectando al profesor. Era un hombre agradable para quien le gustaran los cuarentones distraídos. Dex, que tenía veintiséis años, lo consideraba demasiado mayor para ella.

El hombre que le gustaba tenía treinta y pocos, con pelo oscuro y ojos marrones. Daba la impresión de ser más alto de lo que era en realidad, y tenía caderas estrechas que se movían con un ritmo sensual.

Dex movió la cabeza disgustada. ¿Por qué estaba pensando en un hombre con el que no quería tener nada que ver?

La sección principal de la Universidad De Lune se extendía sobre un rectángulo, y su simetría solo la alteraba el centro de la facultad de cristal y acero. Dex estaba pasando junto a esa instalación cuando recordó una noche fría, cuatro meses antes.

En aquella fiesta de Navidad resaltaron el muérdago, la música de baile, los coqueteos alegres y una relajación general de las inhibiciones. Y Dex, con el atontamiento provocado por el ponche, había sentido los ojos de un hombre sobre ella con inesperada intensidad.

Él la invitó a bailar y se río de todo lo que ella le contó. Dex no se resistió cuando él la sacó al jardín, le acarició los rizos con las manos y la besó con pasión. Todo fue tan borroso, tan sensacional y tan… loco. Dex pedaleó más rápido, intentando dejar atrás la escena y el recuerdo de lo que siguió.

Más adelante, llamó a la puerta de una entrada trasera del edificio de administración. Esa era la morada de Fitz Langley, el encargado de mantenimiento y comunicaciones.

—¡Eh, Fitz! —gritó Dex—. ¿Tienes algo para hoy?

La puerta crujió mientras quitaba el cerrojo. Finalmente se abrió y asomó una cabeza digna de colgarse en la pared de un cazador, con la melena desgreñada, frente ancha, nariz aplastada y una boca que podría rugir, pero rara vez lo hacía.

Fitz le dio dos sobres y una caja.

—Casi todo está repartido, pero acaba de llegar esto. Por cierto, ha llamado tu abogado.

Vaya, parecía que realmente había un abogado esforzándose por encontrarla.

—¿Qué abogado? —preguntó—. ¿Ha dicho su nombre?

—Te lo he enviado por email.

—Solo miro mi correo cuando meto notas en el ordenador. ¿No puedes decírmelo?

—Cuando envío información lo borro de mi memoria —declaró Fitz, metiéndose de nuevo en su guarida.

Dex ató los repartos en la parte trasera de su bicicleta. Mientras pedaleaba, se preguntó si alguien habría muerto. Esperaba que no.

Por lo que sabía, sus padres, que vivían en Florida, tenían una salud excelente. Les llamaba poco, ya que ellos solo escuchaban cuando ella les deslumbraba con algún logro. Pero aún así, se habría enterado si alguno estuviera enfermo.

Su único familiar cercano aparte de ellos era su hermana menor, Brianna, una precoz editora de revista de veinticuatro años. Si algo le hubiera sucedido, habría llamado su marido, y no un abogado. Dex estaba segura de que no tenían ninguna tía abuela millonaria que hubiera muerto. De hecho, ninguna persona rica se había cruzado en su camino aparte de aquella única vez, y prefería no volver a oír ni saber de él.

Y como para recordar ese error, volvió a pasar junto al centro de la facultad. Dex apretó los dientes y pedaleó más rápido.

No sabía qué le había sucedido aquella noche. No era un hombre para ella. Demasiado directo. Demasiado seguro.

Dex necesitaba a alguien amable y comprensivo, alguien que le ofreciera el calor que había necesitado al crecer. Incluso en la fiesta, fue consciente del grave error, pero en los brazos del Señor Caliente, se transformó en una Jezabel cargada de hormonas.

Lo único bueno de toda la noche fue que nadie se fijó en el hombre que entró y salió del apartamento de Dex. En Clair de Lune, todo el mundo cotilleaba bastante.

Dex rodeó una esquina y tuvo que girar bruscamente para evitar chocar con dos estudiantes enamorados que estaban de pie contra la pared, con las piernas entrelazadas, los labios unidos y sin dejar de toquetearse. La primavera era la estación del amor entre los estudiantes.

En el departamento de arte, subió corriendo los escalones y con un breve saludo, dejó la caja en la mesa de la secretaria. Algunos días se quedaba un rato a charlar, pero ese día tenía que ocuparse de los exámenes, y también quería averiguar qué era ese asunto del abogado.

Dejó uno de los sobres en el departamento de música y se dirigió

hacía el edificio de ciencias. La última entrega era para el centro de investigación de fertilidad.

En cuanto entró, notó algo extraño. Normalmente ese lugar tenía un aspecto estéril, con la recepcionista sentada sola frente a su mesa. Pero ese día, profesores, estudiantes y técnicos estaban en la entrada formando grupos.

Dex vio a una estudiante de doctorado a la que conocía.

—Eh, Lashawna, ¿qué ocurre?

La mujer alta afroamericana se giró hacia ella. Pero en lugar de saludar alegremente, Lashawna apretó contra ella su carpeta como si fuera un salvavidas.

—Es la doctora Saldivar. Ha tenido un accidente.

—¿Un accidente? ¿Aquí?

—No, en la India —declaró la mujer con los ojos húmedos—. Tenía que haber vuelto ayer de una conferencia médica, pero… —se mordió el labio—. No dejamos de oír rumores. Algo sobre un elefante.

Helene Saldivar era una investigadora brillante que ayudaba a las parejas a tener hijos.

—Sus pacientes estarán muy disgustados.

—¿Sus pacientes? —dijo Lashawna—. En realidad ella no trata…

En ese momento se acercó la recepcionista y le quitó a Dex el sobre de las manos.

—Siento mucho interrumpir, pero aún hay trabajo por aquí.

Dex asintió sintiéndose culpable.

—Espero que el accidente no sea nada serio —le dijo a su amiga, y se marchó corriendo.

Deseando empezar a corregir, recorrió a toda prisa las tres manzanas que separaban el campus del apartamento que le había alquilado la decana de literatura que estaba retirada…

Entre una manzana de bungalows de colores pasteles y palmeras, se levantaba la casa de la decana Marie Pipp, oscura, como salida de un cuento de hadas. Un enorme eucalipto daba sombra a casi todo el jardín.

Al otro lado de la calle, la pequeña y anciana señora Zimpelman dejó de podar sus rosales y saludó a Dex. Luego sacó su teléfono móvil y llamó a una de sus amigas cotillas. La señora Zimpelman informaba

de todo lo que ocurría en Forest Lañe.

Marie Pipp, por el contrario, solo se ocupaba de sus cosas. Pero ese día debía de haber estado mirando por la ventana. Cuando vio a Dex, salió al porche envuelta en un chal de flecos.

—¡Hola, querida! ¡Tienes un mensaje telefónico!

Pero Dex sabía de antemano de quién era.

La firma de abogados de Page, Bittner y Steele ocupaba la planta séptima del edificio de oficinas más alto de Clair de Lune. Tenía cuatro ascensores, dos de ellos estropeados y el tercero solo para subir a partir de la octava planta.

Dex esperó en el vestíbulo durante un rato. Pensó que debió haber almorzado antes, pero Marie Pipp, aunque veía muy bien de lejos, apenas podía descifrar su letra picuda, y le dijo que el abogado necesitaba verla enseguida.

—Es un hombre muy importante de la ciudad —le había dicho la mujer—. Ya sabes, la firma de Algo, Algo y Algo. El señor Algo fue alcalde el año pasado, ¿no? Es su socio, el señor Algo el que quiere verte.

—Page, Bittner y Steele —había descifrado Dex cuando leyó la nota.

Era una firma muy prestigiosa. ¿Qué querrían de ella con tanta urgencia?

Sintiendo curiosidad y cansada de los continuos mensajes, Dex montó en su bicicleta y fue a verles.

Al otro lado del vestíbulo de suelo de mármol, la puerta giratoria cobró vida. Aunque el sol que se reflejaba en las puertas de cristal la cegó, Dex oyó murmullos de otras personas que esperaban al ascensor, como si hubiera entrado en el edificio una celebridad.

La visión de Dex se aclaró. Hacia los ascensores se dirigía la figura del multimillonario de la ciudad, que también resultaba ser uno de los mayores benefactores de la Universidad De Lune y un miembro que visitaba frecuentemente la facultad.

Su cuerpo era atlético y musculoso. El pelo oscuro estaba ligeramente aclarado por el sol, aunque hacía años que había dejado de hacer surf para ocuparse durante el día de su empresa de software y durante la noche de hacer a las mujeres muy felices.

James Bonderoff era conocido por su estilo de vida sofisticado y, a juzgar por las fotografías en los periódicos locales, por su exquisito gusto por las mujeres. Prefería mujeres deslumbrantes, ejecutivas y profesionales, que se veían maravillosamente bien saliendo y entrando de sus coches caros.

Normalmente no iba con mujeres de pelo rizado y algo rechonchitas. Posiblemente ni siquiera recordaría a Dex.

James sonrió al grupo.

—¿Ocurre algo con los ascensores? En ese momento, la puerta del único ascensor que funcionaba se abrió. La gente se separó para dejarle entrar.

Dex intentó echarse hacia atrás, pero estaba demasiado cerca de las puertas. La gente al entrar la empujó, y ella quedó justo al lado del último hombre en la Tierra al que quería volver a ver.

Olía a perfume caro, y llevaba su traje de seda con la misma naturalidad que si fueran vaqueros y camiseta. Bajo la tela elegante, se notaban sus músculos y, sobre todo, los notó más porque al empujar, la gente aplastó a Dex contra sus pectorales.

En el reducido espacio, su presencia dominante despertó en Dex una mezcla de inquietud y anhelo. Había demasiado de él. Sus piernas eran demasiado largas, los hombros demasiado anchos, la cara demasiado escultural…

No podía imaginarse rodando en un delirio de éxtasis con un hombre así. O más bien, no quería imaginarlo, porque lo había hecho, y lo lamentaba desde entonces.

Una mujer alta al otro lado del ascensor dirigió a Jim una mirada de deseo y con gesto seductor se pasó los dedos por el pelo. Dex se quedó impresionada. ¡Ella no podía pasarse los dedos entre su melena enmarañada!

Mientras paraban piso tras piso, los ocupantes se fueron bajando. Al final, solo quedaron dos personas en el ascensor.

Dex se apartó de Jim, manteniendo la mirada hacia otro lado. Con suerte, él saldría rápidamente en la planta séptima y ella no volvería a verlo.

—¿No te conozco?

El comentario traspasó el sistema nervioso de Dex. Pero se armó de valor, levantó la barbilla y le miró a los ojos.

—Podría decirse que sí.

Entonces se dio cuenta de que había confundido la distancia. Estaba más cerca de él de lo que había pensado, tanto que cuando el ascensor se detuvo, el pequeño bote hizo que ella se echara contra su brazo.

Pero se apartó a tiempo de ver la sorpresa en su rostro. ¡Por Dios, que no la reconociera!

—¿No hemos…? —empezó Jim.

—Fue mi hermana gemela —le interrumpió Dex—. Es la que hace estupideces en las fiestas de la facultad.

El rostro de Jim registró confusión, curiosidad, duda… Cuando las puertas se abrieron, Dex salió corriendo, evitando así más conversación.

Delante de ella las letras de la firma de abogado brillaban en unas puertas de cristal. Aparentemente, ocupaban toda la planta séptima.

—¿Vas a ver a tu abogado? —preguntó Jim, que estaba muy cerca de ella.

—¿Mi abogado? —preguntó perpleja, ¿cuánto dinero pensaba ese hombre que tenía?—. Bueno, ya sabes, entre el entrenador personal y la peluquera, me encontraba algo aburrida, así que he decidido venir a ver a mi abogado.

Pero su humor resultó un fracaso. Él la siguió por las puertas dobles de cristal, posiblemente ofendido o simplemente aburrido.

El despacho del abogado estaba decorado en un blanco y negro tan intenso, que las personas parecían intrusas. Entonces, de la parte trasera, se oyó llorar a un bebé. Si iba con la decoración, debía ser un bebé pingüino.

Al ver a Jim, la recepcionista se levantó para atenderle. La única otra persona presente era un joven ocupándose de las plantas. Se quedó mirando el pecho de Dex tan fijamente que accidentalmente regó un armario.

—¡Señor Bonderoff! —exclamó la recepcionista—. Es un honor. Y usted debe ser la señorita… Fenton. El señor Page está esperando.

—¿A cuál de nosotros? —preguntó Dex.

—A los dos —dijo la mujer.

—¿A los dos? —preguntó Jim tan perplejo como ella—. Debe haber algún error.

—Oh, no —dijo la mujer—. Por favor, entren.

Dex y Jim intercambiaron una mirada. Entonces, ella se dio cuenta de que fue un error. Sus ojos la penetraron profundamente. Dex apartó la mirada y se recordó que ellos solo tenían una cosa en común que no quería repetir. Así que no podía imaginar qué podía querer un abogado de ellos.

—¿Te representa este abogado? —preguntó Dex.

—No, mi empresa tiene su propio departamento legal. Estoy tan intrigado como tú.

Bueno, entonces tenían dos cosas en común.

Siguiendo las instrucciones de la secretaria, cruzaron el suelo blanco y negro y entraron en un despacho del tamaño de una pista de patinaje. El diseño en blanco y negro continuaba en la alfombra con dibujos geométricos y una enorme mesa negra.

Una pared de cristal daban a los tejados rojos del centro de Clair de Lune. Los bloques se extendían en todas, direcciones. Incluso desde esa altura Dex pudo distinguir macetas en algunas ventanas.

Deseó estar fuera, en cualquier parte menos allí. La cercanía de James Bonderoff estaba siendo más perturbadora que su ausencia.

De detrás de la enorme mesa salió un hombre con la espalda encorvada y ojos claros.

—Burt Page —dijo—. Nos conocemos —añadió, extendiendo la mano hacia Jim.

—Oh, sí. El mes pasado en el desayuno de la Cámara de Comercio, ¿correcto? —Jim le devolvió el apretón de manos.

—¿De qué va todo esto? —preguntó Dex.

—Ah, señorita Fenton. Por favor, siéntense.

Jim se sentó. Dex también lo hizo, pero tuvo que apoyar los pies en una barra porque no le llegaban al suelo.

—Bueno —Burt Page cruzó las manos sobre la mesa—. Es una situación peculiar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jim.

—Es sobre Helene Saldivar —dijo el abogado—. ¿La conocen?

—Yo he financiado algunas investigaciones suyas —declaró el millonario.

—¿Es su única conexión con ella?

Jim se aclaró la garganta.

—Bueno, me hizo algunas pruebas médicas privadas, como un favor… Es una persona admirable —añadió rápidamente—. Espero que no ocurra nada.

Pero el abogado no le respondió.

—¿Y usted, señorita Fenton? ¿También la conoce?

—Algo así —dijo evasiva, ya que el tipo de relación que había tenido con Helene Saldivar no era algo que quisiera discutir delante de James Bonderoff—. He oído que ha tenido problemas con un elefante.

—Eso me temo —el abogado colocó un montón de papeles delante de su mesa—. Parece que mientras estuvo en la India sufrió un problema de corazón.

Jim frunció el ceño.

—¿Sufrió un infarto?

—Fue una desafortunada coincidencia —continuó el abogado—. Aunque no es raro que un conductor sufra un ataque y choque, es la primera vez que he oído de alguien que sufre un infarto y cae de un elefante.

—¿Se pondrá bien? —Jim se echó hacia delante con las manos apretadas.

—Me temo que el accidente fue fatal —respondió el abogado.

Se hizo el silencio. Dex lo rompió.

—¿Está muerta?

Page asintió con la cabeza.

—Aquí tengo su última voluntad. Se les nombra a los dos.

—¿Pero por qué? —preguntó Dex.

No podía imaginar que la doctora Saldivar le dejara más que un tubo de ensayo. Ella simplemente había sido, por propia petición de la doctora, una donante de óvulos para ayudar a algunos de sus pacientes más desesperados.

Entonces recordó con un sobresalto que según Lashawna, la doctora Saldivar no trataba con pacientes.

—Yo tampoco lo entiendo —intervino Jim—. ¿Qué está ocurriendo?

—Está relacionado con Ayoka —dijo el abogado.

—¿El elefante? —preguntó Dex mordiéndose las uñas.

—No, no —Burt Page se aclaró la garganta, miró hacia su mesa, luego al techo, y después a la ventana—. Ayoka no es un elefante. Es… un bebé.

Capítulo 2

Normalmente, el cerebro de Jim trabajaba en múltiples campos a la vez. Podía resolver varios problemas simultáneamente y su mente sabía operar en distintos universos. Pero en ninguno de esos universos tenían sentido las palabras de Burt Page.

—¿Qué bebé? —preguntó—. Si ella se fue a la India para adoptar uno, ¿qué puede eso tener que ver con nosotros?

—Ayoka no es adoptada —delaró el abogado tragando saliva—. Es suya. Es… de ustedes dos.

Dex se puso blanca y empezó a desvanecer.

Pero Jim la sujetó del brazo para enderezarla. Al hacerlo, un mechón de su melena le rozó la mejilla. Olía a champú de hierbas.

Esa mujer despertaba en él una fuerte respuesta masculina. Cuatro meses antes le había hecho perder el control. Y Jim Bonderoff era un hombre que nunca lo perdía.

Él se había deleitado con su espontaneidad y sus curvas generosas. Ella no encajaba con la imagen de esposa y madre que se había hecho en la cabeza, pero Jim había empezado a pensar, por primera vez en años, que quizá debería dejar de intentar controlar todos los aspectos de su vida y simplemente confiar en sus instintos.

Entonces Dex le había anunciado que iba a abandonar la ciudad y se negó a darle una dirección. Él se había sentido decepcionado y consideró intentar encontrarla.

Pero unos días después, su sentido común apareció. Obviamente no era la mujer adecuada para él, y los dos lo sabían. Así que él dio los pasos necesarios para asegurarse de que nunca volvería a perder el control de ese modo.

Pero la cálida presencia de esa mujer penetraba en todas las capas de su conocimiento.

Estaba deseando tocar su barbilla y ese pelo, que recordaba cómo se extendía sobre la almohada, y besar sus labios, que parecían capullos de rosas.

—¿Está bien, señorita Fenton? —preguntó Burt—. Quizá debería llamar a un médico.

—Estoy bien —Dex se soltó de Jim—. Y tampoco hace falta que me sujeten.

—Te ibas a caer —dijo Jim.

—No, solo estaba tomando aire.

Jim se preguntó qué le había pasado. ¿Pelo extendido sobre la almohada? ¿Labios como capullos de rosa?

—¿Qué estaba diciendo? —preguntó Jim al abogado.

—La doctora Saldivar dio a luz a una niña hace nueve meses —explicó Burt—. La llamó Ayoka, que según tengo entendido es un nombre Yoruban que significa «la que causa alegría a su alrededor». El diminutivo es Annie.

—Sigo sin ver cómo podría ser mi hija —dijo Jim—. La doctora Saldivar y yo nunca… bueno, nunca nos hemos pasado de la raya —declaró de forma diplomática.

—Pero ella le realizó algunas pruebas médicas de carácter privado, ¿correcto? —declaró Burt, mirándole a los ojos de forma significativa y Jim entendió que quería decirle que era algo delicado y que no deseaba decirlo delante de una dama. Jim entonces hizo la conexión. Durante toda su vida adulta había considerado la paternidad como un sueño imposible. Tras sufrir un doble ataque de paperas en la adolescencia, había temido que podría ser estéril.

Y por compasión hacia otros con problemas similares, empezó a donar dinero para investigación en fertilidad.

Año y medio antes, le mencionó el tema a la doctora Saldivar y ella se ofreció a analizar su esperma con total discreción.

Poco después, Jim supo que podía ser padre de toda una prole. Helene le dijo que su esperma era tan potente que prácticamente se salió del tubo de ensayo como si fueran pequeños delfines.

Aparentemente ella se había quedado unos cuantos delfines para su propio uso. Al darse cuenta, Jim sintió como si le dieran un golpe en el estómago.

—¿Yo soy el padre? —preguntó con un sonido casi ahogado.

Burt cruzó las manos sobre la mesa y no le contestó directamente.

—De joven, la doctora Saldivar no quería tener hijos, así que se ligó las trompas. Pero al pasar los años, cambió de opinión, aunque la operación era irreversible.

—Entonces necesitaba un padre para su bebé y me eligió a mí, aunque sin mi consentimiento —dedujo Jim—. Pero ha dicho que se hizo una ligadura de trompas. Si ella no podía ovular, entonces

quién…

Se calló. Dentro de la habitación, el silencio se hizo palpable. Jim miró a Dex. Ella se estaba quitando el esmalte de uñas, con la mirada perdida.

—Eso es —dijo Burt—. La señorita Fenton es la madre biológica.

Dex dejó de destrozarse la manicura y miró al abogado.

—Yo nunca autoricé nada así. La daremos en adopción, por supuesto. Por eso doné mis óvulos, para los padres que deseaban un bebé…

¿Dar al bebé? Hasta ese momento, Jim había desconocido que tenía una hija, pero supo al instante que no iba a permitir que unos extraños se ocuparan de ella.

Hacía años que deseaba hijos, aunque no sin estar casado y tampoco con Dex Fenton. Pero el destino, en la forma de Helene Saldivar, había apartado el asunto de sus manos.

—¿No quiere conocerla? —preguntó Burt.

—No —dijo Dex.

Jim lamentó que esa mujer no quisiera a su propio bebé, pero quizá fuera mejor así.

—Yo me quedaré con ella. Si tengo una hija, acepto toda la responsabilidad.

—¿Qué sabes tú de niños? —preguntó Dex—. ¿Sabes cambiar un pañal? ¿Y sabes cómo dar de comer a un bebé?

—Puedo aprender —se defendió Jim.

Burt levantó las manos con gesto paternalista.

—Quizás ayudara que conocieran a Annie. Está con su niñera aquí, en otra habitación.

Jim recordó que al entrar había oído llorar a un bebé. Y en ese momento estaba deseando llevársela a su casa.

—¡Claro que sí! Y se vendrá a mi casa. Y si hace falta, le cambiaré de pañal aquí, encima de la mesa.

—Eso no será necesario —declaró el abogado—. ¡Señorita Smithers, ya puede entrar!

Dex luchó contra la debilidad que sintió. Lo último que deseaba era marearse y que Jim tuviera que sujetarla de nuevo.

No quería que él la tocara, y tampoco quería ver al bebé. Si lo

hacía, podría tomar una decisión que sería catastrófica para la niña.

Todos los niños merecían un hogar con padres cariñosos que fueran capaces de criarlos con risas y ternura. Ninguna madre condenaría a Annie a una vida al lado de un arrogante mujeriego haciendo el papel de padre. Pero tampoco podía quedarse ella con el bebé, sabiendo que, aunque por fuera pareciera una mujer de carácter ardiente, en realidad tenía el corazón de hielo.

Dex fue criada por unos padres que no supieron amar, solo aprobar o desaprobar lo que hacía. A menudo oía sus voces en la cabeza criticando sus acciones, y en su propio tono cuando ella corregía a un estudiante. Nunca impondría una madre así a un bebé inocente.

A una persona honrada no le importaba reconocer sus defectos. Lo que Dex más deseaba, la familia amorosa que nunca había conocido, era algo que ella no tenía capacidad de dar. Pero era capaz de un gesto desinteresado. Salvaría a Annie de un destino similar.

Se armó de valor cuando una mujer flaca como un palillo entró en el despacho empujando una sillita de paseo. Dentro, y sujeta con correas, con el pelo ensortijado y el cuerpo regordete retorciéndose por liberarse, estaba… Dex.

Una Dex diminuta. Una Dex de nueve meses, preparada para cometer los mismos errores que ella, para acobardarse delante de los niños que se burlaran de su gordura adolescente y para llorar antes de dormirse por las noches.

Annie necesitaba un hogar con padres que pudieran protegerla y apoyarla. Merecía crecer feliz y con más capacidad de amar que la madre a la que se parecía.

—Es sorprendente —Jim se levantó y fue a arrodillarse junto a su hija—. Es igual que yo.

—¿Qué dices? ¿Desde cuándo tienes el pelo rizado? —preguntó Dex enojada.

—¡Oh, eso! —Jim no prestó atención a sus palabras—. ¿Pero no has visto sus ojos? Son míos. ¡No hay duda! —declaró, sacando a Annie de la sillita y levantándola hasta su hombro.

Dex no dijo nada, pero interiormente admitió que era cierto. La niña tenía los mismos ojos marrones penetrantes, y no azules como ella. Pero eso solo era un pequeño parecido.

Encantada de estar en las alturas, la niña empezó a reír y a mover los bracitos.

—Ga, ga, pa, pa, da, da…

—¿La has oído? —preguntó Jim—. ¡Ha dicho papá!

—Estás soñando —le dijo Dex.

—Les sugiero que los dos lleguen a algún acuerdo —dijo Burt—. En su testamento, la doctora Saldivar explica el origen del bebé y recomienda que ustedes tengan la custodia compartida ya que la niña no tiene parientes cercanos. Imagino que podrían llevar esto a un tribunal, pero dudo que eso fuera en beneficio del bebé.

Y tampoco beneficiaría en nada a la economía de Dex. De hecho la batalla estaría perdida antes de empezar, ya que la mejor representación legal que ella podría permitirse sería un estudiante de Derecho de la Universidad De Lune.

El año anterior, el centro de ayuda legal del campus se ocupó de un caso de custodia, y si Dex recordaba correctamente, el padre terminó con la custodia de su suegra y el juez se llevó al bebé a su casa. O al menos eso se había publicado en el periódico del campus.

—No hay más que hablar. Yo me ocuparé a partir de ahora —Jim se giró a la niñera—. Señorita Smithers, me gustaría que trabajara para mí.

—Eso puede arreglarse —la niñera frunció el ceño mirando al bebé y, de repente, sacó un peine—. Un momento, señor.

Y poniéndose de puntillas, le pasó el peine por el pelo rizado, pero se quedó enganchado.

—Por supuesto, le pagaré bien —dijo Jim—. Tendrá los mismos beneficios y planes de jubilación que todos mis empleados.

—El sueldo de la doctora Saldivar no sería apropiado. Sé perfectamente quién es usted, señor —declaró la niñera, sacando un frasco de suavizante y rociando el pelo de Annie, quien soltó un gemido y se llevó las manitas a la cabeza—. ¡No, no, no! —le riñó la señorita Smithers, apartándole las manos y pasándole el peine por los rizos—. Ha vuelto a perder la cinta del pelo. Creo que debe comérselas.

—¿Le estaba pagando poco las doctora Saldivar? —preguntó Jim, quitándose un pegote de suavizante de la mejilla.

—La doctora Saldivar tenía que arreglárselas con un sueldo de investigadora. Usted no —respondió la mujer con sequedad, sacando de su bolso una cinta de pelo de plástico y apretando los dientes—.

Quédate quieta, Ayoka —declaró, poniendo la cinta a la niña en la frente y echándole el pelo hacia atrás muy tirante mientras los ojos de Annie se llenaban de lágrimas.

—Estoy dispuesto a subirle el sueldo si estaba mal pagada —declaró Jim—. Pero solo en ese caso.

Dex no pudo soportarlo más.

—¡No la toque! —le gritó a la señorita Smithers—. Es una mujer horrible, ¿no ve que la cinta le hace daño?

Y cruzando la habitación acelerada, Dex le quitó la cinta de plástico de la cabeza y la puso en las manos de la niñera.

—No estoy dispuesta a cuidar a una niña con el pelo enmarañado —declaró la niñera, mirando con disgusto la melena de Dex.

Jim se quedó mirando con sorpresa las lágrimas en las mejillas de su hija.

—No me había dado ni cuenta —declaró.

—¡Claro que no! —exclamó Dex—. No eres más padre de lo que yo soy madre. Y eso no es excusa para una niñera. La niña necesita una familia verdadera.

—Puedo aprender —dijo despacio el millonario—. Y en cuanto a la señorita Smithers, como no he podido llegar a un acuerdo sobre su salario, no necesitaré sus servicios.

—Rata —murmuró la mujer.

Y después de recoger el frasco de suavizante de la mesa, donde dejó un cerco, salió de la habitación.

Retorciéndose para verla marchar, la niña se deslizó entre los brazos de Jim. El zapato izquierdo se cayó al suelo, y un tirante de su vestido amarillo se le bajó por el brazo. El vestido, que a Dex le pareció demasiado recargado, estaba a punto de caer también.

—Yo la tomaré en brazos —sin esperar permiso, Dex deslizó las manos bajo los brazos de la niña y se la puso en su hombro, donde Annie pareció descansar contenta—. Y por cierto, me encanta tu pelo, chiquitína.

Jim sonrió.

—He de admitir que se parece a ti un poco —dijo, sin parecer notar la mancha de baba que la niña le había dejado en su carísimo traje.

—¿Parecerse? —preguntó Dex, que no podía enfadarse teniendo a esa niñita en sus brazos—. Es exacta a mí.

—Es medio tuya —reconoció Jim—. Y medio mía. Pero, Dex, tú has dicho que no la quieres.

—Quiero lo mejor para ella. Una buena casa, no una mansión fría del tamaño de un hotel.

—¿Es mejor tu apartamento? —replicó Jim—. ¿Una habitación encima de un garaje, con ropa tirada por todas partes y el frigorífico vacío aparte de tofu?

—No tenía conocimiento de que ustedes se conocieran de antes —dijo Burt.

Jim se quedó con la boca abierta. Dex se puso colorada al pensar en lo irónico de la situación. Ella y ese hombre habían hecho el amor desenfrenadamente cinco meses después del nacimiento de su hija. Aunque desde luego no iba a contarle eso al abogado.

—Nos conocíamos —declaró.

—Quiero proponer un arreglo —Jim levantó un dedo hacia Annie, quien lo sujetó y mordisqueó—. Tú no crees que pueda ser un buen padre. Bien, pues te lo demostraré.

—¿Cómo? —Dex no quería ningún acuerdo, pero no estaba en posición de discutir.

—Ven a pasar unos días a mi casa —propuso Jim—. Me quedaré con Annie de prueba, y tú vigilarás para asegurarte de que le doy un hogar adecuado.

—Si quiere contratar otra niñera, en esta zona hay una oficina de empleo —sugirió Burt.

—Le diré a mi secretaria que se ocupe de eso —dijo Jim—. Mientras tanto, mi mayordomo y mi doncella podrán cuidarla cuando yo esté ocupado. Y la señorita Fenton también puede ayudar si quiere.

—No veo cómo vas a demostrar que puedes darle un hogar —dijo Dex, abrazando a Annie con más fuerza—. ¿El mayordomo y la doncella te echarán una mano? ¿Y luego la dejarás con una niñera contratada? No es aceptable.

Por no mencionar que ella no tenía ningún deseo de meterse en la vida de ese hombre. Dex tenía su propia vida, aunque fuera modesta. Y su intimidad. Y su cordura.

—La situación solo será temporal —respondió Jim—. Pronto me casaré.

Dex sintió calor, frío y calor de nuevo. ¿Iba a casarse? ¡Y por supuesto, no era con ella! ¿Entonces, con quién?

—Felicidades —dijo Burt—. Por el modo en que corren los rumores en Clair de Lune, me sorprende no haber oído antes las noticias.

—Me gusta jugar mis cartas con cuidado —dijo Jim.

—¿Y cuándo ha sucedido eso? —preguntó Dex, y solo la presencia del abogado evitó que le recordara que en la última fiesta de Navidad, Jim había estado disponible.

—En realidad no ha sucedido nada —Jim se cruzó de brazos con aire de seguridad—. Hace años que tengo una relación informal con mi mejor amiga del instituto. Es psicóloga y se dedica a la investigación en Washington D.C. Hace tres meses, le hice la proposición. Aún no me ha contestado, pero solo es cuestión de tiempo.

Dex hizo cálculos mentales. Eso fue solo un mes después de que ellos pasaran la noche juntos. ¿Por qué había decidido de repente pedirle en matrimonio a esa amiga que vivía tan lejos?

Era cierto que Dex le había dado calabazas cuando él le había pedido verla de nuevo. Pero eso no excusaba que corriera a pedirle la mano a otra.

—Que vayas o no vayas a casarte, no tiene nada que ver con la custodia —le dijo—. Annie necesita padres ahora, no cuando tu amiga decida darte una respuesta.

Jim la miró fijamente, y Dex sintió, al igual que en la fiesta de Navidad, la intensidad de su deseo.

—Creo que deberíamos discutir esto almorzando en privado.

Burt miró su reloj.

—Buena idea. No quiero meterles prisa, pero tengo otro cliente que llegará en unos minutos. Por cierto, si lo desea, Jim, puedo hacer que esta tarde lleven los muebles y ropa de Ayoka a su casa.

—Me parece bien. ¿Comemos, Dex?

A ella no le entusiasmaba la idea de pasar tiempo a solas con Jim Bonderoff, ni siquiera aunque supusiera una comida gratis.

Pero tenía la responsabilidad de asegurarse de que Annie encontraba una familia adecuada. Dex levantó la barbilla desafiante.

—Claro. Será un placer.

Capítulo 3

Jim deseó haber llevado su turismo en lugar del coche deportivo. Fue difícil colocar el asiento de Annie en la parte trasera, y todo un reto meter y atar la bicicleta de Dex y la sillita de paseo, que quedaron sobresaliendo del maletero.

De todos modos, en cuanto se sentó, disfrutó rozando a Dex con sus piernas. Estar apretados tenía sus ventajas.

Prefirió no cuestionarse la fuerte respuesta física que sentía hacia ella. Aquella noche en la fiesta de la facultad, le había echado la culpa a la bebida. Ese día, atribuía su reacción a la llegada de la primavera.

Y nada de eso tenía que ver con Nancy Verano, su futura prometida.

—Bueno —dijo Jim saliendo del aparcamiento y entrando en el tráfico—, ¿por qué tuviste que marcharte? Cuando me lo dijiste, me dio la impresión de que te mudabas definitivamente. De otro modo, te hubiera llamado.

—Me fui de vacaciones de Navidad —declaró Dex, intentando ponerse lo más recta posible, aunque la rodilla de Jim seguía rozando su muslo.

—¿Seguro que no estabas intentando librarte de mí? —insistió Jim.

—¿Te enfadarías si te dijera que sí?

—Enfadarme no. Me quedaría perplejo.

Jim aceleró en un semáforo en ámbar y se dirigió hacia las afueras de la ciudad. El viento que entraba por la ventana le alborotaba a Dex la melena.

—¿Perplejo de que no sucumbiera a tus encantos?

—Sí sucumbiste —le recordó Jim.

—Fue por el ponche. Lo hizo el presidente Martín. Siempre los carga de alcohol.

Jim se había justificado diciéndose eso mismo, pero oírlo de boca de Dex le molestó. Y no fue porque su ego se sintiera herido, sino porque con esa mujer había experimentado un abandono sexual especial, y todo le había indicado que ella sintió lo mismo. ¿Entonces

por qué no quiso repetirlo?

—No hacía falta haberme dado una excusa —dijo Jim—. Sé aceptar un no por respuesta.

Ella frunció el ceño.

—No sé por qué te engañé. Simplemente no eres mi tipo.

Ella tampoco era su tipo. Al menos eso había pensado hasta que la conoció.

Para ser tan pequeña, Dex tenía un cuerpo voluptuoso, con pechos generosos y cintura delgada. Jim recordaba una postura en especial, cuando él había estado echado en el suelo mientras ella se ponía encima. Los dos habían gritado de placer y agonía.

—Pues la verdad es que los dos encajamos bien —dijo Jim.

—Pero no soy como las mujeres con las que sales normalmente —señaló Dex.

En ese momento traspasaron las verjas de hierro de Villa Bonderoff.

—¿Y cómo lo sabes?

—He visto tu foto en las revistas. Tus amigas siempre son altas y muy delgadas.

—¿En serio? No me había dado cuenta.

Jim intentó imaginarse a Nancy. Su amiga del instituto era más alta que Dex, no había duda, y no creía que tuviera los pechos tan grandes, aunque nunca habían llegado tan lejos como para estar seguro.

No podía verla con mucha claridad en su mente. Era raro, ya que se conocían desde hacía más de veinte años.

La carretera llegaba hasta una colina y giraba entre unos árboles. Aunque Jim se había hecho la casa cuatro años antes, nunca dejaba de maravillarse cuando daba la curva y se veía la mansión blanca de estilo mediterráneo llena de balcones.

—¡Vaya! —exclamó Dex, sin poder contenerse.

—Annie tendrá mucho sitio y juguetes —dijo Jim, girando a la derecha y dejando a un lado el aparcamiento para invitados—. Los mejores colegios, y un caballo si lo desea.

—¿Es eso lo que piensas que hace feliz a un niño? ¿Las posesiones?

—Me doy cuenta de que nosotros tenemos diferentes estilos de vida —dijo Jim, prefiriendo no meterse con su apartamento—. Pero la riqueza no excluye el amor.

Ella se quedó callada mientras el coche entraba en un camino que llevaba a seis plazas de garaje. El mayordomo había dejado la ranchera fuera, y Jim aparcó a su lado.

Se preguntó si el silencio de Dex significaba que había marcado un punto. Eso esperaba, porque deseaba a esa niña más de lo que había deseado nada, y eso decía mucho.

Annie estaba haciendo ruiditos alegres mientras él la sacaba del coche. Sus enormes ojos marrones miraron a Jim y luego a Dex, y a continuación a las flores rosas que llenaban un muro.

—Llamé antes para que el mayordomo hiciera el almuerzo. Me dijo que enviaría a alguien a comprar leche y comida para Annie.

—¿A alguien? —Dex caminaba junto a Jim en dirección a la casa, dando dos pasos por cada uno que daba él—. ¿Cuánta gente trabaja aquí?

—No mucha. Está Rocky, el mayordomo, y el jardinero y la doncella.

—¿Viven aquí?

—Tienen apartamentos sobre el garaje.

Subieron por una escalera de piedra a un jardín. Los distintos niveles del lugar, habían sido uno de sus mayores atractivos, aunque Jim se arrepintió más tarde al ver los problemas que ello causó a Rocky. Su mayordomo había perdido una pierna al servir en los marines.

Pero Rocky estaba físicamente en forma a sus cuarenta años, y odiaba que la gente le diera un tratamiento especial. Siempre había sido muy fuerte y seguía siéndolo.

Jim pensó que quizás Rocky imaginara que a los niños se les debía tratar como a reclutas. Por primera vez, se preocupó ante la posibilidad de que Annie no encajara en su casa como él había supuesto.

Si Nancy no accedía a casarse con él, tendría que contratar una niñera, aunque no le gustara la idea. Dex tenía razón acerca de que Annie debía estar con gente que la amara.

En lo alto de los escalones, Dex se detuvo para admirar la profusión de flores que asomaban tímidamente desde una roca en el

jardín. Había petunias, pensamientos y unas flores amarillas parecidas a las margaritas cuyo nombre desconocía.

—Es precioso —dijo.

—Mi arquitecto paisajista lo diseñó todo, hasta… —Jim frunció el ceño al ver una mala hierba cerca de las flores—. Bueno, eso no.

Tomó nota mental de mencionárselo a Kip LaRue, el jardinero. No era culpa del hombre ser algo descuidado. Tuvo suerte de sobrevivir a un accidente de helicóptero que le dejó con heridas en la cabeza tres años antes.

La casa de Jim era testimonio de sus años pasados en los marines. Allí hizo buenos amigos y en ese momento empleaba a algunos.

Se alegraba de haber llamado con antelación para avisar de la llegada de Annie. Seguro que al menos Grace, la doncella, sería cariñosa con la pequeña.

En cuanto Jim abrió una puerta lateral que daba a una especie de invernadero, salió un fuerte olor a desinfectante. Dex arrugó la nariz, y Annie sacó la lengua.

—¿A qué huele? —preguntó Dex—. No importa, lo reconozco. ¿Hay alguien enfermo?

—No que yo sepa —Jim se fijó en la mesa que estaba puesta con un servicio de porcelana—. Parece que vamos a comer aquí.

De no ser por el olor, habría sido un lugar precioso para almorzar. La habitación de techo altísimo, tenía enormes ventanales de cristal, un par de árboles de diseño y muchas flores y helechos que colgaban del techo. La luz filtrada entre las hojas daba al aire un aspecto mágico, como si estuvieran en otra dimensión.

—¿Se puede abrir alguna ventana? —Dex pestañeó, y Jim vio que tenía los ojos enrojecidos por el olor.

—Claro —Jim le dio a la niña, que se abrazó fuertemente a su madre—. ¿Eres alérgica?

—Normalmente no. Aunque puede que tenga alergia a tu casa.

Mientras abría un enorme ventanal, Jim esperó que hubiera hablado en broma.

—A veces a la doncella se le va la mano con los productos de limpieza. Antes era sargento de instrucción en los marines.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Dex, enterrando la nariz en la

mejilla de Annie.

—Lo dejó hace cuatro años.

Antes de que Jim siguiera hablando, la puerta interior de cristal se abrió. Estaba tan bien engrasada que el más ligero empujón la hacía chocar contra la pared. Como siempre, él se sobresaltó, y lo mismo hizo Dex.

Apareció un carrito con ruedas lleno de platos tapados y una fuente con puré de fruta. Lo empujaba un hombre muy grande con ropa militar de faena.

—¡Atención! —gritó Rocky Reardon—. ¡La comida está lista!

Todo el cuerpo de Dex se estremeció. Annie se puso las manos sobre las orejas.

Jim miró preocupado a su mayordomo. Durante los cinco años que Rocky llevaba trabajando para él, el hombre había mantenido una disciplina muy estricta. Como había tratado a Jim como su oficial superior, no habían tenido problemas. ¿Pero dónde se coloca a un bebé en la cadena de mando?

—Rocky, le presento a Annie —dijo—. Espero que se lleven bien.

La mirada de Rocky se clavó en la niña. Era una mirada aplastante que años atrás había hecho temblar las rodillas de los reclutas… incluyendo a Jim.

—Ba ba —balbuceó Annie, sin asustarse, extendido los brazos hacia él.

—Le gusto —dijo Rocky maravillado—. ¡Pero qué pequeñita! Señor, es su viva imagen, aunque mucho más bonita.

—¿Le gustan los bebés? —preguntó Dex, mirándole.

—Sí, señorita —contestó Rocky—. A veces cuido a mis sobrinas y sobrinos. ¿Puedo tenerla en brazos?

—Claro.

Dex esperó mientras el mayordomo cruzaba con paso rígido la sala. La gente nunca sospecharía que Rocky tenía una pierna artificial a menos que él se la quitara y la moviera amenazador, algo que solo había hecho dos veces: una durante una pelea en un bar y otra cuando la doncella le dijo que cocinaba las mismas basuras que se servían en los marines.

Rocky abrazó a la niña. Desde su gran altura, Annie estudió a

sus padres y soltó un gritito de alegría.

—Puedo darle de comer en la otra habitación —sugirió el mayordomo—. La pondré en mi regazo, ya que aún no tenemos trona. Estará perfectamente, señorita.

—Por mí no hay problema —declaró Dex.

—Grace ha ido a comprar, pero yo he hecho puré de frutas —con la mano libre, Rocky levantó la fuente de plata—. Son melocotones naturales, sin aditivos.

—Gracias, Rocky —dijo Jim.

—Sí, señor.

El hombre se movió como si intentara averiguar cómo saludar con un bebé en un brazo y una fuente de puré de frutas en la otra mano, entonces decidió hacer un gesto con la cabeza y abandonó la sala. Jim se sintió aliviado. Llevaba años intentando que Rocky dejara de hacer el saludo militar.

Dex miró bajo una de las tapas.

—Tiene un aspecto estupendo.

—Sírvete lo que quieras —dijo Jim, quitando otra de las tapas.

Rocky no había tenido tiempo de preparar comida caliente, pero había hecho un estupendo trabajo con los sandwiches de atún acompañados de ensalada de patatas.

Se sentaron con sus platos y vasos de té helado. Un par de veces, Dex miró hacia la puerta como si intentara ver dónde había llevado Rocky a la pequeña, pero parecían haberse desvanecido en las profundidades de la casa.

A Jim le pareció que una mujer que acababa de conocer a un bebé, especialmente uno al que quería dar en adopción, no debería estar tan preocupada por su bienestar. Se preguntó si Helene Saldivar habría demostrado tanta dedicación, especialmente después de ver la niñera que había escogido.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Dex, después de dar un par de bocados.

—Me preguntaba qué clase de madre habría sido la doctora Saldivar.

—Fría y calculadora —respondió Dex al instante.

—No sabía que la conocieras.

—¿Entonces estás de acuerdo conmigo?

Jim recordaba a la doctora Saldivar la última vez que la vio, el otoño anterior en una recolección de fondos para el centro de fertilidad.

—Parecía distante, pero yo pensaba que era una actitud profesional —dijo Jim, pero después de saber que había estado embarazada en aquel entonces, le pareció increíble que lo hubiera ocultado—. Aunque creo que tienes razón.

—Debía tener la mente retorcida para mentir como lo hizo.

—Bueno, tú también has ocultado la verdad —observó Jim, terminándose un sandwich y sirviéndose otro.

—¿Te refieres a lo de mudarme? Me entró el pánico. Y a ti también.

—¿Perdona?

—¿Vas a decirme que es casualidad que fueras corriendo a pedirle la mano a otra mujer un mes después de que nosotros nos… conociéramos?

Jim frunció el ceño. A él no le había parecido extraño pedirle la mano a Nancy un mes después de estar con Dex. Le había parecido perfectamente natural.

Había planeado casarse con Nancy desde hacía tiempo, pero sus carreras se habían interpuesto. Especialmente la de ella. Nancy había abandonado Clair de Lune para enseñar en un pequeño colegio de Alaska, y luego aceptó una beca de investigación en Washington.

Y entre tanto, siempre se había negado a aceptar cualquier ayuda de Jim, quien simplemente diciendo una palabra a la persona adecuada, habría conseguido que ella trabajara mucho más cerca de él. Pero Nancy había querido triunfar por sus propios méritos, y Jim respetaba su decisión.

Y, de algún modo, habían pasado los años sin que se diera cuenta. Él no había querido presionarla y no había sentido ninguna prisa por casarse… al menos hasta hacía unos meses.

—Imagino que la naturaleza me estaba diciendo algo —murmuró Jim—. Que ya era hora de que sentara la cabeza.

Ella lo miró fijamente.

—¿Y vas a decirme que habías pensado en sentar la cabeza conmigo?

No, nada de eso, ¿verdad? Jim intentó recordar exactamente lo que había estado pensando y sintiendo cuatro meses antes, pero no pudo.

No estaba acostumbrado a analizarse a sí mismo. Estaba en lo mejor de la vida y todo le iba bien, ¿entonces por qué ponerse a remover el pasado?

—Claro que no. El momento fue pura coincidencia.

—Entiendo —dijo Dex, mirando la tarta de zanahoria, la tarta de queso y el mouse de chocolate que había en la bandeja inferior del carrito—. ¿Siempre tomas tres postres?

—Rocky no sabían cuál te gustaba…

—¿Tengo que elegir?

—Tómate los tres. Hay más en la cocina —dijo Jim, sorprendido al ver que ella ponía los tres platos en la mesa.

No podía recordar la última vez que había visto a una mujer tomarse un postre, y menos tres. Ninguna de las ejecutivas delgadas con las que a veces salía lo hacía, y en cuanto a Nancy… bueno, no se acordaba.

No habían pasado mucho tiempo juntos desde que ella se fue hacía cinco años. La mayor parte de las veces se veían en vacaciones, cuando Nancy volvía para visitar a sus padres, o cuando él iba a Washington de negocios.

Pero había llegado el momento de volver al tema que había hecho que viera de nuevo a Dex.

—¿Cómo conociste tú a la doctora Saldivar?

Ocupada tomándose la tarta de zanahoria, ella no respondió inmediatamente. Comía, igual que lo hacía todo, con total concentración.

Jim recordó la noche que hicieron el amor. Ella le había llenado de vida de un modo que él nunca había creído posible. Su boca, manos y pechos, le excitaron de forma insoportable.

—Uno de mis trabajos es ser repartidora del campus —explicó Dex—. La conocí mientras llevaba correo a su departamento. No recuerdo cómo salió el tema, pero me dijo que necesitaba una donante para ayudar a algunos de sus pacientes desesperados a tener hijos. Así que acepté.

—Quizá fuera sincera. Al menos inicialmente.

—La doctora Saldivar no trataba pacientes —dijo Dex.

—¿Estás segura?

—Me he enterado hoy. Por eso estoy tan enfadada. Fue un engaño, puro y simple —Dex se limpió la boca con la servilleta—. ¿Y tú? ¿Cómo consiguió tu espérma?

El modo en que Dex planteó la pregunta fue tan directo que Jim se atragantó con el sandwich y empezó a toser. Dex se levantó de la mesa corriendo y le agarró desde atrás.

Mientras él intentaba soltarse, sintió un puño clavado en el estómago y tres fuertes empujones que amenazaron con descolocarle todos los órganos internos.

—¿Llamo a un médico? —preguntó Dex asustada.

De algún modo, él consiguió respirar.

—No —dio un par de tragos de té—. No a menos que vayas a atacarme de nuevo. Entonces quizá necesite una camilla.

Dex regresó a su asiento.

—Se llama maniobra Helmlich.

—He oído hablar de ello, pero no sabía que fuera una nueva táctica de ataque —dijo, callando a Dex con un gesto de la mano—. Es broma. Es bueno conocerla, pero te has apresurado. Habría podido echar el trozo de comida.

—Más vale prevenir que curar.

Jim no encontró ninguna respuesta coherente. Así que en cuanto se calmó del todo, volvió a su pregunta anterior.

—Me has preguntado por Helene.

—Quizá no haya debido hacerlo —Dex levantó una ceja—. Lo que ocurriera entre vosotros no es asunto mío.

—¿Entre la doctora Saldivar y yo? —Jim volvió a tener ganas de toser, pero se controló—. Ni remotamente. Además, ¿no piensas que le habría preguntado sus motivos si de pronto ella hubiera sacado un frasco y hubiera guardado una muestra?

—Era muy persuasiva.

Jim se rió.

—Supongo que sí, pero en mi caso, solo me estaba haciendo un favor. Estaba comprobando si yo era fértil.

—¿Por qué? —preguntó Dex.

Era desconcertante el modo en que hacía preguntas personales sin pestañear, y Jim no se dejaba sorprender fácilmente, ni tampoco permitía que le dieran puñetazos en el estómago.

—No hay necesidad de entrar en detalles —dijo—. Si vas a vivir aquí, necesitamos respetar la intimidad de cada uno.

—¡Eh! —Dex se detuvo a medio morder la tarta de queso—. Aún no he accedido a eso.

Así que ella quería jugar duro. Bien, Jim era un maestro del juego.

—De acuerdo, haré que mí abogado redacte los documentos de la custodia. Podrás cederme a Annie y ese será el final de todo.

Jim se cruzó de brazos, se echó hacia atrás y esperó que llegara la tormenta.

Capítulo 4

En lugar de discutir, Dex lo miró con tranquilidad.

—Lo que me sorprende es que un hombre que lo tiene todo pueda ser tan egoísta.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Jim, indignado.

—Quieres a Annie solo porque tiene tus genes. No puedes amarla porque no la conoces. Y como estás planeando casarte, podrás tener más hijos. Y a tu esposa posiblemente no le entusiasme la idea de cuidar a una hijastra. ¿Entonces por qué negarle a Annie una familia que esté deseando un hijo?

Jim se concedió un raro momento de autoanálisis. ¿Realmente se había encaprichado de ese bebé por que tenía sus mismos ojos?

La respuesta fue que no. Y si dedicaba a la paternidad la misma determinación que al negocio que había convertido en una empresa multimillonaria, esa niña sería la persona más feliz del mundo.

—Mi hija será privilegiada, amada y especial. Pregunta a cualquiera de mis empleados cómo soy. ¿Sabías que me habían elegido el jefe del año de Clair de Lune?

—Una niña no es un empleado —le recordó Dex con frialdad—. Como su madre, no puedo permitir que Annie se quede aquí sin luchar. Sé que si pido ayuda legal al campus, terminaré con la custodia y tú tendrás que casarte con mi casera. Pero mi conciencia me obliga a intentarlo.

Jim recordaba aquel embrollado caso de custodia. Los torpes aficionados que trabajaban en el centro de ayuda legal del campus tenían la virtud de enredar los casos de tal modo y volverlos del revés que los jueces perdían la cabeza temporalmente.

—Todo lo que te estoy pidiendo es que vivas aquí durante una semana —dijo Jim—. Que me observes, y veas por ti misma lo feliz que será nuestra hija.

La palabra *nuestra* hizo que Jim olvidara lo que iba a decir. ¿Cómo se le había escapado?

—No —replicó Dex—. Yo tengo una casa, aunque te parezca pequeña. Y amigos. Y una vida. Y por lo que tú sabes, incluso puedo tener un novio.

—¿Lo tienes? —preguntó Jim, sin saber por qué esa idea le

molestaba.

—No —admitió Dex.

El alivio de Jim sólo duró un instante, hasta que volvió a recordar el tema real de su discusión. Dejó su plato en el carrito y se dirigió a Dex.

—Si no quieres venirte aquí, bien. Deja a Annie conmigo durante un tiempo y luego comprueba cómo está. Si sinceramente crees que no soy un padre apropiado, accederé a la adopción.

—No lo harás. Es una trampa.

—No soy un mentiroso —se defendió Jim—. En cualquier caso, si llevamos esto a un tribunal, es difícil que un juez me obligue a dar a Annie en adopción. Como mucho conseguiríamos la custodia compartida. ¿Es eso lo que quieres?

Una expresión melancólica cruzó el rostro de Dex, pero entonces tragó saliva con fuerza.

—No tengo instinto maternal.

—Entonces dame una oportunidad. Te prometo que si no funciona, accederé a la adopción. En cualquier caso, Annie tendrá un hogar y tú quedarás libre.

—Tendré que pensarlo.

Dentro de la casa se empezaron a oír voces de hombre y de mujer discutiendo. Grace debía haber vuelto de la compra, y a juzgar por el ruido, Rocky y ella estaban en desacuerdo por algo.

Jim deseó que Dex se hubiera marchado antes de que la discusión hubiera comenzado, ya que no decía mucho a favor de su casa. Pero no lo había hecho, y él tenía que solucionarlo.

—Discúlpame un momento.

—Yo también voy —dijo ella siguiéndole por el pasillo.

Y al avanzar, fueron entendiendo las palabras. Estaba hablando Rocky.

—¿Cómo puedes ser tan tonta y esterilizar pañales desechables? ¡Por el amor de Dios, no se puede poner lejía cerca de la piel de un bebé!

—¡No la estoy poniendo cerca de su piel, cara de torta! —gritó la mujer—. Estoy echando en la parte de fuera del pañal. ¡Debe estar lleno de gérmenes!

—El jefe me dijo que me ocupara yo de la niña, no tú. Aléjate de ella —gruñó Rocky.

—¿Siempre están así? —preguntó Dex mientras cruzaban la enorme cocina.

—A veces —admitió Jim—. Creo que echan de menos la acción.

En la entrada del lavadero, Jim se detuvo. Dex se quedó en la puerta a su lado, con la cadera rozando su muslo. Él dominó el impulso de girar y ponerla contra el marco de la puerta y se centró en la escena frente a él.

En un cambiador de plástico encima de la lavadora estaba Annie. Frente a sus ojos fascinados, el mayordomo y la enorme doncella, que a los treinta y siete seguía tan fuerte como siempre, estaban tirando cada uno de un lado de un pañal. La botella de lejía estaba en el suelo.

—¡Dámelo! —gritó la mujer, dando un tirón y quitándole el pañal a Rocky.

Tan absortos estaban en su pelea que no habían notado a los recién llegados.

Rocky agarró el pañal y dio otro tirón. La fibra se partió y el pañal se dividió en dos, haciendo que los dos se tambalearan hacia detrás…

—¿Ves lo que has hecho? —acusó el mayordomo—. Ahora vete a fregar las letrinas. ¡No me extraña que una bruta como tú nunca llegara a sargento mayor! —gritó, sacando otro pañal de una caja de cartón.

—¡No te atrevas a dejar que una de esas cosas contaminadas toque el culito de la niña! —rugió Grace.

—Haré lo que quiera —Rocky dio un golpecito con el pañal a la rodilla de Annie—. ¿Qué vas a hacer al respecto?

Jim se aclaró la garganta para anunciar su presencia, pero fue demasiado tarde. Una enfurecida Grace embistió de cabeza contra el estómago de Rocky, haciéndole caer. Sobre la lavadora, Annie dio palmas, fascinada.

Aún doblado, Rocky agarró a la mujer de la cintura. Se la echó al hombro y la tumbó en el suelo.

—¡Basta ya! —gritó Jim.

La pareja se detuvo, respirando con dificultad. Desde su posición de espaldas en el suelo, Grace miró a Jim furiosa. A Rocky tampoco le

hizo gracia la interrupción.

—¿Permiso para hablar, señor? —preguntó—. Esto es algo entre la sargento Mars y yo.

En realidad, Jim normalmente permitía que sus empleados solucionaran solos sus diferencias. Después de todo, eran adultos responsables.

Mientras consideraba la situación, Dex corrió hasta la niña.

—Aquí nadie sabe nada sobre bebés.

—¿Y tú? —preguntó Jim sin poderlo evitar.

—Estuve cuidando bebés durante todos los años del instituto —declaró ella, sacando otro pañal de la caja—. En primer lugar, no hay que esterilizar los pañales desechables.

Rocky sonrió. Grace hizo una mueca mientras se ponía de pie.

Con una rapidez y facilidad que dejó a todos admirados, Dex sujetó los tobillos de Annie, levantó su pequeño trasero y sacó el pañal sucio de debajo. En milésimas de segundo, la niña estaba limpia y con un pañal nuevo.

—Impresionante —declaró Grace.

—Y en cuanto a usted… —Dex se giró hacia el mayordomo—, dejar a un bebé desatendido en un lugar alto es muy peligroso. No se debe uno apartar mientras se cambia el pañal.

En ese momento, los dos empleados se quedaron cabizbajos. Jim no había visto nunca a nadie enfrentarse a sus ex marines y ganar. No pudo evitar sentir admiración por esa pequeña mujer.

—En el futuro lo haremos mejor, señorita —declaró Rocky.

—¡Más vale! —Dex soltó un suspiro exagerado—. Me guste o no, tendré que venirme aquí hasta que aprendan —miró con dureza a Jim —. ¿Habías planeado esto?

—Claro que no.

Ella le dio al bebé.

—Intenta que no haya problemas mientras voy a por unas cuantas cosas, ¿de acuerdo?

—Yo la llevaré, señorita —dijo Grace.

—Gracias, pero tengo mi bicicleta —replicó Dex.

Y se marchó, dejándolos a todos asombrados.

Pasado un momento, Rocky habló.

—Es toda una mujer, señor.

—Me temo que aún no conocemos ni la mitad —dijo Jim.

Dex pedaleaba deprisa por la University Avenue, intentando eliminar los tres postres que había tomado.

Jim vivía en el extremo nordeste de la ciudad, donde la llanura de Claire de Lune empezaba a convertirse en las montañas de San Gabriel. La universidad estaba al oeste de su casa, también en un terreno elevado.

Muchas tierras de esa parte de Claire de Lune estaban sin construir debido a lo irregular del terreno, así que Dex no encontró mucho tráfico al que prestar atención, y así pudo concentrarse en sus pensamientos.

¿Realmente había accedido a ir a vivir con Jim Bonderoff? Ese hombre era un arrogante, ¡el jefe del año!, y no sabía nada de niños. También tenía una sonrisa preciosa, y una forma muy masculina de moverse que hacían que ella deseara desnudarse delante de él.

La idea era una locura.

Incluso más inexplicable era la reacción de Dex a Annie. Desde el momento en que había conocido a su hija, había sentido como si la niña fuera una parte de ella.

Era algo ridículo, por supuesto. Durante los primeros nueve meses de la vida de Annie, ella no había sabido de su existencia. Si Helene Saldivar no hubiera muerto, Annie habría crecido y si hubiera pasado frente a Dex, ella no la habría reconocido.

«No, en cuanto la hubiera visto, habría notado que era mía».

Rodeando una curva, Dex vio a su derecha la residencia de estudiantes. Había vivido allí durante cuatro años y seguía echando de menos la camaradería entre sus compañeros.

Echaría de menos su pequeño apartamento y su amistad con Marie Pipp cuando terminara su tesis y encontrara trabajo en la enseñanza. No había prácticamente ninguna oportunidad de encontrar un puesto en la universidad De Lune, que solo contrataba a profesores con mucha experiencia.

Sus padres, en las pocas ocasiones en que se comunicaban con ella, insistían en que debía terminar su tesis y embarcarse en una carrera estelar en el mundo académico. Y sin ninguna duda, ellos estarían de acuerdo en que diese a Annie en adopción.

«¿Y si yo no quiero una carrera estelar? ¿Y si lo que realmente quiero está aquí mismo?».

Pero no podía tenerlo. No estaba en situación de ocuparse sola de Annie, incluso aunque Jim estuviera de acuerdo. Y en cuanto al hombre que derribaba sus defensas continuamente, estaba enamorado de otra.

Y, de todos modos, no era para ella. Demasiado suave, demasiado rico… Demasiado de todo.

Dex pedaleó con más fuerza. Pasó volando junto a la entrada del campus en dirección a la calle Sirius, donde giró a la izquierda, y entró en la zona residencial de clase media en la que vivía.

Intentó pensar en lo estupendo que sería cuando terminase la tesis. Podría dedicarse a la enseñanza, la investigación y a escribir artículos profesionales. Al final, se haría un lugar en el mundo.

La bicicleta pasó junto a un coqueto bungalow. En el columpio del porche, una joven madre mecía a su bebé mientras miraba a un niño pequeño chapotear en una piscina de plástico.

A Dex se le partió el corazón. ¿Por qué seguía torturándose? Era inexplicable, pero desde la infancia, había guardado como un tesoro sueños prohibidos de la vida doméstica.

Había leído a escondidas novelas románticas en su dormitorio, y en los márgenes de los apuntes escolares, había escrito complicados nombres de bebés como Elridge y Valeria. Marginada por su sobrepeso y su inseguridad, había encontrado su mayor placer en leer y cuidar niños.

Pero sin hacer caso de lo que le dijera su instinto, ella no estaba hecha para ser madre. Y aunque Jim Bonderoff podría ser un padre medianamente decente con la esposa apropiada, la realidad era que estaba solo y podría seguir así. ¿Qué clase de mujer no se molestaba en darle una respuesta desde hacía tres meses?

Lo que Dex quería para su hija era lo que a ella le habían negado: la oportunidad de crecer con amor y cariño para poder pasar esas mismas cualidades a sus propios hijos. Y era obvio que ni Jim ni sus empleados estaban preparados para darle a Annie esa clase de vida.

Dobló una esquina y bajó por Forest Lañe. La señora Zimpelman, que estaba apoyada en su rastrillo y escuchando el teléfono, sonrió al ver la bicicleta. Empezó a hablar con animación, sin duda aburriendo a alguna amiga con las noticias de la llegada a casa de Dex.

Al otro lado de la calle, Marie Pipp se arrodillaba en el jardín cortando hierbas y echándolas en una cesta de mimbre. Llevaba un sombrero negro y un delantal sobre un vestido gris muy amplio y un par de rodilleras en sus piernas huesudas.

—¡Hola! —gritó al ver a Dex—. ¿Qué quería el abogado?

Dex apoyó la bicicleta en un muro de la casa y se acercó a contarle lo de Helene, Annie y Jim. Cuando terminó, Marie también había terminado de recoger sus hierbas y caminó delante de ella en dirección a su casa.

—Te echaré de menos —dijo quitándose el delantal, las rodilleras y colgándolas en un perchero—. Pero es solo una semana, ¿no?

—O menos, si puedo convencerle de que la adopción es lo mejor.

Marie frunció el ceño al ver un sobre grande encima de la mesa del recibidor.

—Oh, cielos, he debido dejar aquí el correo y lo he olvidado. ¿Qué es esto?

Dex miró el sobre. Llevaba el remite de una librería.

—¿Has pedido algo?

—Sí, claro —dijo Marie—. Ahora lo recuerdo. Pedí todo lo que tuvieran sobre Richard Grafton. Me temo que no hay mucho.

Sabiendo que su casera escribía sobre cuestiones literarias, Dex intentó buscar el nombre de Richard Grafton en su memoria, pero fracasó.

—¿Fue un poeta?

—Oh, seguro que lo recuerdas —la mujer abrió un cajón, sacó un abrecartas y rasgó el sobre para sacar un viejo libro en cuya cubierta ponía Crónicas de Inglaterra por Richard Grafton—. Era un escritor del siglo dieciséis.

—Refresca mi memoria —le pidió Dex.

—Todo está aquí —Pipp sonrió y recitó de memoria—. Treinta días tiene noviembre, con abril, junio y septiembre, febrero tiene veintiocho y los demás treinta y uno.

—¿Él escribió eso?

—Sí, ¿pero fue el primero en escribirlo? —la mujer levantó una ceja como invitando a Dex a un fascinante misterio—. Hay un poema

similar de William Harrison, escrito casi al mismo tiempo, y rimas de ese tipo aparecen continuamente en el folclore.

—Ya veo la controversia.

Dex miró a la mujer con cariño. Difícilmente a alguien podría interesarle quién escribió esas palabras, pero estaba segura de que el artículo que escribiera sería fascinante.

—¡Oh! —Marie dejó el libro en la mesa—. ¡Casi lo olvido! Hay una estudiante en tu apartamento. Quería hablar contigo de algo e insistió en esperar. Se llama… Coreen o Cara, o…

—Cora Angle —terminó Dex, recordando que la estudiante le había pedido hablar después de tener un suspenso, y ella le había sugerido que fuera a verla, aunque no especificó el momento—. Será mejor que me dé prisa. Ya está bastante disgustada.

—Hasta luego entonces.

Claramente absorta en su proyecto, Marie Pipp entró en el salón leyendo el libro en voz alta y con el sombrero puesto.

Esperando que Cora no llevara mucho esperando, Dex salió de la casa y se dirigió al garaje. Desde el jardín, una escalera desvencijada llevaba al apartamento. Subió y abrió la puerta, que dejaba sin llave durante el día.

La única habitación parecía más pequeña y oscura que de costumbre, después de compararla con la enorme casa de Jim. Dex no vio a nadie, pero oyó un murmullo que salía de la cocina. Tuvo que cerrar la puerta para mirar, ya que la pequeña cocina estaba detrás.

Cora Angle estaba secando un plato y hablando sola.

—No deberías quedarte —murmuró—. Obviamente debe estar ocupada. Prometió verte. Yo solo estorbaré.

Una mirada a los armarios abiertos mostró a Dex que su vajilla barata estaba colocada en orden, los platos en la estantería más baja y las tazas y vasos en la superior.

—¡Oh, hola! —la estudiante dejó de limpiar y sonrió con timidez, mientras el pelo rubio claro caía por sus mejillas regordetas, y con una mancha de polvo en el hombro de su blusa.

—Has trabajado duro —Dex decidió no comentar que en la nueva disposición las tazas estaban demasiado altas para ella.

—Me gusta organizar cosas —dijo la muchacha regordeta mirándola con aprensión como si esperara una reprimenda.

A Dex le recordó a sí misma muchos años antes.

—Bueno, gracias —dijo Dex haciendo un gesto al ver la cafetera medio llena—. ¿Te apetece beber algo?

—Claro. Siento haber aparecido así… Bueno, no me esperabas.

—No pasa nada —le aseguró Dex—. Yo te dije que vinieras, ¿no?

—Cierto —Cora se aclaró la garganta—. Verás, solo he venido para decirte que he decidido dejarlo. Supongo que la universidad es demasiado difícil para mí.

—Si fuiste lo bastante inteligente para conseguir entrar, lo eres para continuar —Dex frunció el ceño mientras servía el café, ya que odiaba ver que alguien se marchara, especialmente después de menos de un año—. Mucha gente tiene dificultades adaptándose. ¿Cómo vas en las otras clases?

Cora puso dos cucharadas de azúcar en su café y se sentó en un taburete.

—Aprobados y algunos suspensos. Los estudios le están costando mucho dinero a mis padres, y yo no estoy haciéndolo bien.

—¿Quieres que vea si hay posibilidad de conseguir ayudas económicas? —sugirió Dex, que no se rendía fácilmente.

—Ya tengo una beca parcial —la joven se encogió de hombros —. Al principio, mis padres dijeron que debía buscarme un trabajo, pero cuando gané la beca, accedieron a ayudarme. Sin embargo, a los pocos días supe que había cometido un error viniendo aquí, aunque no quise admitirlo.

—¿Por qué piensas eso?

Cora arrugó la frente.

—Todos los demás estudiantes parecen muy seguros de sí mismos. Yo nunca sé qué esperan los profesores. No dejo de intentar averiguarlo y siempre me equivoco.

Con alivio, Dex pensó que quizá pudiera ayudarla.

—Quizá ese sea el problema. Estás demasiado ocupada intentando averiguarlo en lugar de expresar tu propio punto de vista.

—¿Pero a quién le importa lo que yo piense? —preguntó Cora mordisqueándose las puntas del pelo.

—A mí —dijo Dex—. Escucha, haremos un trato.

—¿Qué clase de trato?

—Tú prometes quedarte durante el resto del semestre. A cambio, yo te ayudaré a preparar los exámenes. No puedo ayudarte con la clase del profesor Bemling, ya que yo corregiré los exámenes, pero lo que aprendas podrás aplicarlo ahí también.

—No… no podré pagarte mucho.

—No te cobraré.

—No puedo aceptar tanta generosidad —Cora apretó los labios antes de continuar—. Además, estoy segura de que hay estudiantes que se lo merecen más.

Pero Dex estaba decidida a rescatar a esa joven, quisiera ella o no.

—En primer lugar, tú mereces mi ayuda tanto como cualquiera. En segundo lugar, no estoy siendo generosa. Considéralo como un préstamo. El año que viene tú podrás ayudar a algún estudiante de primer año que tenga problemas, y él podrá pasar el favor a otro al año siguiente, y así en adelante. ¿Qué te parece?

De mala gana, la joven asintió con la cabeza. Debía tener dieciocho o diecinueve años, pero parecía más joven. A los veintiséis, Dex se había considerado una chiquilla. Hasta ese día.

Se había convertido en madre. Cerca de Cora, se sentía prácticamente anciana.

Entonces recordó que iba a quedarse en casa de Jim.

—Deja que te dé otra dirección. Voy a ayudar a un amigo cuidando a su bebé durante una semana. Podrás localizarme allí.

Dex odiaba esa mentira a medias, pero los cotilleos eran frecuentes en el campus. Descubrir que James Bonderoff tenía una hija de Helene Saldivar y que la madre biológica era la ayudante de un profesor, sería una bomba.

Cora aceptó el papel, agradecida.

—No puedo creer que hagas esto por mí.

—Por eso estoy en el campo de la enseñanza.

Después de que Cora se marchara, ella se quedó pensando en la conversación. ¿Se dedicaba a la enseñanza por que realmente disfrutaba ayudando a la gente? Eso no se había mencionado nunca en las expectativas de sus padres.

Disfrutaba las veces que daba clases en las ocasiones en que

Hugh estaba enfermo o en alguna conferencia. El problema era que enseñar en una universidad requería investigaciones y escribir artículos profesionales, algo con lo que no disfrutaba.

Bueno, no importaba, ella no pertenecía a ningún otro mundo, así que debía sacar lo mejor de ese.

Tras meter alguna ropa y artículos de aseo en una mochila, abrió los cajones de su escritorio y buscó entre las notas que acumulaba para su tesis. Realmente debería terminarla ese verano, para lo que solo le quedaban unos meses.

Había elegido escribir sobre la estructura de las obras de Shakespeare en las películas. Al ver a Kenneth Branagh en la versión cinematográfica de Enrique V, quedó impresionada por lo visual que resultó y lo bien que las escenas, con algunas adaptaciones, funcionaban en la pantalla.

A sus padres les pareció un tema interesante. Su madre le envió una carta con sugerencias y su padre la animó a publicar su tesis en cuanto fuera posible para ganar la atención de la crítica.

Eso ocurrió un año antes. Desde entonces, Dex no había podido reunir el entusiasmo necesario para empezar la tesis. Parecía que era algo que pertenecía más a sus padres que a ella.

Pero debía madurar. Así que en cuanto regresara de casa de Jim, se pondría a trabajar en ello.

Poco después, cerró la puerta con llave y se marchó con su mochila. Durante el camino, se detuvo en una tienda y compró un asiento de bicicleta para Annie. Era una extravagancia, ya que la niña sólo podría usarlo durante una semana, pero luego podría dárselo a sus padres adoptivos.

Quizás Annie se quedara en Clair de Lune. Quizá Dex la viera de vez en cuando, montada en ese mismo asiento, recorriendo la ciudad detrás de un hombre con barba o una mujer de pelo largo.

Inesperadamente, se le llenaron los ojos de lágrimas. Debía ser por el viento.

Capítulo 5

Después de almorzar con Dex, Jim Bonderoff regresó a su oficina y estuvo allí dos horas. En ese tiempo, ganó cien millones de dólares.

Habían subido sus acciones al extenderse la noticia de un chip de ordenador más rápido y pequeño desarrollado por los investigadores de su empresa. Los otros inversores de la empresa se enriquecieron de modo similar, y Jim concedió una gratificación a los empleados.

Las noticias volaban. El rector de la Universidad De Lune, Wilson Martín fue uno de los primeros en llamar para felicitarle y dejar caer algunas indirectas sobre futuras donaciones.

Por supuesto, no le pidió dinero directamente.

—Quiero aprovechar la oportunidad para darte las gracias por tu anterior generosidad con nosotros.

—Y yo quiero decirte lo mucho que he disfrutado siendo un Doctor honorífico.

Jim, que nunca había terminado sus estudios universitarios, se emocionó cuando recibió el título en la ceremonia de graduación el verano anterior. Fue un homenaje a sus logros en el campo de los negocios y la tecnología.

—¡Te lo has ganado, amigo! —declaró Wilson Martín, con su tono característico, más propio de un vendedor de coches que de un rector de universidad. En ese momento, estaría sentado en su despacho echándose hacia atrás el pelo que se teñía de gris para ocultar el hecho de que solo tenía cuarenta y dos años—. Por cierto, ¿has oído las trágicas noticias sobre la doctora Saldivar?

—Sí, algo sobre un elefante —contestó Jim, levantando un pie y atándose mejor los cordones de su zapatilla de deporte, ya que siempre que no tenía una reunión, vestía de forma muy cómoda.

—Una triste pérdida —dijo Wilson—. Su sueño era que algún día se creara una escuela médica en el campus.

Wilson no había tardado mucho en hablar de su propio sueño de hacía años. Jim dudaba de que también fuera el deseo de Helene, pero obviamente, su mención fue un modo apropiado de sacar el tema a relucir.

Bueno, Jim era cien millones de dólares, menos impuestos, más

rico. ¿Por qué no hacer una cuantiosa donación? Estaba a punto de proponerlo, cuando de repente recordó algo.

Tenía una hija. Y su dinero también era de ella.

No era que pensara hacer de ella una consentida. A él le parecía una tontería dar a los jóvenes demasiado dinero. Pero por primera vez, sintió como si fuera el guardián de su fortuna en lugar del dueño.

—Será un placer echar un vistazo a los proyectos.

—Entonces lo haremos —respondió el presidente—. En cualquier caso, nos alegramos mucho de que tu empresa prospere. Es bueno para la comunidad.

Jim se alegró de colgar. No le caía mal Wilson, pero en ese momento tenía otras cosas en la cabeza. Una en particular le esperaba fuera.

Cruzó el despacho y salió a la habitación contigua. Entre máquinas de fax, fotocopiadoras y ordenadores, había un parque infantil.

Cinco mujeres lo rodeaban, unas de pie, otras arrodilladas, haciendo ruiditos tontos. Jim supuso que se habían acercado a ver a la inesperada visitante. Él no pudo ver a la diminuta figura que había dentro hasta que se acercó lo bastante para mirar por encima de las otras mujeres.

Ignorando un montón de peluches y juguetes, Annie estaba sentada mirando a las mujeres a su alrededor con una mezcla de interés e inseguridad. Alguien le había puesto unos lacitos amarillos en el pelo, uno de los cuales se había caído.

La niña se arrodilló y gateó hacia el lazo caído. Su público respondió con grititos de ánimo.

—¡Ve a por el lazo! ¡Puedes hacerlo, bonita!

Jim se aclaró la garganta. La respuesta fue instantánea. Las cinco mujeres se dieron la vuelta y se pusieron de pie o se enderezaron, dependiendo de su postura. No tenían miedo de él, pero parecieron avergonzadas de ser sorprendidas diciendo bobadas.

—¡Enhorabuena, Jim! —le dijeron casi a la vez antes de regresar a sus respectivos trabajos.

Solo su secretaria, Lulu Lee, se quedó.

—¡Es preciosa! ¡No puedo creer la suerte que tienes!

Jim no le había dicho a nadie quién era la madre, solo que

recientemente había descubierto que tenía una hija. Sabía que habría rumores, pero eso no podía evitarse.

—No estoy seguro de que esos lacitos amarillos sean una buena idea —dijo Jim—. ¿No podría tragarse uno?

—¡Oh! —Lulu se agachó y recogió el lacito caído y luego le quitó el otro a Annie—. Willa, de contabilidad, se los puso.

Jim se puso en cuclillas junto al parque.

—¿Cómo estás, Annie?

—Ga ga da da —balbuceó la niña poniéndose de pie y agarrándose al borde del parque.

A Jim casi se le cayó la baba.

—¡Mírala! —exclamó—. Con nueve meses se pone de pie. Debe ser excepcional.

—No lo dudo —declaró Lulu sonriendo.

—No pareces sorprendida. ¿Lo hacen todos los niños?

Su secretaria, que hacía tiempo que había expresado su deseo de tener hijos si su novio alguna vez se decidía, asintió con la cabeza.

—Según lo que he leído, a menudo se mantienen de pie a su edad. Algunos niños ya caminan.

—Deben ser fenómenos de la naturaleza. Si Annie no lo hace, no será tan normal.

—Es una niña muy lista —dijo Lulu—. Me pregunto de dónde habrá sacado ese pelo —preguntó la mujer, que tenía el pelo negro y brillante, clara muestra de su herencia oriental.

Jim tomó nota mental de no dejar que nunca viera a Dex, aunque sabía que era natural que demostrara interés por la madre de Annie.

—Debe ser de mis antepasados —le dijo, en respuesta a su pregunta—. Creo que mi tatarabuela metió una vez los dedos en un portalámparas —añadió, y entonces recordó que algún día su hija heredaría esa empresa, y que no era demasiado pronto para prepararla a tomar las riendas—. Voy a darle un paseo por las instalaciones.

—Seguro que se divertirá —dijo Lulu.

Y así fue. Durante los primeros cinco minutos, se interesó por los ordenadores y los empleados que la admiraban.

Pero la historia de Jim de cómo creó la empresa en un garaje, se

mudó a una nave de alquiler y finalmente construyó ese edificio, aburrió a Annie. La niña bostezó y luego se echó sobre su hombro.

—Hora de la siesta —dijo una de las ingenieras.

Jim había olvidado que los bebés dormían la siesta. No era extraño que Annie estuviera agotada. Había sido un día largo y aún no eran las cinco.

La llevó fuera, a su aparcamiento cubierto. Esa tarde, había llevado su turismo con una sillita instalada en la parte trasera. Fue todo un reto atar en la sillita a un bebé dormido, pero se estaba acostumbrando con rapidez.

Cuando su nariz le rozó la mejilla, descubrió que la niña olía como Dex y se sobresaltó al darse cuenta de que la echaba de menos. La echaba de menos mental y físicamente.

Pensar en ella era peligroso, así que se centró en Nancy.

Como siempre, la imagen de esa amiga tranquila y serena le calmó. Después de que la madre de Jim muriera de cáncer cuando él tenía catorce años, ella fue la persona que le consoló y dio consejos mientras que su padre trabajaba muchas horas vendiendo seguros.

En los meses siguientes a su cita con Dex, Jim se había sentido agitado y descentrado. Por eso voló a Washington y le pidió la mano a Nancy. Se había dicho que había sido un paso hacia su futuro y la realización de sus planes.

Deseó que ella hubiera aceptado inmediatamente. Pero en su lugar, Nancy murmuró que las cosas estaban en el aire en su universidad y que su carrera estaba en un momento crucial. Jim no había querido presionarla, pero por alguna razón, saber que Dex estaría viviendo en su casa, le causaba más que nunca la necesidad de tener una fecha para la boda.

Jim sacó el coche del aparcamiento y miró a Annie cuando se detuvo en un semáforo. La niña dormía plácidamente. Impulsivamente, marcó el número de Nancy en su teléfono móvil. Serían las ocho de la tarde en Washington D.C. así que ella estaría en casa.

—Hola, soy Nancy —declaró su voz familiar, con tanta suavidad que Jim no supo si era el contestador.

—¿Estás ahí?

—¿Jim? Es estupendo oírte. ¿Qué ocurre?

La última vez que hablaron, un mes antes, ella le había contado

lo bien que estaban sus padres y le había hablado de sus seis hermanos menores. El tema de la boda no salió. Jim tampoco quería sacarlo a relucir de forma brusca esa vez, y además, había otra cosa que quería contarle.

—Quiero que sepas que tengo un bebé —empezó, y a continuación le habló de Helene Saldivar, y como no vio la necesidad de nombrar a Dex, no lo hizo.

—Un bebé —dijo Nancy cuando él terminó—. Bueno, vaya sorpresa.

—No te importa, ¿verdad? Sé que has cuidado mucho a tus hermanos y hermanas. Y además, te gustan los niños, ¿no?

—Claro —declaró Nancy pensativa—. De hecho, mi investigación actual incluye bebés.

—¿Qué investigación?

—La forma en que los bebés adquieren el lenguaje.

—Annie dice da da muy claramente —declaró Jim mientras atravesaba las verjas de Villa Bonderoff.

—En concreto estoy investigando cómo algunos bebés adquieren múltiples lenguajes. En cualquier caso, ella está allí y yo aquí, así que es irrelevante —declaró Nancy rápidamente.

—¿Cómo va tu beca? Mencionaste algo de que había problemas.

—Nada de lo que tengas que preocuparte.

Nancy siempre cambiaba de tema si había alguna posibilidad de que él hiciera alguna donación para beneficiarla. Ella nunca había codiciado su dinero, incluso aunque fue gracias a sus ánimos por lo que él dio los primeros pasos hacia el éxito.

Era una amiga estupenda y una mujer muy bella. Incluso en el instituto, había tenido ese aire de sofisticación, y siempre tenía el control de sí misma.

Jim deseó que estuvieran casados. Deseó que llevaran años casados. Así él no tendría que luchar contra esas imágenes confusas y atormentantes de Dex, desnuda y excitada, que no dejaban de aparecer en su cabeza.

Aparcó el coche.

—Tengo que colgar, Nancy. Solo quería saber si has pensado algo sobre nuestro futuro.

—Mucho. Si las cosas salen como tengo planeado, todo estará

decidido en una semana. Volveremos a hablar.

Jim no entendió muy bien sus palabras.

—¿A qué te refieres con…?

—Tengo prisa. El trabajo me llama. ¡Cuídate!

—Tú también.

Después de colgar, Jim vio la bicicleta aparcada junto a la escalera de piedra. Y entonces vio a Dex, que bajaba los peldaños corriendo desde el jardín superior.

Las hojas y pétalos lilas, amarillos y blancos se habían pegado a su pelo, y un jersey rosa se ceñía a sus curvas sobre los vaqueros. Con los ojos iluminados, era la viva imagen de la primavera.

Jim salió y se quedó de pie, sintiéndose de nuevo como un adolescente lleno de lujuria.

—¿Dónde está Annie?

Sin esperar, Dex abrió la puerta de atrás y entró. Su trasero se movía de modo tentador mientras desataba a la niña, y entonces, salió con la pequeña.

—¿Te ha enseñado Rocky la habitación de invitados? —preguntó Jim—. Espero que sea lo bastante grande.

—Está bien —dijo Dex llevando a la niña dormida hacia la casa —. Por cierto, Grace y Rocky están peleándose de nuevo. Quizá quieras detenerlos antes de que rompan algo.

—No me digas —murmuró Jim dando pasos rápidos.

Las peleas no eran nada nuevo en su casa, pero no habían sido violentas desde hacía tiempo, en los primeros días en que Grace fue a trabajar, cuando ella había insistido en que Rocky cocinara como a ella le gustaba.

Los dos se habían conocido solo de lejos en el servicio militar, y cuando empezaron a trabajar para Jim, ambos querían mandar, y tardaron un tiempo en aprender a convivir.

Jim recordaba el ojo negro de Rocky y la cojera de Grace provocados por sus primeras peleas. Tras eso, llegaron a un acuerdo. Grace renunció a meterse con la comida a cambio de tener el derecho de mantener algunas tradiciones militares como tocar diana a las seis de la mañana e izar la bandera a las ocho.

Jim llegó corriendo a la cocina. Olía a comida, pero el fuego estaba apagado.

Se oían gruñidos de otra parte de la casa. Dirigiéndose hacia la izquierda, Jim cruzó el lavadero y se detuvo en la puerta del estudio.

La luz que entraba por las puertas marcaba las siluetas de las figuras enormes de sus dos empleados. Grace, la más pequeña de los dos, pero no por ello la más débil, se había echado a Rocky sobre los hombros y estaba girando. Los dos gruñían como perros rabiosos.

—Sabe que se marea —dijo Jim.

—¿Qué clase de marine se marea? —gruñó Grace.

—Eso solo demuestra su gran devoción —continuó Jim—. Por cierto, ¿qué ocurre ahora?

Grace dejó de girar y le miró. Era la primera vez que él veía a su doncella, normalmente pulcrísima, en un estado tan desaliñado. Su empeño en mantener las tradiciones militares hacía que llevara también en la casa uniforme, aunque en lugar de llevar ropa militar, había elegido uno más en concordancia con sus nuevas obligaciones. Normalmente, ella almidonaba y planchaba cada prenda, y Jim sospechaba que incluso también su ropa interior.

Pero en ese momento, tenía el delantal rasgado y caído a un lado, una carrera en las medias y la cofia blanca cayendo sobre la frente.

—Me dijo que me metiera la botella de desinfectante donde cupiera —gruñó la mujer.

—¡Pero jefe, la casa apesta! —declaró Rocky, balanceándose horizontalmente sobre los hombros de Grace.

—Sí, yo también lo huelo —dijo Jim acercándose a ellos—. Grace, no es necesario esterilizar la casa. Los bebés no son tan delicados. Baje a Rocky.

Haciendo una mueca, ella obedeció. Jim vio que Rocky se había puesto pálido.

Con un gemido, el mayordomo cruzó tambaleándose la habitación y salió al jardín. Jim le oyó vomitar en los arbustos.

—¡Limpia eso con la manguera! —gritó Grace—. ¡No es justo que Kip se manche con tus guarrerías! Ya es bastante excéntrico —bajó el tono y se dirigió a Jim—. ¿Sabe que desde que Kip se golpeó la cabeza en ese accidente piensa que las letras y los números tienen colores?

—Es un buen jardinero —dijo Jim—. Pero Rocky y usted deben solucionar las cosas.

—Deje que le machaque un poco más. Al final le convenceré.

—Así no se hace en el mundo civilizado —declaró Jim, pero antes de poder continuar, sintió un hormigueo en la espalda, y entonces se dio cuenta de que Dex estaba detrás de él.

Miró hacia atrás y vio a la mujer y a la niña, las dos con el pelo rizado y los rostros alegres muy parecidos. Odiaba admitirlo, pero cuanto más tiempo pasaba con su hija, más parecido le encontraba con su madre.

Annie sonrió a Grace y dio palmitas.

—¡Más! —dijo.

La habitación quedó en silencio. Incluso Rocky, que entraba mareado, se detuvo en la puerta.

—¡Ha sido su primera palabra! —exclamó Dex—. ¿Verdad? ¿Ha dicho hoy algo mientras yo no estaba?

—Solo ga ga da da —dijo Jim.

—Ba ba —replicó Annie, como si estuvieran teniendo una conversación.

El rostro de Rocky se iluminó. Grace pestañeó rápidamente varias veces.

Y en cuanto a Jim, ese momento fue más valioso que cien millones de dólares.

Capítulo 6

Una cálida sensación envolvió a Dex. ¡La primera palabra de Annie!

En realidad había estado pidiendo más violencia, algo poco conveniente, pero había hablado. Esa personita se había comunicado directamente con ellos.

Solo era un paso hacia más palabras, luego frases cortas y, en poco tiempo, su hija conversaría.

Era un milagro.

Dex la abrazó. ¿Cómo iba a poder renunciar a ella?

Sintió un nudo en la garganta cuando vio los tres rostros que miraban a Annie. Rocky estaba pálido pero feliz. Grace, con gesto protector y severo. Y las atractivas facciones de Jim estaban llenas de ternura.

¿Tendría razón? ¿Pertenecería su hija a ese lugar en vez de estar con una familia adoptiva?

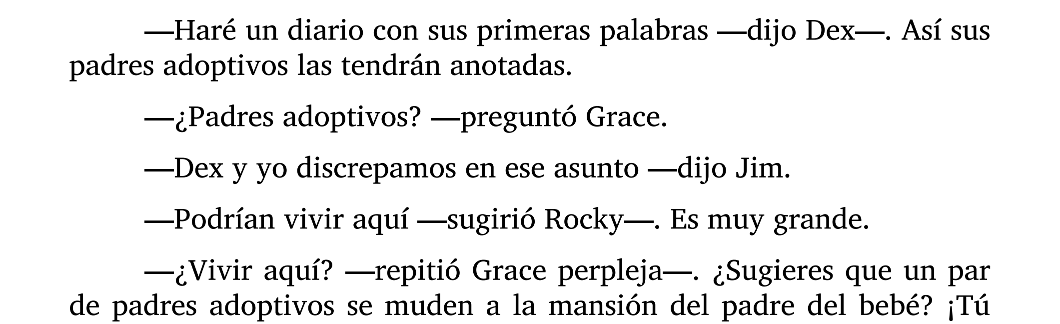
Pero si Annie se quedaba allí, Dex no se sentiría capaz de estar lejos. Y vería de cerca de Jim y a su nueva mujer, sin duda perfecta, darle a Annie todo el amor y apoyo que ella no podía.

Eso le partiría el corazón. Ella deseaba ser esa mujer perfecta, pero no lo era. Sus torpes intentos podrían engañar a otros adultos, pero dejarían insatisfechas las necesidades de Annie. Y también las de Jim.

Dex sabía sobre relaciones sentimentales aún menos que sobre maternidad. Ninguno de sus novios le había durado mucho. Y además de no entender a los hombres, no se entendía a sí misma. No sabía, por ejemplo, por qué Jim le había aterrorizado tanto aquella noche que estuvieron juntos, haciendo que le mintiera y le dijera que se mudaba.

Tampoco entendía por qué él la había olvidado tan rápidamente y le había pedido la mano a otra mujer. Todo era muy confuso, un pantano en el que Dex se hundiría para siempre si no tenía cuidado.

La vida para Dex era más segura estando sola. Y Annie estaría también más segura con una nueva familia. No importaba lo perfecta que fuera la futura mujer de Jim, estaría resentida por tener que cuidar a la hija de otra mujer.



—Haré un diario con sus primeras palabras —dijo Dex—. Así sus padres adoptivos las tendrán anotadas.

—¿Padres adoptivos? —preguntó Grace.

—Dex y yo discrepamos en ese asunto —dijo Jim.

—Podrían vivir aquí —sugirió Rocky—. Es muy grande.

—¿Vivir aquí? —repitió Grace perpleja—. ¿Sugieres que un par de padres adoptivos se muden a la mansión del padre del bebé? ¡Tú has visto demasiados culebrones!

—No veo culebrones —replicó Rocky—. Y me niego a que volvamos a pelearnos.

—Porque perderías —dijo Grace.

Jim levantó las manos.

—Rocky, ¿cómo va la cena? Y Grace, creo que ha terminado por hoy.

—Gracias, señor. Lo veré en lunes en la bandera, si no antes —dijo la mujer.

—Buenas noches, Grace.

Se fue y Rocky se dirigió a la cocina.

—¿Qué es eso de la bandera? —preguntó Dex.

—Es cuando izamos la bandera, a las ocho de la mañana en los días laborables.

Dex se preguntó si la futura señora Bonderoff disfrutaría viviendo en una base de los marines. Por otro lado, quizá la futura señora Bonderoff también fuera un marine.

—Ponte cómoda. La cena estará lista enseguida —dijo Jim señalando un sofá.

—Gracias —Dex dejó a Annie en el suelo y se sentó.

La niña gateó hasta una estantería y se quedó mirando las columnas de libros.

—Creo que antes mencionaste que estás con el doctorado —comentó Jim relajándose en un sillón.

—Estoy trabajando en mi tesis.

—Puedes traer aquí todo el material —dijo Jim—. Tengo en casa varios ordenadores. Puedes usar el que quieras.

—Estoy trabajando en mi tesis despacio —aclaró Dex.

Annie gateó hacia las puertas del jardín. Fuera, apareció la figura de un hombre delgado, que cerró las puertas y desapareció. Dex no pudo ver bien su cara, pero le pareció notar una boca delicada y ojos grandes y tristes.

—¿Quién es?

—Kip, el jardinero —respondió Jim—. Solía ser un bravucón, pero casi murió en un accidente de helicóptero. Las heridas de la cabeza cambiaron su personalidad.

—¿Cómo es que todos tus empleados eran marines?

—Eran mis colegas —Jim se echó hacia atrás y cruzó las manos detrás de su cabeza—. Yo era un auténtico agitador cuando terminé el instituto. El surf no era suficiente aventura para mí, así que me alisté.

—¿Aplazaste los estudios? —preguntó Dex.

—No exactamente. Recibí algunos cursos en el servicio militar, cursos de informática, pero nunca conseguí ningún título.

Dex supuso que eso no debía ser raro en su campo, ya que había oído que Bill Gates había dejado Harvard.

—¿Entonces cuando dejaste el ejército tus amigos vinieron contigo?

—No enseguida. Yo me marché hace diez años, a los veinticuatro. Cuando tenía veintiocho, Rocky perdió una pierna en un asalto. No se estaba adaptando bien a la vida civil, así que un año después, cuando yo estaba planeando construir esta casa, le pregunté si podía trabajar para mí.

Pensándolo bien, Dex había notado en Rocky una ligera cojera. No era extraño que Grace no dejara de ganarle.

—¿Y Grace?

—Ella dejó el ejército hace cuatro años, ya que sufrió una depresión clínica. Fue un trastorno químico. Y con el seguro médico que tienen mis empleados, recibió el tratamiento adecuado y ahora está bien.

—¿Y cuánto tiempo lleva aquí Kip?

—Vino justo después de Grace. Sus médicos pensaron que la jardinería le proporcionaría un entorno tranquilo, y parece que funciona. Pero creo que se siente solo.

Eran unos empleados poco corrientes. Dex admiró la lealtad de Jim hacia sus amigos, pero no estaba muy segura de cómo podría

afectar a Annie un ambiente tan excéntrico. Quería que su hija tuviera un hogar perfecto.

En ese momento apareció Rocky en la puerta.

—La cena está lista —anunció.

Dex y Jim entraron en el comedor. En una esquina, un parque lleno de juguetes esperaba a Annie, que se puso muy contenta cuando la metieron dentro.

La enorme mesa estaba puesta con mantel de lino blanco, porcelana fina y cubiertos de plata. En el centro, había candelabros encendidos. En un aparador había fuentes con carne de ternera, zanahorias glaseadas, patatas con perejil y ensalada César.

—¡Delicioso! —exclamó Dex—. Rocky, es un tesoro.

El hombre se ruborizó.

—Me gusta cocinar.

Dex estaba a punto de preguntar para quién era el tercer servicio cuando Rocky empezó a servirse. Obviamente, tenía la costumbre de cenar con Jim.

—¿Y Grace y Kip? —preguntó Dex poniéndose detrás de él.

—Kip es demasiado tímido para comer en compañía —respondió Jim poniéndose detrás de ella, haciendo que Dex sintiera su calor en el trasero y recordara que esa había sido una de las posturas que realizaron durante aquella noche—. Grace prefiere judías enlatadas y fruta a la comida de Rocky, o al menos eso dice.

—Una mujer perversa —murmuró el mayordomo mientras ponía patatas junto a su filete—. Cuando no estaba ladrando órdenes a las tropas, solía ser callada y educada. Yo creí que esa era su verdadera personalidad, y me pareció muy bien. No sabía que tenía una depresión.

—Fue una suerte que apareciera Jim —dijo Dex—. Ella debió sentirse fatal.

—Ojalá siguiera deprimida —gruñó Rocky—. No me daba tantos problemas.

Jim se sentó en la cabecera de la mesa, con Rocky y Dex cada uno a un lado. Mientras cenaron sin dejar de conversar, ella se sintió intrigada al oír que las acciones de Jim se habían disparado gracias a un nuevo chip.

¿Qué iba a hacer con más dinero? ¿Comprar más coches,

construir otra mansión, planear la mejor boda del siglo?

No envidiaba a la novia. Dex odiaba las ceremonias pomposas. Cuando ella se casara, quería una ceremonia tranquila, con amigos y familia.

¿Pero en qué estaba pensando? ¡Por supuesto que envidiaba a la novia! No porque ella quisiera casarse con Jim, sino porque le gustaría ser el tipo de mujer que pudiera hacerlo.

Estar tan cerca de él era una agonía. No dejaba de desear tocar sus mejillas afeitadas y meter las manos en su pelo.

Y no dejaba de recordar lo mucho que había deseado hacer el amor con él sobre una alfombra gruesa y suave llena de cojines. Se le ocurrían un montón de posturas originales, pero su alfombra había resultado demasiado pequeña y áspera.

Él le había sugerido que fueran a su casa y mencionó que tenía una alfombra ideal en su dormitorio.

Y en ese momento, Dex se dijo que bajo ninguna circunstancia debía entrar en su dormitorio.

—Parece que Annie está lista para irse a dormir —observó Jim.

Dex se sobresaltó.

—¿Perdón?

—La niña está bostezando —dijo Rocky—. Yo puedo subirla.

—No, gracias —dijo Dex, que quería disfrutar de cada minuto que le quedara con su hija.

—Nosotros nos ocuparemos —le dijo Jim al mayordomo—. Váyase a descansar.

Rocky miró a la niña con melancolía.

—Mi hermana menor tiene un bebé no mucho mayor que Annie. Debe dormir de espaldas, sin almohada.

—Gracias por el consejo.

Y Rocky se marchó.

—Has mencionado que Kip se siente solo. Yo creo que Rocky también.

—Le gustaría tener su propia familia —dijo Jim—. Al perder la pierna empezó a pensar que las mujeres no se interesarían por él. Yo no puedo convencerle para que vaya a una agencia de citas. Está convencido de que fracasaría completamente.

—Eso es ridículo —opinó Dex.

—Yo también lo pienso.

Jim sacó a su hija del parque y se la puso contra el hombro. El movimiento fue sorprendentemente natural, considerando que él había tenido poca experiencia con bebés hasta esa tarde.

Mientras Dex seguía a la pareja y subían por una escalera, supo que ese hombre había nacido para ser padre. Pero Annie también necesitaba una madre. Una verdadera madre que la amara, no simplemente que la soportara.

Dex necesitaba saber más sobre la futura prometida de Jim. Suponía que podía hacerle algunas preguntas discretas, pero le dolía mucho pensar en esa mujer.

En lo alto de las escaleras había un vestíbulo central alrededor del cual se abrían muchas puertas. Dex se sintió como si estuviera en un hotel.

Jim se dirigió hacia la puerta que había junto a la del cuarto de Dex. Rocky se la había enseñado anteriormente, pero ella no había entrado.

En ese momento siguió al millonario a una habitación aireada con papel de pared de flores amarillas, y una cama con dosel de encaje. Una cuna, que debían haber llevado esa tarde, estaba contra la pared más cercana, frente a una mecedora.

En el extremo más lejano de la habitación, Dex pudo ver el cielo a través de unas puertas de cristal, tras las cuales había un balcón.

—Esta habitación parece decorada especialmente para una niña —observó Dex.

—Así se hizo —Jim dejó a Annie sobre el cambiador—. Yo siempre he querido niños. ¿Cómo se cambia el pañal?

Dex le enseñó. Cada vez que sus manos se rozaban, ella tenía que reprimir fantasías salvajes.

Imaginó que la alfombra de su habitación podía ser color canela, como la de ese cuarto, que sentía mullida bajo sus pies. Ojalá los dos pudieran hundirse en ella, sentirla contra su piel.

A su lado, la respiración de Jim se aceleró. ¿Estaría pensando lo mismo?

Aquella noche en la fiesta de la facultad, se habían encontrado los dos en la misma onda, notando el brillo de las estrellas a la vez, inclinándose uno hacia el otro como si lo hubieran planeado, bailando

como si fueran una pareja habitual.

Fue sorprendente, considerando lo diferentes e incompatibles que eran.

«Ni siquiera sé qué estoy haciendo aquí», pensó Dex, apartándose unos centímetros. Ella no encajaba junto a un hombre sofisticado que ganaba millones por segundo, ni en una mansión que podría haber sido diseñada para visitas turísticas.

Sus padres eran personas estudiosas, y su casa pequeña y llena de montañas de papeles. No podían entender que la gente se preocupara de su aspecto. No les impresionaban las marcas ni los ricachones de Florida donde vivían.

Para ellos, la mujer ideal era Brianna, la hermana de Dex, directora de una revista literaria, casada con un periodista de investigación y que vivía en un pequeño apartamento en el distrito del Soho en Nueva York. No tenían mucho dinero y no querían hijos, pero eran los preferidos del círculo intelectual.

—¿Qué te parece? —Jim levantó a su hija, a quien había puesto un pijama rosa.

—Preciosa —declaró Dex respirando el aroma a talco e inocencia.

Jim dejó a Annie en la cuna de espaldas, como le había dicho Rocky. La única nota discordante era el edredón, que tenía un diseño geométrico en colores negros, morados y blancos.

—El gusto de la doctora Saldivar es muy diferente del mío —dijo Jim—. Le diré a Grace que compre algo más apropiado.

—No tiene sentido gastar mucho dinero ya que Annie no va a quedarse.

Los dos se miraron, cada uno en un extremo de la cuna.

—¿Por qué estás tan decidida a dar a la niña en adopción? —preguntó Jim.

«Porque si no puedo ser su madre no quiero volver a verla. Me partiría el corazón», pensó Dex.

Pero no se lo dijo, porque no esperaba que Jim elogiara sus sentimientos. Él era el hombre más poderoso de la ciudad, y ella posiblemente la más impotente.

Dex pensó en alguna excusa racional para justificarse.

—Seguro que sabes lo difícil que será todo cuando la gente se

entere de su origen. Los cotilleos y las burlas.

—Nadie tiene que conocer su origen —declaró Jim.

—La gente querrá saber quién es su madre. Y mucha gente ha visto a Annie con la doctora Saldivar durante los nueve meses anteriores. Bien se enteren de la verdad o imaginen una aventura entre la doctora y tú, sería un desastre.

—La gente puede hablar —admitió Jim—, pero… Ven aquí, quiero enseñarte algo —dijo, sin terminar la primera frase, acercándose a las puertas de cristal y abriéndolas.

Dex le siguió y salieron al pequeño balcón, donde soplaba una brisa fresca.

Bajo ellos, se extendía la ciudad de Clair de Lune. Desde esa altura, ella pudo ver a la izquierda la empresa de Jim y a la derecha el campus de la universidad.

Directamente delante, bajando la pendiente y perdiéndose en la distancia estaba la ciudad. Dex vio los barrios llenos de árboles, tiendas, e incluso el edificio de doce plantas donde ella y Jim se habían visto ese día.

—Es una vista espectacular —admitió Dex.

—La vista es tanto simbólica como real —explicó Jim—. No pretendo fanfarronear, pero en muchos aspectos yo controlo esta ciudad. El alcalde me consulta a menudo sobre temas relacionados con los negocios e incluso la Cámara de Comercio usa mi nombre para animar a otras empresas a que se instalen en la ciudad.

Nada de eso era nuevo para Dex.

—¿Y?

—¿Crees de verdad que la gente sería muy dura con mi hija? —preguntó Jim.

Tenía razón, pero ella no iba a admitirlo.

—Los niños son crueles. Y yo tampoco quiero que sea una niña mimada.

—Eso son excusas. Hay alguna otra razón por la que quieres que la adopten.

Alarmada, Dex se dio cuenta de que era un hombre muy perspicaz. Le daba miedo que Jim viera lo vulnerable que era ella, lo mucho que anhelaba cosas de las que no era emocionalmente capaz de ocuparse.

—No creo que yo esté hecha para ser madre —dijo con la mayor naturalidad que pudo.

—Pero yo sí estoy hecho para ser padre.

—¡No es suficiente!

—Tú quieres que me mantenga a distancia porque pasamos una noche juntos, ¿verdad? —insistió Jim—. Si yo fuera un auténtico extraño, no te opondrías a que me quedara con ella, ¿cierto?

Aunque Dex supuso que eso marcaría cierta diferencia, no era el auténtico problema.

—No tengo nada contra ti.

—No hay razón para ello —le recordó Jim—. Tú fuiste la que dijo que se marchaba.

—No estamos hechos el uno para otro. Y lo acepto.

—Yo también.

—Al menos estamos de acuerdo en algo.

Jim le tocó el hombro, provocando en la piel de Dex espasmos eléctricos.

—Dex, si hice algo que te molestara, por favor, perdóname. El futuro de nuestra hija es demasiado importante para arruinarlo.

Ella inclinó la cabeza, sintiendo los ojos húmedos.

—La felicidad es algo más que una casa elegante y vistas desde el balcón. Implica amor, comprensión y apoyo emocional.

—Y yo pienso darle todo eso a Annie —le aseguró Jim.

«Pero si ella es como yo, sabrá desde el principio que no pertenece a este lugar», pensó Dex.

Y tenía que confiar en su instinto. Ese hombre y esa casa la aterrorizaban de tal modo que no podía soportar dejar allí a su bebé.

—Te guste o no, Annie es una versión en miniatura de mí. Cualquiera puede verlo. No encajará, y las bromas y rechazos de los otros niños le harán más daño del que nunca puedas imaginar.

—Annie también es parte de mí —dijo Jim despacio—. Encajará. Le encantará esto. Por favor, escucha…

Justo cuando ella giró para entrar, él apretó más su hombro. El contacto hizo que Dex perdiera el equilibrio y se desplomara sobre Jim.

Instintivamente, Dex levantó los brazos y se sujetó contra su pecho. Había olvidado lo bien definidos que estaban sus músculos, lo sólido que era y lo segura que se sentía a su lado.

Los brazos de Jim la rodearon, y Dex levantó la barbilla. La boca de Jim se posó en sus labios, sabiendo a vino y a deseo.

Dex le puso la mano en la mejilla y luego en el pelo. Jim la guió dentro de la casa, lejos de algún posible mirón y la besó con más profundidad.

Al sentir la lengua de Jim, el cuerpo de Dex se llenó de ardor. Se apretó con fuerza contra él y descubrió que estaba completamente excitado, y experimentó el mismo deseo de abandonarse que en la noche de la fiesta.

Al notar la mano de Jim bajo su jersey tocándole la cintura, deseó que le tocara los pechos. Los dos respiraban con dificultad. Dex sabía que debía parar.

Entonces un sonido alegre llamó su atención. ¡La niña! Miró y vio a Annie de pie en su cuna, observándoles.

—Más —dijo la pequeña.

Dex no supo si reírse o ruborizarse. Jim soltó una risita.

—Tiene razón —declaró.

—No —Dex suspiró y se apartó—. No podemos hacerlo. Prácticamente eres un hombre casado.

—Ni siquiera estoy comprometido —dijo Jim—, pero aunque Nancy aún no me haya dado una respuesta, debo serle fiel.

A Dex le alegró oír eso, ya que a pesar de ser el mujeriego más conocido de la ciudad, parecía que tenía escrúpulos.

—En cualquier caso, los dos estamos de acuerdo de que somos incompatibles —le recordó Dex—. Y tenemos una hija. ¿No es problema suficiente para una relación?

—Estoy de acuerdo en que la situación es complicada —Jim se pasó una mano por el pelo—. Supongo que tienes razón. Necesitamos que siga siendo algo platónico.

Aunque no pareció gustarle, Jim se marchó. Dex se quedó inmóvil hasta que oyó la puerta de la habitación principal cerrarse.

—Da da —dijo Annie.

Dex la sacó de la cuna y se sentó en la mecedora con ella. No podía creer que hubiera besado a Jim Bonderoff. Si Annie no les

hubiera interrumpido, podrían haber…

Se meció despacio. ¿Por qué había estado a punto de perder el control? No dudaba que él tuviera ese efecto en muchas mujeres, podía entenderlo, pero eso no disculpaba su propia debilidad.

No volvería a suceder.

La mecedora se movía despacio, acunando a la niña y a ella misma. Dex empezó a canturrear una nana. Al principio no pudo identificar la canción hasta que llegó al estribillo Hi Lili, Hi Lo.

Era el tema de una vieja película de Leslie Carón, Lili. De niña, Dex la había visto en la televisión con su madre, que también la había visto años antes.

El tema de la canción le había sonado familiar en aquel entonces, y le había salido sin pensarlo mientras mecía a su bebé. Solo había una posible explicación, y era que su propia madre debió cantárselo de pequeña.

Qué curioso. Sarah Fenton no era el tipo de mujer que pudiera imaginar cantándole a un bebé. Llevaba el pelo ensortijado cortísimo y sonreía poco. Sus gustos en lo referente a divertirse consistían en óperas de Wagner y ballet ruso, y cualquier ternura que hubiera demostrado desapareció cuando sus hijos eran adolescentes.

Dex meció a la niña un poco más y siguió cantando, y deseó que, a diferencia de su madre, ella pudiera albergar para siempre esos dulces sentimientos. Pero la historia acostumbraba a repetirse.

Cuando Annie se quedó dormida, Dex la metió en la cuna y se marchó.

Capítulo 7

El sábado por la mañana, Jim estuvo a punto de llamar a Nancy de nuevo. Había dormido muy mal la noche anterior, angustiado por imágenes de Dex y por saber que estaba durmiendo al otro lado del pasillo.

Su cuerpo le traicionaba. No solo su cuerpo, sino también sus pensamientos y sentimientos. Dex era como un merengue cremoso de limón con unas gotas de tabasco, y le excitaba como ninguna mujer había hecho.

Después de tomarse el café en su dormitorio, Jim sacó la taza y el teléfono al balcón. Daba al este, hacia la universidad, con una vista de las montañas al norte.

Se sentó en una silla y pensó qué iba a decirle a Nancy. Pedir a Nancy que fuera a rescatarle no le parecía muy romántico. Además, él no necesitaba ser rescatado. Podía controlar sus acciones al igual que controlaba el resto de su vida.

Pero normalmente acudía a Nancy cuando tenía problemas. Ella le había ayudado en el pasado. Después de licenciarse en el ejército y morir sus padres seis meses más tarde, Jim no había sabido cómo enfocar sus energías. Había estado impaciente por ir a la universidad, deseando ganar dinero y lleno de ideas en lo referente a nuevas tecnológicas informáticas, pero sin saber si estaba preparado para el riesgo de empezar su propio negocio.

Las palabras de su padre, dichas desde la cama de un hospital, habían resonado constantemente en su cabeza. Los años y su enfermedad terminal habían dejado huella en el rostro demacrado de Ben Bonderoff.

—No termines como yo —le había dicho a su hijo—. Yo nunca tuve agallas para seguir mis sueños.

Cuando Jim le contó el comentario de su padre a Nancy, que en aquel entonces había estado preparando el doctorado, ella le animó a que lo tomara en serio.

—Sigue tus sueños. Puedes pedir un préstamo. Tienes buenas ideas.

—Pero contraería deudas. Sería una trampa —declaró Jim, ya que sus padres siempre habían insistido en que la gente responsable lo pagaba todo al momento.

Nancy lo miró fijamente por encima de su sandwich. Estaban comiendo en el Lunar lunch box, cerca del campus. Con sus largas piernas y pelo rubio, le miraban muchos hombres, pero ella no prestaba atención.

—Las deudas son trampas, de acuerdo, pero solo si te gastas el dinero —le dijo, mirándole con sus ojos grises—. Invertir es diferente de gastar. Mírame a mí, por ejemplo. Cuando consiga mi título deberé muchísimo de préstamos estudiantiles, pero podré ganar el dinero necesario para pagarlos en lugar de quedarme atrapada en algún trabajo administrativo. He invertido en mi futuro. ¿Y tú, Jim?

Así que, animado por Nancy, preparó un proyecto y encontró inversores que, a los pocos años, se convirtieron en millonarios, Jim pagó sus deudas, pero con Nancy tenía una deuda de otro tipo, moral y emocional. Si ella le permitiera subvencionar alguna de sus investigaciones, él se sentiría mejor, pero siempre se había negado en rotundo, diciendo que eran amigos y que el dinero no debía interponerse.

Jim miró el teléfono, pero no sabía qué podía decirle. El día anterior ella le había dicho que las cosas se decidirían en una semana, ¿no?

Mientras estaba pensando, sonó el teléfono. Era un colega felicitándole por el nuevo chip. Cuando terminó la conversación, Jim entró y se preparó para ducharse. Sin duda recibiría más llamadas.

Así que decidió esperar unos días más antes de hablar con Nancy.

Dex se llevó su café y un plato con una tostada al jardín. Grace, llevando vaqueros y una sudadera, le explicó que no trabajaba los fines de semana, e insistió en llevarse a Annie de paseo. En lugar de rechazar su oferta, Dex recordó que ella debía ser una observadora, y no una niñera.

Así que en ese momento estaba saboreando los últimos restos de su tostada y disfrutando de la suave brisa. Había algo mágico en ese jardín, con las flores cayendo por todas partes y la figura de un hombre apareciendo y desapareciendo entre el follaje.

El cuento de hadas se extendía por toda la casa, desde el invernadero hasta el patio trasero. Dex había elegido una mesa y una silla cerca de la esquina trasera desde donde podía ver las pistas de tenis detrás del garaje y, en el extremo más lejano de la casa, la piscina.

Le dieron ganas de ponerse a tomar el sol, aunque sus

pantalones cortos y blusa le dejarían marcas feas. Además, tenía que corregir los exámenes del profesor Bemling.

A lo lejos, a través de la ventana abierta de una habitación, pudo oír a Jim hablando por teléfono. Sonó como si estuviera hablando con un periodista.

—Por supuesto, no podría haberlo hecho sin la ayuda de mis técnicos…

No mencionó que había descubierto que tenía una hija, y ella agradeció que no fuera a anunciarlo en la prensa. Quizá simplemente le avergonzaran las circunstancias, aunque Dex esperó que también estuviera considerando la adopción.

Suspiró, abrió la mochila que había dejado en una silla y sacó un montón de papeles. Por el rabillo del ojo, vio un movimiento entre unos helechos, pero cuando se giró, solo había un pájaro picoteando en el suelo.

Dex corrigió los dos primeros exámenes, prestando atención a la gramática y sobre todo anotando errores de pensamiento crítico. Pocos estudiantes sabían pensar una idea original y desarrollarla de modo convincente.

Un crujido llamó su atención hacia un grupo de lirios. Habría jurado ver un rostro mirando a través de las flores blancas, pero antes de poder fijarlo en su mente, desapareció.

Posiblemente fuera Kip, el jardinero. Grace le había dicho que era muy misterioso. Eso podría explicar que acechara detrás de los arbustos.

Dex regresó a los exámenes y casi había terminado cuando en la mesa, a su lado, apareció un pequeño ramo de crisantemos blancos, con los extremos envueltos en papel de aluminio y atado con un alambre. Levantó la cabeza y vio un rostro alegre con ojos tímidos y una nariz aguileña que resultaba interesante.

—Debe ser Kip —le dijo.

—Sí.

Se lo veía muy delgado dentro de su enorme mono de trabajo. Si alguna vez había sido de tipo de hombre fuerte como había dicho Jim, no había señal de ello.

—Yo soy Dex —ella se llevó el ramo a la nariz—. Gracias por las flores.

Él inclinó la cabeza, estudiándola.

—Rosa.

—¿Las flores? A mí me parecen blancas.

—Lo son. Pero su color es rosa. Encantador —Kip se sentó frente a ella—. Grace es amarillo mostaza, que no es tan desagradable como suena, y Rocky una especie de suave azul verdoso.

—¿Y Jim? —preguntó Dex, sin poder evitar sentir curiosidad.

—Un genuino verde hierba. Y la niñita es color lavanda. Muy dulce.

—¿Los ve como flores? ¿Es eso?

—Oh, no —Kip sonrió con timidez—. Yo lo veo todo en color en mi cabeza… aparte de los colores que ya están ahí, claro. Incluso los números y las letras y los sonidos musicales tienen sus propios matices.

Ese hombre tenía una natural habilidad poética que Hugh Bemling habría envidiado.

—¿Es por tu accidente?

—No. Eso solo me ha dado libertad para contarle a la gente cómo veo el mundo. Yo antes no lo decía porque habrían pensado que estaba loco, pero ahora lo piensan de todos modos —explicó con su voz susurrante—. Sufro lo que los científicos llaman sinestesia. Imagino que es hereditario.

—¿Qué es eso?

—Alguien que percibe el mundo de forma distinta a los demás. En mi familia, vivimos en un arco iris. He oído que hay otras personas que saborean las formas. Es algo completamente individualizado.

Se calló, y entonces Dex también notó unos murmullos que procedían de los escalones. Gradualmente se fueron entendiendo las palabras.

—Ella te dijo que vinieras, sí, pero no te dijo que era un castillo. Quizá te hayas equivocado de lugar.

—¡Cora! —le llamó Dex—. Estoy aquí.

Entonces apareció una cara redonda rodeada de pelo claro, seguida de un vestido suelto y amplio multicolor. Los tonos eran tan brillantes que Dex se preguntó qué efecto tendrían en Kip.

—Asombroso —declaró el jardinero—. Es de un impresionante dorado claro. Preséntenme.

—Cora, te presento a Kip. Kip, Cora.

La joven regordeta se detuvo junto al arroyo que fluía junto a ellos, sujetando con fuerza su carpeta. Mientras miraba a Kip, algo parecido al asombro iluminó su expresión.

—¡Qué hombre más guapo! —exclamó la joven.

Kip se puso de pie y se inclinó.

—Permite que te enseñe el lugar.

—Yo… he traído mi examen de historia para que Dex lo vea —declaró Cora sin apartar los ojos del jardinero.

—Yo me lo quedaré —Dex le quitó la carpeta de la mano y regresó a la mesa—. Ve a dar una vuelta.

Kip le ofreció el brazo. Tras una breve indecisión, Cora lo aceptó. Mientras se marchaban, empezaron a conversar con facilidad.

—Todo es muy verde —dijo Cora.

—No solo verde. Las hojas son de muchos colores. Y también el agua —explicó Kip entusiasmado.

—Qué forma más maravillosa de ver las cosas.

—Es la única forma que conozco.

—Dime lo que ves para que yo también pueda disfrutar.

Las palabras fluían tan fácilmente que parecía casi como si Cora estuviera hablando consigo misma. Pero esa vez, no había en su tono inseguridad ni duda.

Dex abrió la carpeta y leyó el examen de Cora. La joven tenía un interesante punto de vista, pero no sabía organizarse bien. Y tenía que dejar de disculparse en cada frase por no estar de acuerdo con el pensamiento tradicional.

Después de tomar algunas notas que esperaba le fueran de ayuda, Dex dejó la carpeta a un lado. Eran casi las diez, hora de ir a repartir el correo del campus.

Se dirigía al camino cuando oyó la voz de Jim.

—¿Dónde vas? —le preguntó desde el invernadero.

—A mi trabajo —respondió Dex sin dejar de andar—. Soy la única repartidora que trabaja los sábados.

Él salió.

—Voy contigo.

—No puedes. Voy en mi bicicleta.

—Entonces yo también iré en la mía.

Jim bajó la escalera de piedra y de uno de los garajes sacó una bicicleta y un casco azul.

Con los vaqueros ceñidos, camiseta y zapatillas de deporte, Dex tenía que admitir que estaba mejor vestido para el trabajo de repartidor que ella. Por otro lado, ella siempre presumía de su comportamiento descuidado y desafiante, y eso incluía su falta de casco.

—Imagino que no tiene sentido que te lo mencione… —empezó Jim mirando su pelo suelto.

—No si quieres venir conmigo —Dex subió en su vieja bicicleta.

—Así es —Jim se puso el casco.

Ella intentó desanimarle una vez más.

—¿Estás seguro de que tienes tiempo?

—Tengo que asistir a una cena a las siete y el cóctel es a las seis. No puedo faltar porque soy el invitado de honor —miró su reloj—. Eso me da casi ocho horas para prepararme. Sí, tengo tiempo.

Ella empezó a pedalear bajando por la pendiente hasta el campus. Él la siguió sin esfuerzo aparente.

Era desconcertante estar pedaleando en su bicicleta vieja y ruidosa mientras él iba a su lado. Dex hizo lo posible por ignorarle.

—Por cierto —dijo Jim—, ¿para qué es el asiento de niños?

—Es para Annie —respondió Dex, pensando que debería ser obvio.

—Pensé que querías que la adoptaran.

—Es solo para esta semana.

La verdad era que había pensado quedárselo para que le recordara a su hija, aunque nunca lo usara.

Jim no siguió con el tema.

—He visto en el jardín a Kip con una mujer. ¿Es amiga tuya?

—Es Cora —respondió Dex—. Le voy a dar clases particulares. Quería dejar los estudios, pero no se lo voy a permitir.

—Parecían disfrutar juntos.

—Eso espero.

La conversación fue decayendo mientras bajaban por el bulevar y no volvieron a hablar hasta que disminuyeron la marcha en la entrada del campus.

—Quería preguntarte algo —dijo Jim—. ¿Es Dex algún diminutivo?

—Mi madre me puso el nombre de su medicina para alergia —contestó, una respuesta que había inventado para reemplazar a la aburrida verdad, que Dex era un diminutivo infantil para Alexandra.

Se dirigieron hacia el edificio de administración.

—¡Fitz! —gritó Dex llamando a su puerta.

—¿Siempre haces tanto ruido? —preguntó Jim.

—Fitz duerme hasta muy tarde los sábados —dijo ella, dando un par de golpes más a la puerta.

—¿Vive aquí? —preguntó Jim incrédulo—. ¿No va contra el reglamento?

—Oh, Fitz tiene su propia casa en alguna parte, pero dice que siendo el director de mantenimiento siempre surge algún problema de noche. Así que se acuesta en el sofá.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando aquí?

Dex no estaba segura. Ella había empezado a trabajar para Fitz Langley antes de licenciarse, y ya entonces había sido toda una institución.

—Imagino que décadas.

Dentro del edificio se oyeron ruidos y la puerta empezó a moverse. Chirrió hasta que el cerrojo finalmente cedió.

—Si es el director de mantenimiento, ¿por qué no la engrasa? —susurró Jim.

—Dice que así es mejor que una alarma para mantener a los ladrones a raya —explicó Dex, justo antes de que asomara la cabeza de león de Fitz—. ¿Hay algún reparto?

—Un par —gruñó el hombre—. ¿Hablaste por fin con ese abogado?

—Todo está arreglado.

Apartándose con los dedos la melena desgreñada de la cara, Fitz le dio dos sobres.

—Uno para el departamento de Lengua Inglesa. Otro para

administración.

—Este es el edificio de administración —observó Jim.

Fitz dejó de quitarse pelusas de la barba y miró con frialdad al otro hombre.

—Esta es la parte trasera del edificio de administración. Esa carta va al otro lado.

El departamento de mantenimiento era en realidad un añadido que se comunicaba con el edificio principal a través de una serie de pasillos y escaleras que eran más difíciles de recorrer que simplemente rodeando el edificio. Pero Fitz no se molestó en explicárselo.

Miró a Jim fijamente.

—Tú eres ese tipo de los ordenadores. He visto tu foto en el periódico. Las cosas deben ir mal si ahora vas en bici.

—Supongo que debería trabajar más —dijo Jim, siguiéndole la corriente.

—Deja que te dé un consejo —añadió Fitz—. Si tu jefe te dice que lleves la carta al otro lado del edificio, cierra el pico.

—Gracias, lo recordaré.

Dex reprimió una sonrisa. Estaba disfrutando de la compañía de Jim más de lo que había esperado. Para gastarle una broma, había decidido que tomarían el camino largo atravesando el departamento de Lengua Inglesa antes de hacer la entrega en administración, para hacerlo todo más complicado.

—¡Hasta el lunes! —gritó Dex a Fitz, marchándose.

Jim la alcanzó y pedalearon juntos bajo los árboles.

—¿Qué hay de la entrega? —preguntó Jim.

—La haré luego. De todos modos, nadie abrirá hoy la carta. A veces los jefazos vienen, pero las secretarias, no.

El lugar se encontraba casi desierto en ese sábado soleado. La biblioteca y el centro de estudiantes estarían llenos, pero estaban situados en otra zona, junto con el teatro de la universidad.

Mientras pasaban junto al centro de la facultad, con Jim un poco rezagado, ella imaginó que podía sentir su mirada en su cintura desnuda. ¿Habría notado el pequeño tatuaje de una flor que se hizo una vez a petición de un novio?

Desde que empezó la universidad, había tenido dos novios, sin

contar algunas citas de las que ni se acordaba. Mirando atrás, Dex imaginó que ella terminó con las relaciones cuando ellos quisieron algo más serio.

Bueno, ella sabía a qué podía enfrentarse y a qué no. Lo mismo ocurría con Jim.

Pero ahí estaba él de todos modos, cuatro meses después de su aventura, haciendo la ruta con ella como si fuera parte de su vida… aunque en realidad no lo fuera, o al menos no de forma permanente.

Dex deseaba que él se aburriera y decidiera irse. Ella se estaba fijando demasiado en sus fuertes piernas al pedalear y en la anchura de sus hombros. Y especialmente en su trasero sobre el sillín.

Dex pedaleó más rápido, dirigiéndose al departamento de Lengua Inglesa.

¿Cómo no había visto su pequeño tatuaje en la parte baja de la espalda? Jim había creído haber memorizado cada detalle de su cuerpo durante aquella noche juntos.

Lo que sí recordaba era el modo en que su cuerpo se había movido contra él. Era una mujer para perderse en ella.

Los dos desmontaron y Jim siguió a Dex al edificio de ladrillo.

El departamento de Lengua Inglesa olía a polvo y a tinta. Jim siguió a Dex por el pasillo hasta un despacho abarrotado.

No se veía a nadie.

—¿Hay alguien? —gritó Dex un par de veces antes de dejar el sobre en la mesa—. Estarán fuera.

—¿Hay clases los sábados?

—No, pero un par de profesores acuden sobre todo para recibir a estudiantes graduados.

Entonces Jim recordó que allí era donde ella trabajaba como ayudante. Y sintió mucha curiosidad por todos los aspectos de la vida de Dex.

Estaban saliendo al pasillo cuando un hombre barbudo bajó las escaleras arrastrando los pies, con el pelo largo cayendo alrededor de un rostro delgado. Los miró a través de unas gafas metálicas.

—¿Dex? —dijo el hombre—. Oh, cielos, creía que era sábado. ¿Ya has corregido los exámenes?

—Es sábado, Hugh —explicó ella con indulgencia—. Solo estoy repartiendo el correo.

Él suspiró aliviado.

—Gracias a Dios. Tenía miedo de haber perdido la noción del tiempo y que fuera lunes —su mirada se dirigió despacio a Jim—. ¿Es amigo tuyo?

—Hugh, te presento a Jim Bonderoff. Jim, Hugh Bemling.

Los hombres estrecharon sus manos.

—¿Eres el auténtico Jim Bonderoff? —preguntó Hugh.

—Eso me temo.

El profesor se quitó las gafas y las limpió con los extremos de su camisa que llevaba por fuera del pantalón. Pareció desconcertado.

—¿Y los dos estáis… er… comprometidos?

Fue una pregunta bastante personal, pero Jim no se molestó en cuanto vio el modo en que el hombre miraba a Dex. Ese profesor distraído estaba colado por ella.

Pero parecía que no era correspondido a juzgar por el modo de comportarse de Dex.

—Estoy ayudando a Jim a cuidar un bebé —dijo Dex—. Si necesitas localizarme esta semana, estaré en su casa.

—Entiendo.

Hugh se aclaró la garganta un par de veces y luego volvió a subir las escaleras como si hubiera olvidado para qué había bajado inicialmente.

—Es muy dulce, pero está siempre despistado —explicó Dex cuando salieron—. No deja de enviar artículos académicos a las revistas equivocadas. Envió uno a una revista de decoración.

Jim se rió. Y al subirse en su bicicleta se dio cuenta de que hacía años que no se sentía tan despreocupado.

Era muy divertido entrar en el mundo de Dex y conocer a la gente que vivía allí. Le hizo darse cuenta de lo aislado que estaba en su entorno de opulencia y tecnología.

Annie también podría sentirse sola al ir creciendo. Necesitaba un ancla, alguien con los pies en la tierra que le ayudara a conectar con la gente. Necesitaba a Dex.

Jim movió la cabeza… Había querido decir a Nancy.

Delante del edificio de administración, Jim esperó mientras Dex subía los escalones con el sobre. El imponente edificio de granito

parecía casi gótico. Era la primera vez que se fijaba en lo pretencioso que era.

A través de las puertas abiertas salieron dos hombres. Jim reconoció el rostro redondo del presidente Wilson Martín. El hombre a su lado era uno de los vicepresidentes.

La pareja no miró a Dex cuando pasó junto a ellos, y tampoco a Jim. Aparentemente no se fijaban en los estudiantes de aspecto desaliñado montando en bicicleta. Pasaron de largo sin dejar de conversar.

Jim se quedó en la bicicleta hasta que Dex apareció.

—¡Ha faltado un pelo! —dijo Jim.

—¿El presidente Martín? ¿No te ha pedido un donativo?

—Ni me ha visto.

Dex subió a su bicicleta.

—Quizá puedas responderme a una pregunta sobre la que no deja de cotillearse en el campus.

—¿El qué? —dijo Jim empezando a pedalear con ella.

—¿Qué años tiene el presidente Martín? Los rumores dicen que o tiene cuarenta y pocos y quiere ocultarlo o tiene más de setenta y ha hecho un pacto con algún mago del departamento de biología para ocultar su edad.

—La primera parte es cierta —explicó Jim—, pero la segunda es más interesante.

Habían llegado al aparcamiento casi vacío cuando Dex se detuvo de repente.

—¡Oh, Dios mío!

Él paró también, asustado.

—¿Qué ocurre?

—¡Annie!

Capítulo 8

—¿Qué pasa con Annie?—preguntó Jim.

—¡La olvidé! —gritó Dex—. ¡Me marché de casa sin acordarme de ella!

Jim se asustó.

—¿Dónde la dejaste? ¿En el jardín? Llamaré a Rocky —dijo, sacando del bolsillo su teléfono móvil.

—Estaba con Grace. Fueron a dar un paseo.

Jim se tranquilizó.

—¿No la abandonaste en el jardín?

—¡Claro que no! —respondió Dex indignada—. Pero una auténtica madre no se marcharía sin más y se olvidaría de su hija. No sé si Grace la está cuidando, o Rocky, o quizás esté con Kip y Cora.

—En cualquiera de esos casos estará bien.

—Si yo fuera una madre de verdad… —empezó Dex, que estaba siendo muy dura consigo misma.

—Pero no lo eres.

—No —dijo ella añorante—. No lo soy. Es muy obvio, ¿verdad?

Los dos siguieron pedaleando.

—Yo he hecho lo mismo —observó Jim—. Me marché sin preguntar dónde estaba Annie.

—Los padres son así —dijo Dex—. Pero las madres, no.

—Supongo que no.

La madre de Jim había sido atenta, aunque si se había preocupado por él, no lo había demostrado. Pero, en realidad, Jim la recordaba de niño grande, no de bebé.

Sus pensamientos regresaron a lo que le había dicho Dex. Parecía estar castigándose por no ser mejor madre. Hasta ese momento, él había pensado que ella no quería desempeñar ese papel.

Pero su comportamiento no decía eso… ni la ternura con la que abrazaba a Annie, ni cómo se hacía cargo de la situación cuando Grace y Rocky discutían…

Jim deseaba entender ese lado de Dex. Y aún seguía sin saber

por qué ella le mintió diciéndole que se mudaba después de la noche que pasaron juntos. Esa mujer estaba llena de contradicciones.

Dex pedaleó rápidamente por la avenida. Debía estar ansiosa por comprobar que Annie se encontraba bien.

Jim se preguntó qué significaría eso.

A pesar del fresco, Dex sentía las mejillas ardiendo. Había descuidado a Annie y además lo había admitido delante de Jim.

Solo porque nunca pudiera ser una mujer sofisticada como las que él solía ver, no significaba que tuviera que actuar como una idiota. Si cometía errores, debía callarse.

Mientras pedaleaba, recordó la conversación. Jim tenía razón, ya que él había abandonado a Annie tanto como ella. Pero Dex no podía culparlo.

Sabía por su reputación que era demasiado mujeriego para ser un padre abnegado. Era cierto que estaba mostrando cierta fascinación con su bebé, como un niño como un juguete nuevo, pero eso pasaría.

Dex quería que Annie tuviera un padre profundamente implicado y que tuviera todo lo que ella había anhelado de niña. Después de todo, Annie era Dex, que había vuelto a nacer con una segunda oportunidad para tener una vida feliz.

Al tener más experiencia como ciclista, ella debería haber llegado a lo alto de la colina más deprisa que Jim. Pero él tenía una bicicleta mejor, así que los dos se detuvieron en la entrada del garaje a la vez, y Dex estaba jadeante.

—Ha sido un estupendo ejercicio —dijo Jim—. Mejor que trabajar en mi gimnasio.

—¿Tienes un gimnasio?

—Encima de la casita del billar. ¿Te gustan los gimnasios?

—Mucho.

—Mañana puedes acompañarme —dijo Jim, y sin esperar respuesta, metió su bicicleta en el garaje y regresó un instante después —. Por cierto, ¿conoces ese coche? —preguntó señalando un Volkswagen abollado.

Entonces Dex se dio cuenta de que no estaba la bicicleta de Cora, y que por el coche, había llegado alguien.

—Se parece al de mi casera, pero no puede ser —dijo, ya que no conocía la matrícula, pero al fijarse después, reconoció algunos de los

golpes—. Vaya, debe haber venido a verme.

—Vayamos a averiguarlo.

—Sí, y también a buscar a Annie.

Encontraron a Marie y a Rocky en la cocina, haciendo tortillas. Cuando la mujer vio a Dex y a Jim, se toqueteó el pelo, sin conseguir arreglar nada. Una capa morada estilo oriental encima de un vestido beige muy ancho mostraba que había hecho un auténtico esfuerzo para vestirse para esa visita.

Jim y Marie Pipp fueron presentados y estrecharon sus manos. Entonces, ella volvió su atención a Rocky.

—Esa tortilla huele de maravilla.

—De no ser por ti no se me habría ocurrido nunca mezclar albahaca con huevos —dijo Rocky ajustándose el arrugado delantal rosa sobre los pantalones militares.

—Te he traído el correo y algo de comer —le dijo Marie a Dex —. No pensaba salir hoy, pero quería asegurarme de que estabas bien.

Dex vio que el correo que estaba encima de la mesa consistía en dos folletos publicitarios y una solicitud para una tarjeta de crédito. Imaginó que la motivación de su casera se debía más a la curiosidad que a la preocupación pero, de todos modos, le alegraba ver a la mujer.

—¿Y estas lentejas? —preguntó Rocky abriendo un tarro.

—Caliéntalas en el microondas —dijo la mujer—. Son de la India, muy picantes. Te gustarán.

—Nunca he comido nada de la India —dijo Rocky mientras echaba la comida en un cuenco.

—Es hora de ampliar los horizontes —declaró Marie Pipp dándole una palmadita en la espalda.

Un bufido de desdén llamó la atención de Dex. En la puerta estaba de pie Grace con Annie en brazos y mirando fijamente a Marie.

—¿Quién es? ¿Una amiga tuya, Rocky?

—Es mi casera —contestó Dex tomando a la niña en brazos y presentando a las dos mujeres.

A Dex le sorprendió lo reservada que se mostró Grace. ¿Podría estar celosa del leve contacto que había presenciado entre Marie y Rocky?

Era ridículo, ya que Marie posiblemente tendría treinta y cinco años más que él. Además, Grace y Rocky se odiaban.

Dex se disculpó por haberse olvidado de la niña. Sin apartar los ojos de Rocky y Marie, Grace le dijo que no se preocupara, y que las dos se habían divertido mucho jugando juntas.

Enseguida estuvo preparado el almuerzo. Cuando los cinco entraron en el comedor, Dex oyó el ruido de un motor fuera.

—¿Más compañía? —preguntó Grace.

Rocky dejó la fuente de la tortilla en el aparador.

—¿Espera a alguien, jefe?

—No —contestó Jim.

En ese momento sonó el timbre y Rocky se quitó el delantal y fue a abrir.

Dex oyó sonido de voces, y apareció Rocky con Hugh Bemling al lado, caminando atropelladamente.

—Pasaba por aquí y… Oh, hola, decana Pipp…

Entre los saludos, el profesor balbuceó otra disculpa por su inesperada visita. Y divertida, Dex supuso que había ido a ver cómo estaba ella.

Estando de pie con Annie en brazos, recordó que no le había contado que tenía una hija. Y tampoco veía razón para extender la noticia por el campus, aunque estaba segura de que no tardaría mucho en llegar allí.

Además, Hugh no le estaba prestando atención. En cuanto Jim le presentó a Grace, los ojos de la doncella se iluminaron fascinados, aunque Dex también creyó percibir cierta malicia.

Alzándose por encima del profesor flacucho, Grace tenía el brazo entrelazado con él y estaba absorbiendo todas sus palabras. Dex no podía imaginar qué había visto en él aparte de querer poner a otro hombre celoso. Pero si Rocky se fijó en el nuevo interés de Grace, desde luego no lo demostró.

El mayordomo fue el primero en servirse. Los otros le siguieron.

Dex dejó a Annie en su parque. Era sorprendente lo mucho que había echado de menos a la niña en tan poco rato.

A pesar de que le gruñía el estómago de hambre, se quedó arrullando a la pequeña hasta que todos se hubieron servido. Entonces, al final, cedió a lo que normalmente era su necesidad más

importante: la comida.

Durante el almuerzo, Marie habló sobre su artículo. Rocky pareció impresionado. Hugh seguía mirando fijamente de Dex a Grace, balbuceó cuando intentó hablar y, finalmente, volvió a comer.

Jim observó a sus inesperados invitados con una sonrisa, disfrutando claramente. Dex imaginó que las conversaciones en esa casa durante las comidas serían generalmente más tranquilas.

Durante un momento de locura, se preguntó cómo sería si viviera allí con Jim y ella tuviera que recibir a sus amigos.

Sería divertido convertir ese enorme lugar en un salón intelectual, donde se encontraran las personas para conversar y relajarse. Los otros estudiantes graduados adorarían gandulear por el jardín o el estudio. Incluso alguno iría a hacer ejercicio al gimnasio o usaría las pistas de tenis.

Annie adoraría esa emoción. Crecería estimulada y creativa, pero también pasaría mucho tiempo jugando con su hermanito o su hermanita…

¿Hermanito o hermanita? Dex echó un jarro de agua fría sobre su fantasía. Debía estar loca.

Volvió a mirar a Jim, que estaba escuchando a Marie y a Rocky hablar de su película favorita, *Shakespeare enamorado*. Pero lo que sorprendió a Dex, fue que todo el mundo centraba su atención, sutilmente o no, en Jim. Incluso aunque él solo estuviera escuchando, era una figura tan carismática que todos se dirigían a él, presumían ante él o intentaban entretenerle.

Era tan amable con esa variopinta variedad de invitados como sin duda lo sería esa noche como invitado de honor en una cena de gala. Dex supuso que quizás asistiría el alcalde junto con los principales ciudadanos de la ciudad. Y todos se dirigirían a Jim del mismo modo, entusiasmados de tenerle entre ellos.

Jim podría encajar fácilmente en cualquier ambiente, pero Dex sabía que ella desentonaría entre sus amigos elegantes. Oh, podía arreglarse y también tenía la educación suficiente para no hacer el tonto completamente, pero era demasiado franca y directa. No podía sonreír de modo decorativo ni irradiar una elegancia sutil. Y si alguna revista le hiciera una fotografía, no se la vería alta y esbelta, sino bajita y pechugona.

Con tristeza, se preguntó cómo sería la mujer a la que Jim amaba. Sin duda parecía una modelo, del tipo de Grace Kelly. Y seguramente tendría también un carácter agradable.

Por suerte, Dex había evitado una relación continuada con Jim. De otro modo podría haberse enamorado, y cuando lo hubiera perdido inevitablemente, habría sufrido mucho.

—Me gustaría llevar mañana a Annie a casa de mi hermana a comer, si no le importa, jefe —estaba diciendo Rocky—. Le gustaría mucho jugar con mis dos sobrinos. Marie, me encantaría que pudieras venir, y estoy seguro de que mi hermana disfrutaría conociéndote. Ella solía recitar *Treinta días tiene noviembre*, cuando era niña.

—Bueno… —las manos de Marie se movieron nerviosas—, yo no acostumbro a salir.

—Te hará bien —declaró Dex.

—Te recogeré a las doce —dijo Rocky.

—Pueden llevar mi coche. La silla de la niña ya está colocada —dijo Jim—. Tendremos que comprar un par de sillas más para los otros coches. Estoy seguro de que Annie disfrutará jugando con otros niños.

—Tú también puedes venir conmigo mañana —le dijo Grace a Hugh—. ¿Recuerdas lo que hemos hablado? No te preocupes, yo conduciré. Te recogeré a la una.

—¿Dijiste que era un… er… espectáculo? —preguntó el profesor.

—¡Torneo de tiro! —exclamó la mujer—. ¡Te encantará!

Dex odiaba dejar esa interesante discusión, pero esa tarde tenía que dar clases particulares a unos estudiantes en un centro de la comunidad. Pero esa vez, antes de marcharse, se aseguró de que Rocky se ocupara de Annie.

Fuera se encontró con Kip.

—Cora es maravillosa —dijo el hombre.

—Me alegro —respondió Dex.

—Mañana por la tarde iremos a un concierto a la universidad —frunció el ceño—. ¿Le importa decirme qué es música de cámara?

Dex le explicó que era un pequeño grupo de músicos tocando música clásica y que se escuchaba en un teatro.

—¿Podré darle la mano, como en el cine?

—Claro —le aseguró Dex.

—Entonces me gustará —dijo el hombre, alejándose y silbando.

La cena de gala a la que asistió Jim esa noche tuvo lugar en el palacete de los principales mecenas de las artes de Clair de Lune, Bill y Vanesa Sachet. La ocasión se debía a una recolección de fondos para el nuevo teatro de la ciudad. Jim sabía que lo habían elegido invitado de honor con la esperanza de que hiciera una cuantiosa donación, y así lo hizo.

No le importó la sutil presión. Pero lo que sí le molestó fue ver a Bill Sachet, un promotor inmobiliario que había sido uno de los primeros inversores de Jim, adorando a su segunda esposa.

Vanessa era preciosa, calculadora y veintiséis años más joven que el hombre al que Jim había considerado durante muchos años un amigo. Un año antes, Bill se había casado con ella justo después de obtener el divorcio, incluso aunque hubiera negado haber salido con Vanessa antes de su separación.

Jim le había tenido mucho cariño a Lynn Sachet, que desde entonces se había marchado de la ciudad. Pensaba que su marido la había tratado muy mal. Un buen acuerdo financiero no podía compensar una traición emocional después de treinta años de matrimonio.

Toda la velada fue suavemente amenizada con una orquesta, la comida perfecta, la decoración espléndida… y fría. Vanessa, publicista que tenía solo un año más que el matrimonio que había ayudado a destrozar, había hecho desfilar a sus amigos y a su marido como si fueran trofeos delante de un fotógrafo del periódico local.

Unos años antes, había intentado seducir a Jim. Él salió con ella un par de veces, hasta que se dio cuenta de que ella solo estaba interesada en su rango social y su fortuna.

Mientras aparcaba en su garaje, Jim pensó que él quería mucho más. Quería un hogar vivo con risas, donde la gente pudiera ser sincera y descuidada.

Al entrar en el estudio, esperó encontrar a alguien despierto. Solo eran las once. Quizás Dex estuviera viendo la televisión en el cuarto de estar o preparándose algo en la cocina.

Pero no había nadie.

En las escaleras de la segunda planta, Jim notó cierta tensión en sus piernas y en su trasero. Entonces recordó que había montado en bicicleta esa mañana por primera vez desde hacía muchos años.

Había disfrutado haciéndolo y también cuando el presidente

Martín pasó a su lado sin verlo. A veces, el anonimato podía ser divertido.

Pero, sobre todo, había disfrutado escuchando los comentarios satíricos de Dex sobre la gente, como que Wilson Martín había hecho un trato con el diablo para esconder su edad. Deseaba oír más, y también conocer a sus otros amigos si eran como los excéntricos Hugh y Marie, y como ese Fitz metido en el edificio de administración… ¿Y esa Cora, que apenas había visto? ¿Qué clase de mujer podía atrapar al escurridizo Kip Larue?

Sonriendo, Jim entró en la habitación de Annie, y observó a su hija dormir en la cuna. Los rizos brillantes caían sobre la almohada, y sus mejillas tenían una redondez angelical. Con cuidado de no despertarla, la tapó bien.

Le pareció completamente natural ir a continuación a la siguiente habitación y echar un vistazo a Dex. La vio desde la puerta con total claridad.

Dormía de lado sobre una maraña de pelo rizado. Tenía las mismas mejillas angelicales que su hija, aunque no tan redondas, los mismos labios suaves, la misma expresión de felicidad.

No era extraño que el profesor distraído estuviera colado por ella. Jim se alegraba de que ella no le correspondiera.

No quería que nadie la tocara. No estaría bien que otro hombre la besara y provocara en ella la misma reacción explosiva que cuatro meses antes había provocado él.

Ojalá pudiera regresar al momento en el que llegaron al apartamento de Dex y se encontraron solos. Su cuerpo se endurecía solo de pensarlo.

Él había tomado su rostro entre las manos y había acariciado la barbilla con los pulgares. Ella se había derretido contra él, boca con boca, pechos firmes contra su tórax.

Jim tragó saliva y se obligó a apartarse de la puerta de Dex. No debía estar ahí, teniendo fantasías con ella.

Cuanto más tiempo permaneciera ella en esa casa, antes se debilitaría su autocontrol. Era inexplicable. Jim se enorgullecía de ser muy disciplinado.

Estaba deseando ir al gimnasio al día siguiente. Incluso con Dex cerca, sudaría tanto que quedaría agotado para pensar.

Y eso sería un alivio.

Dex se levantó tarde el domingo por la mañana. Cuando terminó de desayunar todos se habían marchado.

Excepto Jim. Mientras estaba sentada en el jardín acabando su café, oyó los golpes rítmicos de los aparatos de gimnasia resonando a través de las ventanas abiertas de la casita del billar.

Sabía que le había dicho a Jim que le acompañaría, pero no le apetecía hacer ejercicio. El aire primaveral estaba lleno de miel y jazmín, y el tintineo de las campanillas susurraba palabras sobre un lugar imaginario. Dex deseó tener una alfombra mágica para marcharse flotando.

Movió la cabeza para aclararla. Al hacerlo, notó que tenía el pelo más ligero que de costumbre. Algo en Villa Bonderoff estaba provocando cambios en ella, y eso no le gustaba.

Ese lugar despertaba anhelos y fomentaba parejas románticas. Solo había que mirar a Kip y a Cora, y el modo en que Grace intentaba poner celoso a Rocky. ¿O realmente le interesaba Hugh Bemling? ¿Y qué pasaba con el interés de Rocky por Marie Pipp?

En cualquier caso, Dex nunca antes se había mostrado susceptible a la primavera. Pero aún así cada vez que estaba cerca de Jim, se mareaba.

Había ido a esa casa a estar pendiente de Annie. O más bien, a hacer un trato para que pudieran dar a Annie en adopción. Pero en lugar de eso, apenas podía apartarse de la niña ni del padre.

Ese lugar era como un castillo de cuento de hadas, donde los visitantes quedaban hechizados. Debería escapar mientras pudiera.

Pero no abandonaría a Annie. Tenían que llegar a algún arreglo. De pronto, tuvo una idea.

Dex se puso de pie y corrió hacia la casita del billar.

Capítulo 9

La planta baja de la casita del billar comprendía una enorme sala decorada con una mesa de billar, un bar, zona de grill, una enorme pantalla de televisión y un sofá. Pero el objetivo de Dex estaba en la planta superior, y no ahí.

Subió unos escalones y llegó a un gimnasio con el suelo de madera. A un lado había ventanales y a otro, espejos, y en el centro diversos aparatos.

Jim estaba de pie sobre una colchoneta, dándole la espalda y levantando pesas. La minúscula camiseta de tirantes se tensó sobre los brillantes músculos bronceados cuando levantó la barra por encima de su cabeza. A través de sus ceñidos pantalones cortos negros, Dex vio endurecerse su trasero. Sujetó la barra contando despacio hasta cinco antes de volver a bajarla a la colchoneta.

Dex pudo oler su ejercicio, el olor a almizcle mezclado con su loción de afeitado. Debajo de la tela de su blusa, los pezones se le pusieron erectos.

Ir allí no había sido buena idea. Dio un paso atrás, hacia las escaleras.

El chirrido de su zapatilla de deporte sobre la madera hizo que Jim girara. El sudor bañaba su frente, y sus párpados se entrecerraron cuando se fijó en la blusa y los pantalones cortos de Dex.

Dex deseó haber llevado algo más discreto. Un sujetador debajo de la blusa, o mejor aún, sudadera y pantalones vaqueros.

—¿Piensas hacer ejercicio así? —preguntó Jim, mirando su cintura desnuda.

—He cambiado de opinión. He venido a hablar.

Entre ellos vibraron partículas eléctricas. Jim esperó, con las manos en las caderas.

—¿Sobre qué?

—Annie —Dex tragó saliva y descubrió que tenía la garganta seca—. Sobre su futuro.

—Solo han pasado dos días. No saques juicios apresurados.

—Una semana o dos no supondrán ninguna diferencia. Tus empleados son agradables, pero no son padres. Tienes que —se aclaró

la garganta—, averiguar lo que opina tu novia y si está dispuesta a ocuparse de la hija de otra mujer.

La mujer posiblemente accediera a ocuparse de Annie solo por Jim, pero una respuesta poco entusiasta reforzaría la postura de Dex favorable a la adopción. Y quizá, solo quizá, la dama dijera que ni hablar.

—Ya le he contado que tengo una hija —Jim rodeó las pesas, agarró una toalla y se secó la cara.

—¿En serio? —Dex no había esperado eso—. ¿Y qué dijo?

—Que era una sorpresa.

—¿Eso es todo?

Jim se echó la toalla al hombro.

—Me dijo que sus actuales investigaciones son sobre bebés y cómo aprenden lenguas extranjeras.

Eso sacó a Dex de sus casillas.

—¡Annie no es ningún proyecto de investigación!

—No, no lo es.

Jim caminó hacia ella. Dex se puso rígida pensando que la tocaría, pero él pasó de lado y bajó las escaleras. Molesta, ella le siguió.

¿Tenía que oler de forma tan tentadora? ¿Y habría notado la reacción de Dex a su presencia?

Pero ella no quería que así fuera. Era una locura sentirse tan confundida por un hombre con el que no quería tener nada que ver. Pero de todos modos, necesitaban resolver el asunto del futuro de su hija.

Cuando ella llegó a la planta baja, Jim estaba sacando un refresco frío del frigorífico.

—Bueno, ¿qué pasa con tu novia? —preguntó Dex—. ¿Está o no preparada para ser la madre de Annie?

—Seré realista —Jim quitó el tapón y dio un trago—. Esa boda no tendrá lugar.

—¿No?

Jim se encogió de hombros.

—Ya me habría dado una respuesta si quisiera casarse. Nancy nunca ha deseado nada aparte de su carrera. Es la mejor amiga que

nunca he tenido y una mujer fabulosa. Habría sido una esposa y madre estupenda, pero no creo que lo desee.

Así que él amaba a Nancy, pero ella no lo amaba a él. O al menos no lo amaba lo suficiente. A Dex le sorprendió que alguien pudiera rechazar a Jim Bonderoff.

Aunque ella lo había hecho cuatro meses antes. Pero solo porque sabía que al final, él la dejaría.

—¿Entonces no piensas quedarte con Annie? —preguntó Dex.

Él dejó la lata sobre el mostrador.

—Creo que tú necesitas analizar tus sentimientos sobre ese tema.

Dex se mantuvo firme.

—Yo quiero lo mejor para mi hija.

—¿Y estás segura de saber lo que es? —Jim se acercó.

—No lo es ser criada por una niñera.

—Hablaremos de eso más tarde —Jim le rodeó la cintura con las manos—. Date la vuelta.

—¿Por qué?

—Quiero ver tu tatuaje.

Ella se giró, especialmente porque no podía soportar la intensidad de quedarse de pie mirándolo mientras él la tocaba.

—No es nada especial.

—¿Por qué te lo hiciste? —preguntó Jim, dibujando con el dedo la flor en su cadera derecha justo sobre los pantalones.

—Un chico con el que salía pensó que sería sexy.

Las mejillas de Jim rozaron su pelo.

—Lo es —susurró contra su oído.

Fuera de las puertas de cristal, la luz del sol brilló en la mesa de billar. Una mariposa pasó zigzagueando, dirigiéndose hacia un grupo de lirios.

La fiebre de la primavera golpeó con fuerza a Dex, como una pared de reluciente calor. Se dejó caer contra Jim, y con el trasero notó inmediatamente que no era la única que se había excitado.

Él gimió ante lo inevitable de su unión. Al mismo tiempo, las manos de Jim subieron y le desabrocharon a Dex la blusa por delante. Al quedar libres sus pechos, él los acarició.

—¿No se nos ha olvidado algo? ¿Un beso, por ejemplo? —y dejando caer su blusa al suelo, Dex giró y le rodeó con los brazos.

Él estaba reluciente con el brillo del ejercicio y del deseo sexual, y sus músculos se abultaban bajo las caricias de Dex mientras sus bocas se buscaban. Cuando sus labios y lenguas se encontraron, la conexión sacudió a Dex de la cabeza a los pies.

Jim se quitó la camiseta y se apartó lo justo para tirarla. Los dos quedaron desnudos de cintura para arriba.

Entonces, Dex recordó que si alguien regresaba, podrían verles.

—¡Las cortinas! —gritó.

—Cierto —Jim cerró las enormes cortinas, dejando el lugar en sombras—. ¿Qué tal así?

—Te lo diré enseguida —contestó Dex, poniéndole las manos en las caderas y bajándole los pantalones.

En lo más profundo de su mente, Dex pensó que deberían parar. Esa era la forma en la que la gente se metía en problemas.

Pero sabía lo fantásticamente bien que iba a sentirse con Jim dentro de ella. Y además, estaba espléndido desnudo, fuerte y musculoso. Y tenía en el rostro la más maravillosa de las sonrisas.

—Te he echado de menos —dijo él, arrodillándose para quitarle a ella los pantalones.

—Y yo a ti —susurró Dex.

—Demuéstrame cuánto —Jim sonrió, la levantó en brazos y la llevó hasta el sofá.

Dex sabía que solo sería esa vez, que ella no pertenecía al mundo de Jim ni él al de ella. Pero en ese momento nada de eso importaba.

Nunca se había sentido tan viva con nadie, y dudaba que volviera a sentirse igual. Algunos momentos estaban hechos para guardarlos con cariño.

Después de tumbarla en el sofá, Jim buscó en un cajón y encontró protección. Mientras se lo ponía, la miró. Fue un momento de cierta inseguridad, porque ella sabía que no era su tipo de mujer. Pero él parecía disfrutar mirando la redondez de su cuerpo y deleitarse con su respuesta cuando, dispuesto de nuevo para la acción, empezó a acariciar a Dex entre los muslos.

La inseguridad se desvaneció entre oleadas de placer que la

envolvieron. Colocando sus poderosos brazos uno a cada lado de ella como si fueran columnas, Jim se inclinó y la besó.

Dex estaba en llamas, y con las rodillas masajeaba los muslos de Jim, animándole. Y entonces, él la penetró con un suave empujón.

Dex se agarró a los hombros de Jim y le rodeó con las piernas. Rodaron juntos, y con un golpe sordo cayeron del sofá sobre la alfombra áspera.

Le pinchó a Dex en un costado, pero no le importó. Estaba atacando a Jim, deseándolo dentro de ella. Él se sujetó a ella, riéndose mientras Dex se ponía encima.

Jim volvió a entrar en ella, y desde esa posición, ella podía sentirle empujar hacia arriba. Era tan grande y estaba tan excitado, que apenas pudo esperar.

Y entonces, terminó.

—¡Aún no!— exclamó Dex.

Jim la miró arrepentido mientras se quitaba la protección.

—Lo siento, pero han pasado cuatro meses.

—¡Para mí también!

—Lo repetiremos. Tú piensa ideas creativas mientras yo me recupero, ¿de acuerdo?

En el instante en que la piel desnuda de Dex rozó la alfombra áspera, supo lo que quería hacer.

—Tu habitación.

—¿Perdón? —preguntó Jim, tumbándose en el suelo.

—Tu alfombra. Se rumorea que es mullida y que está llena de cojines —dijo Dex.

—¿Dónde has oído ese rumor?

—De ti. ¿Qué te parece?

Jim cerró los ojos, y ella se preguntó si se dormiría. Entonces los abrió.

—¡Sí! —exclamó, sentándose y recogiendo la ropa.

Dex hizo lo mismo. Sin decirse palabra, hicieron un concurso para ver quién se vestía primero.

Ella casi tropezó intentando ponerse las braguitas mientras se dirigía a la mesa de billar donde habían aterrizado sus pantalones.

—¡Eh! —miró a Jim—. ¡No es justo! Tú no llevas calzoncillos.

Sonriendo, él se puso los pantalones.

—No es culpa mía si no te vistes de forma eficiente.

—¡Oh, sí! —Dex le dio una patada a la camiseta de Jim y la metió debajo del sofá—. ¡Ve a buscarla!

—Vaya, no sabía que fueras tan malévola.

—Solo intento equilibrar un poco la balanza —Dex intentó cerrarse la blusa, pero sus manos se negaban a hacer bien el nudo y no dejaba de abrirse.

Jim se arrodilló en el suelo para buscar su camiseta, que sacó llena de pelusas.

—Tendré que hablar con Grace sobre esto.

—¿En serio? ¿Y cómo vas a contarle que lo descubriste?

Dex dio más tirones a su blusa, pero oyó el desgarrón antes de ver el agujero enorme en un dobladillo.

—Pensándolo bien, puede que se lo mencione a Rocky y deje que él riña a Grace —Jim se puso la camiseta, pelusas incluidas—. Parece que he ganado. No creo que podamos considerar que tú estás completamente vestida.

—Eres cruel.

La blusa estaba destrozada.

—Tengo una idea —Jim se quitó la camiseta, la sacudió y se la dio—. Póntela.

Dex dejó caer su camiseta y sintió los pezones endurecerse cuando él la miró. Rápidamente se puso la camiseta de Jim, que olía a él.

—A tu habitación —dijo, corriendo hacia la puerta.

Jim había quedado satisfecho con su encuentro momentos antes y a punto de quedarse dormido. Aunque los treinta y cuatro no era una edad avanzada, un hombre no tenía la misma energía que de adolescente.

Hasta ese momento. Al ver los pechos de Dex contra la tela de su camiseta, ningún adolescente se habría excitado más rápidamente que él.

Dex lo miró desafiante, y cuando se dio media vuelta y empezó a correr, él la siguió descalzo. La brisa le enfrió el pecho desnudo, pero

ver a Dex corriendo delante le animó.

Jim recordó una imagen que había visto una vez en una urna griega, de un sátiro mitológico persiguiendo a una doncella. En aquel caso, la doncella había agitado un pañuelo por el aire. Y en ese caso, la doncella tiró su blusa destrozada en un cubo de la basura del patio y entró en la casa corriendo.

Cruzaron el estudio, el vestíbulo y subieron la escalera. En lo alto, Dex se dirigió a la habitación de Jim.

Ella se detuvo tan repentinamente que él casi tropezó…

—¡Vaya! Tu habitación es más grande que mi apartamento.

Jim se había acostumbrado a los lujos, pero en ese momento vio el lugar con los ojos de Dex, y realmente era grande.

A su izquierda estaba el vestidor, con sus dos cómodas y armario de tres cuerpos. Más atrás, y solo visible en parte, un cuarto de baño enorme.

A la derecha, la zona de entretenimiento dominaba el centro de la habitación. Había lo último en equipos audiovisuales, un bar, frigorífico, un gran sofá… Más atrás, unas estanterías de pared a pared rodeaban la enorme cama.

Pero Dex no se fijó en la decoración. Estaba mirando la alfombra.

La suavidad de la misma acariciaba los pies descalzos de Jim. Había elegido una alfombra de pelo extremadamente mullido sin saber bien la razón… Pero en ese momento lo supo: había estado esperando a Dex incluso antes de conocerla.

—Esto sí que es una alfombra —declaró Dex, caminando hasta el sofá y echando un par de cojines al suelo—, como prometiste.

—Nunca miento.

—¿No? Me prometiste que el sexo en tu alfombra sería lo mejor que nunca me había sucedido.

—Como te he dicho, nunca miento —dijo, viendo como se marcaban los pechos y los pezones erectos de Dex—. Déjate la camiseta puesta —añadió acercándose.

La respiración de Dex se aceleró.

—¿Y los pantalones?

—De eso me ocupo yo.

A pesar de su reputación de mujeriego, Jim no tenía con las mujeres más experiencia que cualquier otro hombre soltero. No se consideraba un fuera de serie ni tampoco un seductor de mujeres inocentes.

Pero en cuanto conoció a Dex, descubrió al hombre desenfrenado que había en su interior. Aquella primera noche, él se había dado cuenta de lo poco que tenían en común pero, aún así, la había perseguido sin pensarlo dos veces.

Y en ese momento volvía a desearla.

Dos pasos les pusieron cara a cara. Jim metió la mano bajo la cintura de sus pantalones, por la piel desnuda de sus caderas. Al mismo tiempo, su lengua exploró la suya.

Dex gimió. Él pudo sentir sus pezones contra su pecho a través del tejido mientras ella se relajaba contra él.

Una intensa alegría le inundó al poder paralizarla de ese modo. Dex era una criatura escurridiza, pero él la había capturado, y no tenía intención de dejarla escapar.

Se echaron sobre la alfombra y se desnudaron con facilidad. Los labios de Jim hicieron dibujos sobre el pecho de Dex hasta que ella le sujetó las nalgas con dulce urgencia.

Esa vez él estaba más controlado. Se puso protección y luego jugueteó con ella un poco antes de abrir sus piernas y entrar.

La forma en que se retorcía Dex bajo él, le hizo difícil mantener el control, aunque consiguió medir el ritmo de sus empujones hasta que los movimientos de Dex se volvieron más rápidos y ardientes.

Dex se sujetó a sus hombros y gimió. Su presión rítmica contra su miembro provocó el éxtasis en su cuerpo, y los ojos de Dex brillaron.

Entonces ella bajó los párpados y gritó antes de dar un último empujón. Jim se quedó quieto, apoyado en sus brazos, disfrutando de las oleadas de satisfacción que le envolvieron y también a Dex.

Al final, se tumbó a su lado. Los dos se quedaron callados, con su ansiedad satisfecha.

Era raro que Jim perdiera el control. Había sido maravilloso, pero debía calmarse.

En el esplendor del acto, habían olvidado todo lo demás. Pero les faltaba resolver el problema del futuro de Annie.

Muchas parejas divorciadas conseguían criar a sus hijos con

cooperación mutua. Ya que el hielo entre ellos se había evaporado, quizás Dex aceptara un acuerdo maduro y civilizado de ese tipo.

Y si de vez en cuando, la pasión les abrumaba. ¿Quién era él para oponerse?

Dex se acurrucó contra un cojín e intentó encontrar sentido a lo que quedaba de su universo.

Incluso aunque su cuerpo estuviera satisfecho, no ocurría lo mismo con sus sentimientos. ¿Cómo podía haber bajado la guardia por segunda vez con el mujeriego más famoso de la ciudad? ¿Cómo se había vuelto tan vulnerable a ese hombre?

La última vez, había desaparecido y mentido para asegurarse de no volver a verlo. Pero ahí estaba esa vez, más implicada y más asustada de sus sentimientos.

Deseaba regresar a la seguridad de su vida anterior, aunque nada le parecía seguro. Anhelaba a Jim, quería acurrucarse contra él, deseaba su amor y su aprobación. Pero también sabía que no debía demostrar sus sentimientos.

No podría soportar ver el desprecio en su cara. Y seguro que ocurría si él descubría que ella había sido una tonta al dejarle entrar en su corazón.

A su lado, Jim se estiró lánguido y contento. No mostraba ninguna señal de sufrir una tempestad como la que rugía dentro de Dex.

—¿Sabes? —dijo él—. Creo que podremos encontrar una solución a lo de Annie.

—¿Una solución?

Un miedo repentino se apoderó de ella, temiendo que Jim hubiera planeado ese encuentro para manipularla y cediera a sus deseos, aunque en el fondo no creía que Jim pudiera caer tan bajo.

Él se puso de lado, mirándola.

—Has estado preocupada temiendo que Annie fuera criada por extraños, por gente que no la amara. Pero ya no es necesario.

—Tú dijiste que te ibas a casar, que ella tendría una madre —replicó Dex—. Bueno, no lo harás. Así que nada ha cambiado.

—Podríamos educarla juntos.

Dex se quedó sin respiración. A ella le encantaría estar cerca de su hija. Sería maravilloso guiarla a través de los difíciles años de la

adolescencia. Y Jim parecía tener madera de padre cariñoso.

Pero no de marido. Al menos no para Dex. Él no le estaba pidiendo la mano, y ella no quería que lo hiciera. No cuando amaba a otra mujer.

—Aunque las cosas no hayan funcionado con Nancy, no hay razón para que Annie no se quede aquí —continuó Jim—. La adoro. Mis empleados también. Y tú podrías estar cerca, visitarla siempre que quisieras. Te daría una llave de la casa.

¿Era posible que ellos realmente pudieran educar juntos a su hija? Dex no tenía la intención de ser la amante más a mano de Jim, pero si accedían a mantener una relación platónica…

Pero Dex se recordó que ella era incapaz de resistirse a él, y además, podría no vivir siempre en Clair de Lune.

—Tendré que irme fuera después de conseguir mi doctorado y encontrar trabajo en la enseñanza. Entonces Annie se quedaría sin madre…

Jim se apoyó sobre un codo.

—Yo puedo ayudarte a conseguir trabajo aquí.

—No podría aceptarlo.

—¿Ni siquiera por tu hija? No, olvida lo que he dicho. Respeto tu orgullo. Pero podrías aceptar billetes de avión, para venir a verla siempre que quisieras.

Dex se sentó y se abrazó las rodillas. Él estaba siendo muy razonable, y ella deseaba desesperadamente estar cerca de su hija. ¿Por qué no aceptar su propuesta?

Pero su cabeza no dejaba de poner impedimentos.

—¿Cómo se lo explicarías a tus amigos? Yo no encajo en tu círculo social.

Jim pasó una mano por su pierna. Fue un gesto posesivo, pero sin poder evitarlo, a Dex le gustó.

Lo que ella realmente deseaba era una declaración de amor apasionada. Deseaba que Jim se dejara llevar por sus sentimientos sin importarle lo que pensaran los demás. Aunque era una idea ridícula, claro.

—Te subestimas. Una mujer que ha conseguido un doctorado puede tener la cabeza bien alta en cualquier círculo social de Clair de Lune.

¿Ésa era su respuesta? Sonó más bien como hablarían sus padres en lugar de un amante.

Dex no quería un hombre que solo la aceptara porque había conseguido alguna titulación. Tenía que aceptar la realidad de que su relación nunca iría más lejos de lo que habían alcanzado.

¿Cómo podrían ser las cosas de otro modo? Para su círculo social era ella demasiado vulgar, demasiado baja y muy poco elegante. Con su cantidad de celulitis le prohibirían la entrada en el Club de Campo de Clair de Lune.

Tampoco estaba gorda. Pero no era flaca como una modelo.

En el piso de abajo, se oyó abrirse una puerta. Alguien había llegado.

—¡Oh, Dios mío! —Dex agarró su ropa, y entonces se dio cuenta de que no tenía blusa—. ¡Será mejor que vuelva a mi habitación!

Jim le sujetó la muñeca.

—Prométeme que pensarás en lo que te he dicho.

—Es posible, pero no te garantizo nada —Dex se soltó.

Y mientras salía al vestíbulo, pensó que su marcha había carecido totalmente de elegancia. Posiblemente Jim estaría pensándoselo mejor.

Capítulo 10

El lunes por la mañana, y después de haber pasado una mala noche, Dex se despertó a las seis. Y fue debido a que alguien estaba tocando una trompeta fuera.

Gruñendo, corrió a su terraza y se asomó.

Debajo, en una pequeña zona de aparcamiento de invitados delante de la casa, estaba Grace de pie, con pijama militar, y tocando diana. Las notas rompían la quietud matinal.

Era peor que el gallo que tenía uno de sus vecinos cuando Dex vivía en Florida. El sonido era tan ensordecedor, que una noche, una persona no identificada entró en el patio y estranguló al desafortunado animal. Dex había sentido pena por el pobre gallo, que solo había estado obedeciendo a su naturaleza.

Pero Grace no tenía esa excusa. O quizás sí. Las tradiciones militares parecían ser muy importantes para ella.

Cuando murió la última nota, la mujer le hizo señas a Dex.

—¿Ha dormido bien?

—No mucho —admitió Dex.

—Debería levantarse antes —Grace se golpeó el pecho—. El aire matinal es estimulante. Eso y unas cuantas vueltas a la manzana le ayudarían a dormir mejor por las noches.

Un chillido de la habitación contigua hizo que Dex entrara. La trompeta debía haber despertado a Annie.

La niña se animó en cuanto vio a su madre. De pie sujetándose a los barrotes de la cuna, extendió los brazos, perdió el equilibrio y cayó de culo sobre el colchón.

Empezó a arrugar la carita, pero cuando Dex la levantó, decidió no llorar y empezó a jugar con el pelo de su madre.

Mientras Dex le cambiaba el pañal, pensó que era absurdamente temprano. Luego ella se puso unos vaqueros y una blusa y llevó a Annie a la planta baja a desayunar. Como se había duchado la noche anterior, no tenía nada que hacer durante dos horas antes de entregar los exámenes corregidos a Hugh Bemling.

—¿No protestan los vecinos por la trompeta? —le preguntó a Rocky, que estaba haciendo una tortilla con algunas de las especias de

Marie Pipp.

—No tenemos vecinos.

—¡Seguro que la gente la oye desde la ciudad!

—Nadie se ha quejado —dijo Rocky sacando un tarrito de comida para Annie, que estaba dando golpes en la mesita de su trona —. ¿Le importa si le pregunto algo?

—Adelante —Dex tomó un poco de tortilla, estaba deliciosa.

—Es sobre Marie Pipp —Rocky le dio a la niña una cucharada de compota de manzana—. Ya sabe, alguien como ella, una persona intelectual… ¿se molestaría si un hombre como yo fuera a visitarla?

—Le gustaría —Dex encontró un trozo de pan de centeno—. Seguro que ayer lo pasó muy bien.

—Eso pareció —Rocky vaciló—. ¿Vive… alguien con ella?

—No. Su marido murió hace mucho y no tuvieron hijos. En mi opinión, pasa demasiado tiempo sola.

Marie pertenecía a un club de salud y asistía a algunos actos universitarios como miembro emérito. Y ahí terminaban sus actividades.

—Marie es una dama agradable —dijo Rocky—. Me gustaría saber cómo ella…

—¿Cómo ella, qué? —Grace entró en la cocina llevando un impecable delantal blanco sobre un vestido negro—. Estás haciendo el tonto, babeando detrás de esa mujer mayor.

—¿Y a ti quién te ha preguntado? —Rocky siguió dando de comer a Annie—. Y para su edad tiene mejor aspecto que tú.

—¿Estuvo bien el torneo de tiro? —le preguntó Dex a Grace, intentando evitar un combate de boxeo en medio de la cocina.

—¡Oh, sí! Ese profesor Hugh es un estupendo acompañante —Grace olisqueó la tortilla, arrugó la nariz y se sirvió un poco de la tostada de Dex—. Se asustó como un conejito cuando estuvimos tirando en el campo de prácticas, pero creo que se divirtió.

—Un conejito, sí —declaró Rocky—. A eso me recuerda.

—Los conejitos son monos —Grace le quitó el tarrito de la mano —. Ve a comerte tu tortilla olorosa. Yo seguiré con esto.

Dex llevó su café y tostada al comedor. Estaba sentándose cuando apareció Jim anudándose la corbata.

—¿Cómo estoy? —preguntó—. Tengo una reunión con el encargado de urbanismo y otros empleados para construir una segunda nave para mi empresa.

—Estás impresionante.

Llevaba el pelo engominado y perfectamente peinado. Y sobre su cuerpo musculoso un elegante traje gris.

Dex apenas conocía a ese Jim Bonderoff. Pertenecía a la clase más elevada de la sociedad, lejos de ella.

Se le encogió el corazón. En algún lugar entre la mañana del día anterior y esa mañana, se había enamorado de él. Era alarmante.

—¿Has pensado en lo que hablamos sobre Annie? —preguntó Jim.

—De hecho, no he dormido en toda la noche.

—¿Y tu conclusión?

—No he llegado a ninguna.

Su instinto le gritaba que se alejara lo más posible de esa casa. Pero no sabía cómo iba a soportarlo.

Jim tomó un trozo de su tostada.

—Perdona que coma y me marche, pero es una reunión para desayunar.

—Si vais a desayunar, ¿por qué no dejas mi comida? —protestó Dex, pero fue demasiado tarde, ya que él se había marchado en dirección a los garajes.

Con el ceño fruncido, Dex regresó a la cocina a hacerse otra tostada. Rocky y Grace estaban sentados mirándose fijamente, y los dos tenían una cuchara llena de compota. Annie miraba de uno a otro, desconcertada.

—Igual que unos niños —declaró Dex.

—Ella es demasiado vieja —gruñó Grace.

—Y él un cagueta —replicó Rocky.

Se abrió la puerta del lavadero y apareció Kip llevando un ramo de flores. Dex pensó que era la primera vez que lo veía dentro de la casa.

—¿Cree que le gustarán? —le preguntó a Dex.

Ella olió las flores.

—Le encantarán. ¿Qué tal el concierto?

—Me dio la mano —dijo Kip, que daba la impresión de estar flotando.

—¿De quién habla? —preguntó Grace.

—De Cora —contestó Kip—. Es puro oro.

—¿Ha cambiado todo el mundo de color? —preguntó Dex mientras sacaba la tostada de la tostadora—. He oído que el amor lo vuelve todo sonrosado.

—Los colores no han cambiado —dijo Kip—. Pero mi corazón sí —y con una tímida sonrisa, tomó un trozo de tostada y se marchó.

—¡Espera! —gritó Grace—. ¡Son casi las ocho!

Dex recordó que era la hora de izar la bandera. Se llevó el último trozo de pan y Rocky se puso a Annie en la cadera para salir fuera.

En la esquina delantera de la casa, Grace izó la bandera y luego tocó unas notas en su trompeta. Los adultos saludaron. Tras observarles, Annie hizo lo mismo.

Cuando terminaron, Kip pasó montado en la bicicleta de Jim. Les saludó con el ramo de flores y se marchó.

El amor estaba en el aire.

Después de asegurarse que Rocky y Grace se ocuparían de su hija, Dex fue a su habitación a buscar los exámenes. Cuando salió, oyó un timbre en el vestíbulo, cerca de la habitación de Jim.

Era su teléfono móvil, que estaba abandonado en el suelo. Se debió caer de su bolsillo cuando se marchó corriendo.

La llamada podría ser importante. Dex le dejaría el mensaje a su secretaria en el trabajo.

—Residencia Bonderoff —contestó.

Tras una pausa, habló una mujer.

—¿Está Jim?

—Lo siento, se marchó y se olvidó el móvil en casa. ¿Le dejo algún mensaje?

—¿Con quién hablo?

—Con Dex. Estoy aquí por el bebé.

—¡Oh! —la mujer pareció aliviada—. ¡Eres la niñera! Me alegra

conocerte. A partir de ahora nos conoceremos mejor. Bueno, soy Nancy Verano. Jim y yo vamos a casarnos.

A Dex le temblaron las rodillas, y se sentó en un banco a su lado.

—No sabía…

Se oyó una risita al otro lado.

—Él no lo sabe aún. Lo siento, debe sonarte raro, ¿verdad? No sabes lo bien que me siento, como si me hubieran quitado un peso de encima. He tenido demasiadas cosas en la cabeza. ¡Estoy siendo incoherente de nuevo!

Muy a pesar suyo, Dex simpatizó con esa mujer. Parecía tan confusa como ella se sentía.

—¿Entonces has decidido casarte con él?

—Jim me lo pidió hace meses, y no pude decirle que sí o que no, porque me estaban retirando la ayuda económica y había enviado solicitudes a varios lugares. Estuve a punto de marcharme a Alaska, ¿puedes creerlo? ¡Pero es perfecto! ¡Iré a la universidad de Lune! De hecho, ahora mismo voy a subir a un avión, y me he dado cuenta de que debía llamar y decirle que estaré allí esta noche.

A Dex se le partió el corazón. Cualquier pequeña oportunidad que hubiera tenido con Jim, había desaparecido. Él amaba a Nancy desde hacía años. Nadie podría interponerse entre ellos.

Pero aún quedaba otra cuestión.

—¿Y qué pasa con su hija? —preguntó Dex.

—Oh, sí, ¿cómo se llamaba la pequeña…? ¡Ayoka! Estoy segura de que nos las arreglaremos. Tengo muchos hermanos y hermanas menores que ayudé a criar. Y además, soy psicóloga.

Entonces Dex recordó que Jim había mencionado algo sobre unos experimentos.

—Una niña no es… el tema de un examen. Ella necesita una madre —declaró, esperando una respuesta acalorada.

Pero en lugar de eso, Nancy suspiró.

—Suenas a una buena niñera. ¡Qué suerte haberte encontrado! Para ser sincera, no estaba segura de querer tener hijos, pero ahora todo me parece parte de un plan divino. Había poquísimas posibilidades de que yo consiguiera trabajo en Clair de Lune, y menos aún de que Jim tuviera de pronto una hija. Estaba destinado a ser así. Lo siento, debo marcharme. ¡Pero estoy deseando conocerte!

—Yo también —dijo Dex, aunque no había nadie en el mundo a quien deseara conocer menos.

Esa noche Nancy estaría allí. Con Jim, en sus brazos, y sin duda, también en su cama.

Se le puso un nudo en la garganta, y pasaron unos instantes antes de que recordara apagar el teléfono.

Quería culpar a Jim, pero no podía. Él había dejado claro que amaba a Nancy, pero que había renunciado a intentar conseguirla. Dex lo había sabido antes de echarse en sus brazos.

No se arrepentía de lo que había ocurrido entre ellos. Una vez que desapareciera el dolor, guardaría los recuerdos para el resto de su vida.

Dejó el teléfono móvil en el banco, fue a su dormitorio y empezó a hacer el equipaje. No podía quedarse en esa casa ni un minuto más.

¿Y Annie? ¿Debería llevarse a su hija?

Su sentido común le dijo que no. La niña no podía pasar los días montada en una bicicleta y acompañando a clase a su madre.

Nancy no había sonado muy entusiasmada con la idea, pero tenía experiencia con sus hermanos. En cuando viera a Annie, no podría evitar enamorarse de ella.

Las lágrimas le llenaron los ojos. Solo un rato antes, había abrigado la esperanza de que ella y Jim pudieran criar juntos a su hija, y en ese momento…

Tenía que renunciar al hombre al que amaba y a la hija de su corazón.

Pero se juró que protegería a su hija. Vigilaría a Nancy, y si no resultaba ser una madre apropiada, insistiría en la adopción.

Cuando salió al vestíbulo de la planta alta, ni siquiera podía mirar en dirección del dormitorio de Jim sin ponerse a llorar. Le echaría de menos más de lo que él nunca sabría.

Dex respiró profundamente y bajó las escaleras. Vio a Grace, que estaba desinfectando el enorme salón.

—Ha llamado la novia de Jim. Llegará esta noche —se tragó las lágrimas y se dirigió hacia la puerta de la calle—. Grace, me ha gustado conocerla.

Y se fue corriendo.

El encargado de urbanismo y su personal estuvieron de acuerdo en la propuesta de Jim de construir una nueva nave en un almacén abandonado. Más tarde, en su despacho, Jim encontró un montón de mensajes felicitándole por su triunfo en el mercado de valores. Ese lunes había sido uno de los mejores días que podía recordar.

Mientras se dirigía a casa en su coche deportivo, apenas podía esperar para ver a Dex. A pesar de su negativa inicial, estaba seguro de poder convencerla para que se ocuparan juntos de Annie.

Esa mujer encontraba formas nuevas de fascinarle cada vez que hacían el amor. Él nunca había conocido a nadie tan sensual.

Todo estaba encajando. Eso confirmaba su teoría de que si un hombre tenía iniciativa, la vida iría con suavidad.

Al llegar al garaje, vio un ramo de flores marchito tirado en una plaza de aparcamiento vacía. Alguien había dejado su bicicleta fuera, de mala manera. Perplejo, aparcó y guardó la bicicleta. No vio la bicicleta de Dex, pero todavía no había anochecido, así que estaría terminando su trabajo en el campus.

Subió por las escaleras al jardín y se encontró a Kip, muy desanimado sentado en un muro bajo y retorciendo su gorra entre las manos.

Jim sospechó que él había montado en su bicicleta y tirado las flores.

—¿Qué ocurre?

Despacio, el jardinero lo miró.

—Cora no quiere verme.

—¿Por la diferencia de edad? —preguntó, recordando que le había parecido muy joven cuando la vio en el patio.

—No, no, dice que sería desleal.

—¿A quién?

—A… a… —y con una mueca, el hombre desapareció entre los arbustos.

Jim pensó que Grace tenía razón. Ese hombre estaba cada día más excéntrico.

Una vez dentro, el olor a canela quemada le asaltó.

En la cocina encontró a Rocky removiendo un guiso con carne y

verduras que no parecía nada apetitoso…

Ese hombre, hasta entonces, no había estropeado una comida.

—¿Qué ocurre?

—De acuerdo, no soy un profesor. ¡Eso no significa que no pueda descubrir solo como usar las especias! —gruñó, con el delantal llenó de manchas oscuras y grasa—. Si los griegos o algunos usaron canela con la carne, ¿por qué yo no?

—No es griego —observó Jim.

—Ni tampoco esa Pipp —gruñó Rocky—. Pero no me deja su libro de cocina.

—¿Por qué no?

—Porque soy el enemigo —dejó con fuerza la cuchara de madera en la mesa, salpicando con la grasa—. Un día somos los mejores amigos, y al siguiente soy el tipo malo.

En ese momento, apareció Grace y le puso a Jim a la niña en los brazos.

—Tome.

Jim miró a la mujer.

—No me diga que tiene problemas con su nuevo novio…

—¿Hugh? —dijo la mujer, a quien no podía oír muy bien porque Rocky estaba dando golpes en el mostrador—. Bah, las personas curtidas tenemos que estar juntas contra los intelectuales.

Jim notó que algo faltaba en esa conversación. O mejor, alguien faltaba.

—¿Dónde está tu mamá? —le preguntó a Annie.

Por supuesto, no esperó que ella contestara, pero le sorprendió ver que tampoco lo hicieran Grace ni Rocky.

Entonces se oyó el motor de un coche fuera. Todos se quedaron paralizados.

—¿Pero qué sucede? —Jim se acercó a la ventana y vio un coche detenerse—. ¿Alguien sabe quién es?

—¿Me pregunta a mí? —preguntó Grace—. Siempre soy la última en enterarme de las cosas.

—Me ocurre lo mismo —dijo Rocky—. Imaginamos que deben gustarle las sorpresas.

—Considerando el modo en que nos ha sorprendido a nosotros —añadió Grace.

Jim nunca había visto a sus empleados comportarse de ese modo antes. Se preguntó si se habría quedado dormido en el despacho y estaría teniendo un sueño raro.

—¿Sorprender con qué?

—Por ejemplo, nadie mencionó que fuera a casarse —dijo Rocky.

—Ni que Dex fuera a largarse —replicó Grace.

—¿Dex se ha ido?

Más abajo, Jim vio a una rubia majestuosa salir del coche y sacar dos maletas del maletero. Reconoció a Nancy.

El ordenador en su cerebro intentó encajar las piezas. Había olvidado su teléfono móvil… y ella había prometido que las cosas estarían resueltas en una semana…

Pero ese lío podría arreglarse, aunque lo último que quería era avergonzar a Nancy delante de sus empleados. Tendrían mucho tiempo para aclarar las cosas en privado.

Le dio la niña a Rocky y corrió hacia la puerta. Nancy solo había visitado su casa dos veces, una cuando estaba en construcción y otra durante la fiesta de inauguración. No quería que ella tuviera que andar buscando la puerta.

Estaba en lo alto de las escaleras de piedra cuando él salió.

—¡Hola, Jim! —dejó sus maletas sin ceremonia y corrió a sus brazos—. ¡Cada vez que te veo estás mejor!

Al momento, Jim se sintió muy cómodo con su vieja amiga.

—Y tú también —abrazó a Nancy y se apartó para mirarla.

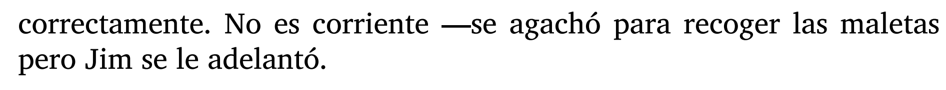
Los ojos grises de la mujer brillaban entusiasmados y el pelo rubio flotaba alrededor de los hombros, tan suave como la miel. Llevaba una americana azul y gris a rayas y una falda a juego, con una blusa rosa claro del tono de sus mejillas.

—Supongo que esto será una sorpresa, ¿verdad? —dijo Nancy—. Llamé antes y hablé con la niñera. ¡Es encantadora! ¿Está aquí?

Jim sólo tardó un instante en entender sus palabras.

—Te refieres a Dex.

—¡Correcto! No estaba segura de haber oído el nombre


correctamente. No es corriente —se agachó para recoger las maletas pero Jim se le adelantó.

—Dex no es la niñera —dijo llevando las pesadas maletas hacia el invernadero.

—Dijo que estaba aquí por el bebé. Por cierto, ¿dónde está Ayoka?

—La llamamos Annie. Está en la cocina —contestó Jim, que había olvidado lo difícil que era seguirle el hilo a una conversación con Nancy—. Y en cuanto a Dex…

—Por aquí, ¿no? —Nancy atravesó el invernadero, el vestíbulo y apareció en la cocina—. ¡Oh, Dios mío! ¡Qué bonita! ¿Está babeando? Entonces será mejor que no la tome en brazos. ¡Pero si es una muñeca!

Rocky y Grace miraron a Nancy con clara hostilidad.

—Ya conocen a la señorita Verano —les dijo Jim por encima del hombro de Nancy—. En la inauguración —les recordó Jim.

—Había mucha gente —dijo tirante el mayordomo.

—Las mujeres flacuchas me parecen todas iguales —murmuró Grace.

Nancy indicó la olla.

—¿Quién está cocinando? Huele… interesante.

—¿Cocina usted? —preguntó Rocky, mostrando la primera señal de interés.

—¡Sé recalentar casi todo! —exclamó, moviendo el dedo como si apretara un botón en el microondas—. Es horrible el poco tiempo de que disponemos para las cosas buenas de la vida. Me alegra que haya alguien aquí que sepa cocinar.

—Si piensa que eso huele bien, tenemos pasta en lata que podría tomar —gruñó Grace.

—¿Esas pequeñas formas redonditas? —preguntó Nancy—. Son mis favoritas. Espero que aquí haya una licuadora. Básicamente me alimento de eso, zumo de naranja y zanahoria con salsa de soja. Soy fácil de complacer.

Nancy salió de la habitación y Jim la siguió por las escaleras. ¿Qué había metido en las maletas, yunques?

—Es una casa impresionante —declaró Nancy—. Estoy orgullosa de ti, Jim. Siempre dije que lo conseguirías.

—Es cierto. Tú me animaste como nadie —admitió Jim.

—¿Qué habitación? —preguntó Nancy al llegar arriba y mirar el amplio vestíbulo.

Jim tenía claro que no iba a dormir con él. No tenía ningún interés en intimar con Nancy, y además, ellos siempre habían mantenido las distancias.

Y tampoco iba a dormir en la habitación de Dex.

—Annie duerme ahí —dijo indicando su puerta—. ¿Qué tal uno de los dos dormitorios de la parte de atrás? Le diré a Grace que lo prepare.

—No necesito que me sirvan —dijo Nancy, dirigiéndose hacia las habitaciones que había sugerido Jim y eligiendo la más grande—. Oh, cielos, espero que esas maletas no te vayan a provocar una hernia. Mi ordenador portátil está dentro de esa y mis libros en la otra.

—¿No has traído ropa? —preguntó Jim dejándolas encima de la cama.

—Algo. La demás la he enviado —dijo alegremente—. ¡Oh, Jim, es estupendo estar aquí!

Una vocecilla le dijo a Jim que ese era el momento de decírselo. Así que respiró profundamente antes de empezar.

—Nancy, las cosas han cambiado.

—Es cierto —Nancy dejó su bolso en la cama y se giró para tomar las manos de Jim entre las suyas—. Jim, ¿podrás perdonarme por haber tardado tanto en responderte?

—No hay nada que perdonar.

—Sí que lo hay —Nancy le miró suplicante—. Estaba confundida. Tenía sentimientos mezclados en lo referente al matrimonio y a los niños. No fue hasta que me llamaste y me hablaste de Ayoka cuando las cosas empezaron a aclararse —continuó—. Verás, he pensado mucho en esto. Tengo treinta y cuatro años, ¿y qué quiero de la vida? ¿Un puñado de artículos académico con mi nombre y que nadie lea?

—Tu investigación es muy valiosa para las personas —dijo Jim, aunque si saber si era cierto o no.

—Quizá, pero no es bastante —Nancy movió las manos entre ellos como si fueran niños—. Quiero lo mismo que todas las mujeres. Quiero tenerlo todo: marido, familia y carrera. Pero no me di cuenta de ello hasta que me hablaste de tu hija. ¡Fue como si me hubiera

hablado el destino!

—Nancy…

Pero ella continuó, sin dejarle hablar.

—Siempre me he sentido forzada, como si hubiera algo que tuviera que conseguir en esta vida y tuviera que hacerlo a la perfección. ¿Puedes entenderlo?

—Sí —Jim sonrió—. Yo también soy así.

—Lo sé. Y ahora se ha impuesto una niña entre nosotros. Es como si Dios estuviera intentando decirnos que es hora de parar y oler las rosas. Necesitamos a esa niñita, Jim, y nos necesitamos el uno al otro. Siempre ha sido así. Solo que tú fuiste más listo y te diste cuenta antes.

Jim sintió una presión en el pecho. Nancy no despertaba en él los mismos sentimientos alegres, explosivos y deliciosos que le provocaba Dex. Pero estaba prometiendo estar a su lado, estar ahí para Annie mientras la niña creciera. Y él sabía que lo decía en serio.

Dex pensaba mudarse de Clair de Lune en cuanto consiguiera el doctorado. Y había insistido en que quería que Annie creciera en una familia con un padre y una madre.

Bueno, pues eso era lo que le estaba ofreciendo Nancy. ¿Tenía él derecho a ignorar los intereses de su hija y herir a esa amiga que confiaba en él, simplemente por sus sentimientos confusos?

Ojalá supiera lo que sentía Dex. Hasta que tuviera la oportunidad de hablar, era mejor que no hablara de ella con Nancy. Excepto, por supuesto, para revelarle la única verdad que su futura esposa terminaría sabiendo de todos modos.

—Hay algo que deberías saber.

Nancy le soltó las manos y sonrió.

—No hay nada que no puedas contarme. Seguimos siendo buenos amigos y siempre lo seremos. Así que dispara.

—Dex no es la niñera. Es la madre biológica de Annie.

Capítulo 11

—Oh —Nancy frunció el ceño—. ¿En serio?

—Sí.

—¿Y dónde encaja ella en esta casa?

—Está aquí para asegurarse de que yo cuido a la niña apropiadamente —dijo Jim—. Pero creo que hoy se ha marchado.

Nancy le estudió detenidamente.

—¿Y cuál es la relación entre vosotros? Al fin y al cabo habéis tenido una hija juntos, aunque la doctora Saldivar haya provocado todo.

—En el momento de la concepción de Annie, Dex y yo nunca nos habíamos visto. Por supuesto, nos hemos unido más desde entonces.

No podía contarle toda la verdad, y tampoco podía herir a Nancy innecesariamente. Y seguía pensando que no debía decir más hasta que hablar con Dex. Aunque si Nancy insistía, no iba a mentir.

—¿Y ella no quiere la custodia?

—Es una estudiante licenciada.

—Sin dinero y con inseguridad respecto al futuro. ¡Lo sé perfectamente! Espero que no se haya marchado por mí. Si quieres, hablaré con ella para que vuelva.

—No hace falta. Iré a verla y hablaremos.

—No me extraña que fuera tan protectora —Nancy fue a abrir sus maletas—. Me refiero con Ayoka. ¿Crees que le importaría si uso a la niña en mi proyecto de investigación? Bueno, y aún no te he explicado qué hago aquí, ¿verdad? Aparte de casarme contigo, claro.

—No, no lo has hecho.

Jim estaba sorprendido de su energía después del largo vuelo desde Washington. Aunque Nancy siempre había sido una persona muy dinámica.

Jim se sentía un poco culpable por no haberle confesado toda la verdad sobre Dex. Pero ocuparse de cuestiones personales era un nuevo reto para él, así que tendría que improvisar.

Ajena a su debate interno, Nancy continuó.

—La universidad me ha contratado como profesora de psicología —dejó su ordenador en la mesa y lo enchufó—. ¿Te importa? Quiero asegurarme de no haber perdido información. ¿Por dónde iba? Oh, sí, así que enseñaré, y también tengo una nueva beca de investigación.

—Cómo los bebés adquieren un segundo lenguaje —recordó Jim.

—¡Eso es! —la pantalla se encendió y Nancy comprobó un par de archivos rápidamente—. Parece que no he perdido nada, aunque de lo contrario, tú habrías podido recuperarlo, ¿verdad?

—Tenemos un nuevo programa que puede recuperarlo casi todo —le explicó Jim—. No sabemos si ponerlo en venta porque podría ser usado para fisgonear.

—Tu ética es una de las cosas que más admiro —Nancy apagó el ordenador—. Bueno, voy a mostrar a bebés películas extranjeras durante la hora de la siesta, y comprobar si prestan más atención a las palabras extranjeras después que al principio del experimento.

Jim sintió curiosidad.

—¿Qué clase de películas extranjeras?

—Tuve que elegir un idioma que tuviera muchas películas disponibles, así que me decidí por el italiano —indicó un montón de cintas en una maleta—. ¿No sería fantástico que Ayoka aprendiera italiano? Y tenerla conmigo en el laboratorio nos dará a ambas la oportunidad de conocernos.

Jim leyó un par de títulos: Amarcord. La Strada.

—¿Vas a enseñarle a nuestra hija películas de Fellini?

—Son mis favoritas. Además, ella no entenderá el contexto —le aseguró Nancy—. Bueno, odio aguar la fiesta, ¿pero crees que estará lista la cena? Me muero de hambre.

—Vamos a verlo.

Jim le ofreció el brazo y se preguntó cómo alguien podía tener hambre con ese olor a canela quemada que impregnaba el aire.

Dex se esforzó durante todo el lunes por mantener una expresión alegre en la cara, pero obviamente no engañó a nadie.

Fitz Langley le puso una tableta de chocolate encima de los paquetes que tenía que repartir. Hugh Bemling le leyó un poema que había escrito en un trozo de papel.

—Corazón que revolotea, porcelana delicada entre la aspereza

del mundo, te saludo… —empezaba, y por fortuna, había perdido el resto.

Marie Pipp, indignada por lo que consideraba una doble personalidad en Jim, insistió en prepararle una cena que según ella, ese cocinero rufián nunca sería capaz de preparar. Cora le llevó una tarrina de helado para calmar sus penas.

—No os deberías tomar esto de forma tan personal —declaró Dex por encima de su plato de pollo con salsa de naranja y arroz—. Él le pidió a Nancy que se casara con él incluso antes de conocer la existencia de Annie.

—¡Pues debería decirle a esa mujer que ha cambiado de opinión! —Cora se sirvió por segunda vez—. No puedo creer que Kip le defendiera. Nunca volveré a hablar a ese jardinero.

—¿Has roto con Kip? —preguntó Dex consternada.

—Algo estupendo, si me preguntas a mí —declaró Marie—. No hay que hacer amistades con el enemigo.

Estaban sentadas en el comedor de Marie Pipp, una habitación oscura con rosas en el papel de la pared. El aparador de estilo antiguo, estaba lleno de montañas de libros, y en la pared contraria, había tres retratos de escritores famosos: Shakespeare, Edgar Alian Poe, y Mark Twain, que estaba ligeramente torcidos.

Fuera podría ser un claro día de primavera. Pero ahí dentro a Dex no le habría sorprendido ver rayos y oír una tormenta cayendo sobre el tejado.

—No quiero que vosotras os compliquéis la vida por mí —insistió Dex—. Estoy perfectamente bien con este asunto. Que Jim se case puede ser lo mejor para todos.

Marie echó tabasco a sus lentejas. Dex se preguntó si el Pentágono tendría en su arsenal algo tan potente como lo que tenía Marie en el plato.

—Es la bondad de tu corazón lo que te hace desear lo mejor para tu hija. Pero si el señor Bonderoff va a casarse, debería hacerlo con la mujer a la que agravió.

—¿La mujer que qué? —preguntó Dex ahogándose con un trago de agua.

—Tú eres la madre de su hija.

—¡Helene Saldivar fue la madre de su hija, y ella le embaucó!

—Estamos a tu lado, te guste o no —insistió Marie.

—¿Para qué otra cosa son las amigas? —Cora empezó a recoger la mesa—. ¿Helado para todas?

—He preparado salsa de menta caramelizada —dijo Marie—. Ojalá pudiera ponerla debajo de la nariz de Rocky para que se le cayera la baba. Tuvo el valor de intentar que le prestara uno de mis recetarios, mientras que no dejaba de jurar que su jefe era el mejor del mundo. ¡Sinvergüenza!

Mientras Dex ayudaba a llevar los platos a la cocina, cada palabra que se decía le había sentirse peor. Ella había presentado a Cora y a Marie a nuevos amigos, y en ese momento todos estaban separados por su culpa.

Abrió el periódico de ese día que estaba en la mesa de la cocina y vio una fotografía en la que se había fijado antes. Era Jim en una reciente recolección de fondos para el nuevo teatro, posando entre los millonarios Bill Sachet y su deslumbrante esposa, Vanessa.

—Mira —dijo llevándoselo a Marie—. Esta es la clase de gente con la que él sale. Yo nunca encajaría.

Marie miró la fotografía.

—¿Vanessa Sachet? Recuerdo cuando ella era publicista en la Lechería Cheez Pleez. Ella no es más aristócrata que yo, y tiene bastante menos moral.

—Pero debe tener algo que yo no tenga, o ese millonario no se habría casado con ella —insistió Dex—. Claro, es bellísima. Quizás también sea amable y generosa. O se le den mejor las relaciones que a mí.

—Tú eres amable y generosa —dijo Cora.

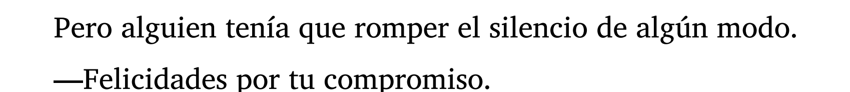
—Y en cuanto a las relaciones —añadió Marie—, tienes una imagen de ti misma completamente errónea, Dex. Eres una de las personas más auténticas que nunca he conocido.

—Gracias, pero… —sonó el timbre—. ¿Abro?

—Por favor —dijo Marie.

Dex salió al estrecho vestíbulo y abrió la puerta sin molestarse en mirar por la mirilla. Se encontró de frente con los ojos marrones de Jim Bonderoff.

Durante unos instantes, se quedaron sin hablar. Estando tan cerca, Dex podía oler su fragancia masculina, y sentir su cuerpo sin tocarlo. Se acaloró como si estuviera teniendo fiebre.



Pero alguien tenía que romper el silencio de algún modo.

—Felicidades por tu compromiso.

—No pensaba que Nancy fuera a aceptar —Jim la miró con cautela—. Debió sorprenderte cuando llamó.

—Me pareció una persona agradable —dijo Dex muy tensa.

—Si no fuera por ella, yo no habría tenido valor para crear mi empresa. Le debo mucho.

Era una agonía estar tan cerca de él y saber que amaba a otra mujer.

—No necesitas darme explicaciones.

—Pero necesito disculparme. Alguna gente podría pensar que me aproveché de ti.

—Yo entré en esto con los ojos bien abiertos —replicó Dex—. Nadie se aprovechó de mí.

—Intencionadamente no —Jim entró, y solo quedaron separados por unos centímetros—. Dejaste claro que no pretendías quedarte a vivir en Clair de Lune, pero que tampoco pensabas marcharte enseguida. Y yo no quería que lo hicieras.

Dex se tragó las lágrimas. ¿Por qué tenía que actuar Jim como si ella le importara cuando su corazón pertenecía a otra? Quizá fuera solo una actuación.

—No saldrás fácilmente de esto.

—¿De qué hablas?

Dex se enfadó ligeramente.

—De Annie. Mi hija no va a convertirse en una especie de conejillo para la investigación de Nancy. Y tampoco te la voy a entregar en una bandeja de plata. Sigo queriendo que la adopten.

Dex se dijo que no estaba siendo vengativa. Jim no tenía derecho a quedarse con la niña si no podía proporcionarle un hogar adecuado. Nancy parecía una mujer agradable, pero no había dado ninguna señal de tener instinto maternal.

Él se apartó.

—Tengo la intención de quedarme con mi hija, Dex. Créeme, nunca encontrará una familia que la ame más que yo.

Se quedaron mirándose unos instantes.

—Dime una cosa. ¿Nancy mece a Annie y juega con ella? ¿La

abraza y la besa? ¿Le cambia el pañal y la ropa?

Ella pudo ver la respuesta en su cara.

—No —admitió Jim—. No está acostumbrada a los bebés. Pero puede aprender. Tú tampoco sabías mucho de bebés cuando viste a Annie por primera vez.

—No dejes que la lleve al laboratorio —le advirtió Dex.

—Yo iré con ellas y me aseguraré de que estará bien —le dijo—. Solo va a enseñarle algunas películas italianas de Fellini durante la siesta. Además, les dará a las dos la oportunidad de conocerse mejor.

—¿Y luego qué? —le desafió Dex—. ¿Hacer que recorra un laberinto? ¿Colgar plátanos de un alambre mientras Annie intenta aprender algún código para obtener su recompensa? ¡No es un monito!

Cuando Jim habló, Dex supo que estaba midiendo sus palabras.

—Voy a asegurarme de que nuestra hija tenga una vida feliz y sana. Sé que te importa y puedes ser parte de su vida mientras quieras. Nancy dice que vayas a visitarla al campus en cualquier momento, así verás por ti misma lo que hace.

—Lo haré.

Dex habría preferido bailar sobre carbones ardiendo en vez de pasar tiempo con la mujer a la que Jim amaba, pero lo haría por Annie.

Los labios de Jim se abrieron, como si fuera a hablar más, o quizás a besarla. Pero en lugar de eso, hizo un breve gesto con la cabeza y se marchó.

Cuando Jim entró en su coche deportivo, estaba tan furioso que quería sacudir a Dex. Pero al mismo tiempo deseaba agarrarla y no dejarla marchar.

No había ayudado que no dejara de gruñirle el estómago por los maravillosos aromas que llenaban el aire. Apenas había dado bocado a la comida quemada de Rocky, aunque Nancy había dejado el plato limpio.

Aceleró y decidió parar a tomar unas hamburguesas. Y de camino, sus pensamientos regresaron a Dex.

Echaba de menos su sinceridad y su testarudez a rendirse al sentido común. Villa Bonderoff parecía distinta sin ella, mientras que esa vieja casa abarrotada, que olía a curry y azúcar, se había convertido en un hogar porque ella estaba allí.

¿Pero cómo se atrevía Dex a seguir con la idea de la adopción? Él nunca lo permitiría.

Aunque tenía que admitir que tenía las mismas dudas con respecto a Nancy y su investigación. Y también era cierto que Nancy no la había tenido en brazos ni una vez.

Cerca de la universidad, paró en una hamburguesería y pidió el especial, que incluía hamburguesa de queso, pollo frito y aros de cebolla y que según la publicidad era para las personas incapaz de decidirse.

Eso le describió perfectamente. Por una vez en su vida, no podía decidirse. O más bien, su mente estaba teniendo dificultades para aceptar la verdad.

Quería a Dex pero no podía tenerla. Ella lo había dejado claro. Desde la primera vez que se habían conocido, ella le había mantenido apartado. Y quizás tuviera razón. Según el criterio normal, Nancy era una esposa mucho más apropiada.

Pero él deseaba abrazar a Dex, sentir su pelo contra la nariz y los deliciosos contornos de su cuerpo.

Tendría que conformarse con amar la parte de Dex que vivía en Annie. Aunque quería a Dex entera, solo podría tener la mitad.

A la mañana siguiente, Jim volvió a dormir después del toque de diana. Una hora más tarde, un golpe fuerte en su puerta le despertó de nuevo.

Agarró su bata y corrió a ver quién era. Era Nancy, con los ojos como platos.

—Ocurre algo —jadeó—. ¿No oyes el ruido abajo? Suena como si estuvieran sueltos animales salvajes.

Jim escuchó los golpes sordos y los gruñidos.

—Son Rocky y Grace —dijo aliviado—. Están peleándose otra vez.

—¿Entonces hacen eso a menudo?

—Solo cuando no están de acuerdo en algo —Jim fue al dormitorio de Annie, pero la niña no estaba, así que estaría en la planta baja, presenciando esa muestra de inmadurez—. Iré a separarles.

Nancy corrió a su lado. Jim se fijó en que se había puesto un traje sastre y llevaba el pelo hacia atrás con un pasador. Preparada para el primer día en un nuevo trabajo.

—Jim, sé que acabo de llegar, pero espero que no te importe si sugiero alguna terapia —dijo mientras bajaban—. Esas dos personas necesitan un curso para controlar su furia.

—Solo necesitan descargarse —dijo Jim siguiendo el ruido hasta el lavadero.

Desde una cuna portátil, Annie observaba con fascinación a Rocky levantar a Grace por encima de su cabeza y echarla contra la pared. Aterrizó con un golpe, pero sorprendentemente recuperó el equilibrio y atacó al enemigo, con la cabeza inclinada.

Rocky cayó y Grace aterrizó encima de él. Entonces siguieron una serie de gruñidos y rugidos.

—¡Basta ya! —Jim extendió una mano y puso a Grace de pie—. ¿Qué ocurre?

—¡Ha dicho que Hugh es un enano mental! —gritó Grace—. ¿Puede creer que un tipo que no terminó el instituto pueda meterse con un profesor de universidad?

—¡El hombre no tiene comparación con Marie! —jadeó Rocky—, Y por cierto, a pesar de lo que alguno pueda pensar, no es una vieja carroza.

—¡Sí lo es! —gritó Grace.

—¡No! —gritó Rocky.

Nancy levantó una mano.

—Perdón, creo que todos deberíamos sentarnos y hablar de esto con tranquilidad, y…

—¿Mamá? —dijo Annie.

Su dulce voz les dejó a todos paralizados. Jim vio que la niña estaba apoyada en los barrotes de su cuna con aspecto desanimado.

—Estoy aquí —dijo Jim acercándose a la cuna.

—No ha dicho «papá» —le reprimió Grace.

—Quiere a su madre —declaró Rocky.

Jim miró a Nancy.

—¿Yo? —gritó ella—. Yo no… bueno, claro que lo seré… En cuanto tenga experiencia —balbuceó Nancy, pero al darse cuenta de que todos esperaban que actuase, se acercó a la cuna y dio unos golpecitos en la mano de Annie—. Buenos días, bonita. ¿Echas de menos a Dex?

—Ba ba —fue la única respuesta.

—Ayoka y yo necesitamos conocernos mejor —le dijo Nancy a Jim—. Grace, ¿le importa cuidarla esta mañana? Esta tarde ella y yo iremos a dar una vuelta por el campus y le enseñaré donde trabajaré.

Jim recordó su promesa de asegurarse de que la niña estaría a salvo.

—Llámame a la oficina cuando vayáis y os acompañaré.

Nancy pareció aliviada.

—Me parece bien.

Después de que Jim se vistiera y sus empleados izaran la bandera, ellos desayunaron en el invernadero por petición de Nancy.

—Quería tener una oportunidad de hablar contigo a solas —dijo ella tomando una tostada—. Algo te preocupa, ¿verdad?

Jim pensó que como psicóloga estaba entrenada para ser observadora, aunque siempre había sido muy perspicaz. Era una de las cualidades de Nancy que más le gustaban.

—Supongo que sí.

—¿Sobre Ayoka?

—Sí —dijo, y aunque no era el único problema no tenía sentido contarle que estaba medio enamorado de Dex, ya que siendo matemáticamente justo, estaba un cuarto enamorado de Nancy, lo que le dejaba libre el veinticinco por ciento—. No parece que hayas aceptado con mucha fuerza a la niña.

Nancy se cruzó de brazos.

—No tiene nada que ver con ella. Es adorable… Como sabes, tengo seis hermanos y hermanas menores.

—Que solían volverte loca —recordó Jim.

—Mi madre no me dejaba estar cerca de ellos cuando eran bebés, pero al crecer, me hizo cuidarles todos los sábados —explicó Nancy—. Los quiero mucho, pero había demasiados y eran muy ruidosos.

—Cuidar a tus hermanos es diferente de tener una hija propia —declaró Jim—. Yo estoy sorprendido de la felicidad que a mi me ha proporcionado.

Nancy sonrió con timidez.

—Eso es lo que yo me he estado diciendo. Una vez que Ayoka y

yo nos conozcamos, seremos mejores amigas. Yo acabé hasta de cuidar a mis hermanos, pero supe en el minuto en que me hablaste de tu hija que ella iba a hacerme entrar en razón.

Aunque Jim quería estar de acuerdo con ella, debía ser cauteloso.

—Yo creo que así será, pero un compromiso intelectual no es igual a uno que salga del corazón. No hagas algo que te haga infeliz.

Nancy estiró el brazo y tomó su mano.

—Me aterroriza ser una de esas mujeres casadas con su trabajo que descubren a los cincuenta años que no han podido tener una familia. Yo quiero tenerlo todo, Jim. Y necesito tu ayuda.

Con culpabilidad, Jim se dio cuenta de que en parte había esperado que ella se arrepintiera y decidiera no casarse. Pero en vez de eso, Nancy necesitaba su apoyo para que sus sueños se hicieran realidad. Ella había hecho lo mismo por él una vez, ¿verdad?

—Puedes contar conmigo, Nancy.

—He encontrado el resto —le dijo Hugh a Dex, siguiéndola por el pasillo mientras ella recogía exámenes de su clase de mediodía.

Los pocos estudiantes que quedaban estaban inclinados sobre sus exámenes, comparando las visiones de Jane Austen y Charles Dickens sobre la sociedad inglesa del siglo diecinueve.

—¿El resto de qué?

—Del poema —Hugh se tocó el bolsillo y sacó un papel arrugado —. ¿Recuerdas cómo iba?

—Algo sobre corazones de porcelana —murmuró Dex siguiendo con su trabajo.

—Cierto —Hugh entrecerró los ojos mirando el papel, y entonces se quitó las gafas y las limpió con su camisa—. Ahí va —respiró profundamente y empezó a leer—. Oh, añicos rotos, ¿quién os recogerá? ¿Quién os volverá una pieza entera de nuevo?

—¡Disculpe! —dijo un estudiante—. No puedo pensar con todo ese alboroto.

—No puedes pensar, punto —bromeó uno de sus amigos.

—¿Puede callarse todo el mundo? Algunos intentamos sacar

buena nota —replicó una joven.

El timbre sonó. Dex rezó una oración en silencio dando las gracias y les quitó los exámenes de las manos. Los estudiantes se marcharon gruñendo.

—Ese hombre no era apropiado para ti —dijo Hugh, sin saber si ella le escuchaba.

Dex colocó los exámenes en un montón y salió a buscar su bicicleta, esperando que Hugh captara la indirecta y se marchara. Pero la acompañó.

—¿Tienes repartos?

Ella lo había hecho antes y no quería mentir.

—No, pero hay algo que tengo que comprobar.

—Te acompañaré.

—No tienes bicicleta.

—Puedo correr al lado.

Dex no podía ser cruel con ese hombre.

—Yo iré andando con la bici —dijo suspirando.

Por suerte, no estaba lejos del edificio de psicología, donde quería asegurarse de que nadie estaba experimentando con su hija.

La dulce brisa agitaba la melena de Dex mientras caminaban.

—¿Te ha dicho alguien que tu pelo es como un nido de colibrí?

—El término nido de pájaro lo han usado, sí —contestó Dex—. Dime algo, Hugh. ¿Qué te parece Grace?

El hombre puso gesto de disgusto.

—Es un poco mandona. ¡Me hizo disparar un arma! Podría haber dado a alguien.

—Se supone que debes dar en la diana.

—Casi se me cayó de la mano —replicó el profesor perplejo—. ¿Cómo puede alguien disparar esas cosas? ¡Son peligrosas! —sonrió con timidez—. Eso ha sido una tontería, ¿verdad? Por supuesto que son peligrosas. Incluso yo lo sé.

Tenía en su cara una mirada avergonzada tan tierna, que Dex se compadeció. Aunque no pensaba besarle, y mucho menos mostrarle las maravillas de la alfombra.

—Hugh, me gustas mucho, pero tú necesitas encontrar una

mujer con un alma más poética.

—¡Grace no! —dijo con intensidad.

—Estoy de acuerdo.

En el edificio de psicología, Dex dejó la bicicleta y se llevó con ella los exámenes. Dentro preguntó por el despacho de Nancy Verano.

—Está en el laboratorio —dijo la secretaria, dándole un número en la segunda planta.

De camino, le habló a Hugh del proyecto de Nancy.

—Yo adoro las películas de Fellini —dijo él—. Quizá vea alguna.

Entraron en el laboratorio. Estaba oscuro exceptuando una lámpara sobre una mesa y una pantalla de televisión. Se oían voces estáticas hablando en italiano.

Dex vio que Nancy se había dado mucha prisa por empezar. Se fijó en un par de cunas de viaje. Aparentemente tampoco había tenido problemas encontrando bebés. Los profesores y estudiantes posiblemente se hubieran entusiasmado con la idea de que les cuidaran a los niños durante un día, y gratis.

La mayor parte de los bebés estaban tumbados, pero había uno de pie sobre piernas inseguras sujetándose a la barandilla. Entonces se oyó una vocecita.

—¡Mamá!

A Dex se le encogió el corazón. No pudo evitarlo. Le dio los exámenes a Hugh y corrió hacia los brazos de su hija.

Capítulo 12

A Jim le había parecido buena idea trabajar un poco en su ordenador portátil en una esquina del laboratorio, y la película no le molestaba, ya que no entendía italiano.

Pero no dejaba de incomodarle esa situación. Annie no había parecido interesada en echarse la siesta, y Nancy, aunque se esforzó por calmar a la niña y a los otros pequeños, estaba interesada en crear las condiciones apropiadas, no en satisfacer las necesidades de Annie.

Pero Jim tenía que recordar que Nancy acababa de llegar a la ciudad y era comprensible que intentara demostrar que valía. Había tenido su primera clase de psicología esa mañana, reemplazando a un profesor que, según se rumoreaba, se había escapado con una estudiante. Y por lo que decían había hecho un estupendo trabajo.

En ese momento estaba ocupada con su experimento. Y Jim pensaba que poco a poco se iría haciendo a la maternidad, siempre que Dex fuera razonable y no insistiera demasiado en la adopción.

Cuando se abrió la puerta, vio una mujer en un destello de luz. Al principio creyó que sería Nancy que había regresado del aseo, hasta que reconoció la figura bien formada de Dex.

Parecía dulce y familiar y un poco sola. Él deseo abrazarla.

El hombre detrás de ella sujetó la puerta abierta, iluminando la reunión entre madre e hija. A Jim se le puso un nudo en la garganta cuando Dex levantó a Annie por el aire y la pequeña se rió encantada.

Las dos dieron vueltas y entonces Dex la abrazó con fuerza. En el haz de luz, sus pelos se entremezclaron como una única cascada de color.

Un alboroto en la puerta llamó la atención de Jim. Nancy, al entrar, chocó con el hombre, a quien Jim reconoció como Hugh Bemling. Un puñado de papeles voló por el aire y los dos se inclinaron para recogerlos.

Jim se acercó a ayudar y luego sacó a todo el grupo al vestíbulo, donde pudo hacer las presentaciones sin molestar a los bebés que dormían.

Las dos mujeres se sonrieron con cautela.

—Tu niña te echa de menos —dijo Nancy—. Esta mañana preguntó por ti.

—¿En serio? —Dex miró a Annie en busca de confirmación.

—Dijo «mamá» —le aseguró Jim.

Hugh pestañeó y se colocó bien las gafas. A Jim le pareció que estaba mirando fijamente a Nancy, pero quizá fuera simplemente el modo de mirar de un miope.

—Me temo que no sé mucho sobre bebés —admitió Nancy—. Espero que me des una oportunidad con ella.

Dex echó una rápida mirada a Jim.

—Es muy importante que ella tenga padre y madre. Yo pienso que la mejor solución es la adopción, a menos que estés muy, muy segura de que la quieres.

—Aún no lo sé —confesó Nancy—. ¿Puedo tener más tiempo, por favor?

No era solo decisión de Dex decidir el futuro de Annie, pero Jim se controló y no lo dijo. Si ella podía aceptar a Nancy libremente como la nueva madre de Annie, sería lo mejor.

¿Seguro? ¿Y qué tal que él y Dex criaran juntos a Annie?

Pero Jim descartó la idea. Dex no era el tipo de mujer que se quedaba en un sitio. El necesitaba alguien más de confianza, alguien que mantuviera su vida en calma.

Había pasado por épocas en su vida más que caóticas, incluyendo cuando terminó el instituto y se había sentido furioso, inquieto y confuso. Y de nuevo cuando se licenció en el ejército se había enfrentado a la odiosa posibilidad de saltar de un trabajo poco satisfactorio a otro. Pero desde que Nancy le había animado a crear su empresa, todo había empezado a encajar. Y Jim deseaba que continuara así.

—Nancy será una madre maravillosa —dijo Jim—. Créeme, Dex.

Ella tragó saliva antes de hablar.

—Entonces me reservaré mi opinión.

—Gracias —dijo Nancy—. ¿Puedo? —extendió los brazos hacia la pequeña, y tras una breve vacilación, Dex se la dio.

—Tiene una piel preciosa —dijo de pronto Hugh a Nancy—. Me recuerda a la porcelana.

—Qué bonito, gracias. Bueno, Será mejor que vuelva al trabajo —declaró con una vaga sonrisa, entrando en el laboratorio.

Dex le quitó el montón de papeles al profesor.

—¿No tienes hora de despacho dentro de quince minutos?

—¡Oh! —Hugh dejó de mirar a Nancy mientras se marchaba—. Gracias, Dex. Hasta mañana.

Jim se quedó en el vestíbulo, inexplicablemente contrario a marcharse.

—¿Un café? —dijo, y temiendo que Dex pudiera rechazarlo, añadió—: ¿Y tarta?

—¿En Key Lune? —preguntó, ya que era su lugar favorito cerca del campus.

—Exactamente lo que había pensado.

Fueron en el coche de Jim y encontraron el restaurante prácticamente vacío a esa hora de la tarde. Pidieron café y tarta, de limón para él y de nueces para ella.

—¿Puedo preguntarte algo sin que te enfades? —dijo Jim.

—Eso depende de la pregunta —contestó Dex jugueteando con un salero.

—¿Por qué estás tan empeñada en la adopción?

—Porque Annie se merece…

—Un padre y una madre abnegados, lo sé. Pero el domingo por la noche, te pedí que la criáramos juntos. Tú la adoras, y yo también. Así que me confundes.

—No estoy en posición de aceptar tanta responsabilidad —dijo ella moviendo el salero continuamente.

—Hay algo más —dijo Jim—. ¿Por qué no quieres ser madre?

—No puedo explicarlo.

Llegó la camarera con su comida. Después de marcharse, Dex se quedó mirando fijamente su tarta. Debía estar muy disgustada si no comía.

—Por favor —dijo Jim—. Necesito saberlo.

Ella respiró profundamente.

—La idea de ser responsable de un bebé me aterroriza.

—¿Por qué?

Las sombras oscurecieron el azul de sus ojos.

—Cuando tenía once años, estaba cuidando a mi hermana de nueve, Brianna. Discutimos y ella dijo algunas cosas malvadas. Brianna siempre sabía cómo complacer a mis padres y yo no, y ella sabía cómo hacerme daño. Así que me enfurecí realmente. Entonces se marchó a jugar al bosque cerca de nuestra casa, y yo estaba tan rabiosa que no la seguí. Durante unos minutos, casi deseé que se hubiera perdido. Y entonces empecé a preocuparme.

—¿Llamaste a tus padres?

—No me atrevía. Siempre me estaban riñendo por lo egoísta y descuidada que era —suspiró—. Fui a buscar a Brianna, llamándola sin parar. Me pareció que pasaron horas sintiéndome angustiada, al pensar que en los pocos minutos que la había ignorado le hubiera sucedido algo terrible.

—¿Y qué ocurrió?

—La encontré medio sumergida en un riachuelo, con la ropa enganchada en un tronco —explicó Dex—. Apenas podía tener la cabeza fuera del agua. La saque y la lleve a casa. Por alguna razón, no les dijo a mis padres que fue mi culpa a pesar de que se enfrió y estuvo mala una semana. Después de eso ella y yo nos llevamos mejor.

—¿Y temes que le ocurra algo a Annie si te ocupas de ella? Eso no tiene sentido.

—Quizá no lo tenga de un modo racional —dijo Dex—, pero no dejo de pensar que si Annie dependiera de mí, quizá yo fuera descuidada durante unos minutos.

—¿Y por eso no quieres ser madre? —preguntó Jim.

—En parte sí. Al principio tenía miedo de no ser capaz de quererla y de demostrarle mi amor de un modo constructivo. Había pensado que yo sería muy dura y crítica, como se habían portado mis padres.

—Pero no lo eres —le recordó Jim.

—Incluso yo me he sorprendido —sonrió con timidez—. Cerca de Annie siento tanto amor que me abruma. Pero aún así, a veces soy descuidada.

—¿Ha ocurrido algo aparte de la vez que estaba con Grace cuando nos fuimos en la bicicleta?

—Solo cuando le estaba cambiando el pañal, crucé la habitación para ir a por algo y no lo pensé. Ella pudo haber caído del cambiador.

—Nadie es perfecto —declaró Jim.

—Es solo un ejemplo —dijo Dex—. Nunca me he visto como madre. No creo que tenga el instinto apropiado.

—Yo creo que sí.

—Annie necesita a alguien que sea madre por naturaleza. Alguien que nunca se impaciente ni se descuide. Eso es lo que me preocupa de Nancy.

—Yo no permitiría que sucediera nada. Además, ella es una persona muy competente.

Dex mordió su tarta.

—¿Y si Nancy decide que quiere un bebé propio? ¿O dos o tres? Entonces estaría distraída y posiblemente tendría lazos más fuertes con sus hijos biológicos. Sé que intentaría hacer lo mejor, pero una madre que desee adoptar no estaría atormentada entre sus propios hijos y Annie.

—Nancy y yo lo solucionaremos —Jim se terminó el café—. Es una mujer estupenda. Si alguien puede triunfar, es ella.

Dex dejó de comer como si de repente hubiera perdido el apetito.

—Quizás —dijo—. ¿Podemos marcharnos ya?

Volvieron al campus sin decir más palabra.

Al día siguiente, dos pajaritos se estaban persiguiendo alrededor de unos arbustos cuando Dex salió de su apartamento. Al otro lado de la calle, la señora Zimpelman estaba plantando margaritas.

Sonrió y saludó a Dex, y entonces se puso rápidamente el teléfono móvil en la oreja. Las cotillas de la ciudad estaban informando de los sucesos del día, incluyendo las entradas y salidas de Dex de su apartamento.

Dex cruzó la calle andando con su bicicleta.

—Disculpe.

Con expresión sobresaltada, la señora Zimpelman colgó.

—¿Ocurre algo?

—Me preguntaba… ¿No se cansa de espiar a la gente? Debe ser muy aburrido.

—¡Oh, no! —la mujer se quitó un poco de barro de sus

pantalones—. ¡Mi amiga Sadie sorprendió a un profesor teniendo una aventura con la mujer de un decano! Y no creerías lo que hacen algunos adolescentes cuando sus padres no están en casa.

—Lo creería —le aseguró Dex.

—Es mejor que un culebrón —le confió su vecina—. Solo lamento no haber tenido nada jugoso con lo que contribuir. ¡No como ese profesor de psicología que se escapó con esa alumna! Eso ocurrió en la manzana de mi amiga Mariah.

—Intentaré montarme una historia emocionante —se rió Dex, marchándose en su bicicleta.

Y realmente le alegraba que la señora Zimpelman no hubiera estaba cumpliendo con sus obligaciones tras la fiesta de navidad de la facultad, cuando Jim fue a su apartamento.

Jim. No podía dejar de recordar su discusión del día anterior. Le dolió cuando defendió con tanto énfasis a Nancy.

La había descrito como una persona estupenda que podía triunfar en cualquier cosa. Le dolió darse cuenta de que era simplemente un hombre enamorado, hablando de la mujer con la que se iba a casar.

Al llegar al campus, Dex se encontró con el consejero del campus. Le alegró olvidarse de sus problemas personales y charlar de algo impersonal. Le contó que la noche anterior había organizado sus notas y estaba dispuesta a empezar su tesis.

Y en cuanto la terminara, podría abandonar Clair de Lune. Y a Jim. Pero seguía sin estar segura de qué hacer respecto a Annie.

Dex pedaleaba en dirección al edificio de administración cuando un papel agitándose en el aire llamó su atención. La mano que lo movía era de Cora. Dex se detuvo.

—¡Espera! —dijo la estudiante corriendo hacia ella—. ¡Mira esto! ¡Tengo un notable algo en mi examen de Humanidades!

—No sabía que tuvieras un examen de Humanidades —dijo Dex culpable, ya que solo había ayudado a Cora en Historia.

—Tus comentarios me ayudaron mucho. ¡Y esta vez lo he hecho sola!

Dex la abrazó.

—Estoy orgullosa de ti.

—Ojalá se lo pudiera contar a Kip.

—Puedes contárselo.

—No estaría bien —Cora levantó la mano—. No insistas.

—Pero solo porque Jim y yo…

—Tengo que ser fiel a mi equipo —declaró Cora.

—Es tu vida, pero creo que eres una boba —replicó Dex de buen humor—. Felicidades por la nota.

Y dejando a Cora sonriendo y confusa, se marchó.

En el edificio de administración, Fitz le dio un montón de repartos.

—Nada para el departamento de psicología. Se lo di a otro repartidor.

—¡No hay razón por la que no pueda ir allí! —declaró Dex, admirando la lealtad, aunque pensando que sus amigos se estaban pasando.

—Estoy de tu lado —gruñó el hombre retirándose a su guarida.

Ella completó su ronda en media hora. La última entrega fue al centro de fertilidad, donde había muchas flores negras que le recordaron que los empleados estaban de luto por la doctora Saldivar.

¿Realmente había pasado menos de una semana desde que murió? Le parecía por lo menos un mes.

Lashawna Gregory entró en el vestíbulo cuando Dex estaba a punto de marcharse. Se saludaron.

—No quiero ser cotilla —Lashawna miró alrededor para asegurarse de que nadie les oía—. Pero tengo entendido que la doctora Saldivar dio a luz con uno de tus óvulos. Siempre pensé que aquel pelo me parecía familiar.

—¿Conoces a Annie? —preguntó Dex.

—Solía cuidarla cuando su niñera tenía el día libre —Lashawna sonrió—. ¡Una preciosidad! Su primera niñera era estupenda, pero yo no podía soportar a esa Smithers. ¡Estaba avinagrada!

—Annie posiblemente esté en el edificio de psicología —le dijo Dex—. ¿Quieres decirle hola?

—¡No puedo creerlo!

De camino, Dex le contó a Lashawna un resumen de lo sucedido los días anteriores.

—Y Jim quiere que se la ceda a Nancy. Me gustaría que me

dieras tu opinión de ella.

—Será un placer —dijo su amiga.

Encontraron el laboratorio a oscuras y *La dolce vita* en el monitor. Esa vez, incluso Annie estaba dormida.

Nancy, que estaba al otro lado de la habitación, las saludó.

—Debe ser por el lenguaje tan melodioso —les dijo—. Es mejor que una pastilla para dormir.

Dex presentó a las dos mujeres y explicó que Lashawna solía cuidar a Annie.

—He conocido a Ayoka desde el principio —explicó.

—¿La viste recién nacida? —preguntó Dex con envidia.

—Incluso antes de eso. Desde que era un huevo. La doctora Saldivar me dejó ver el tubo de fertilización.

Dex se alegró de no haber estado presente. Si hubiera querido tener un bebé con Jim, había formas mucho más placenteras de hacerlo.

—¿Trabajas en el centro de fertilización? —le preguntó Nancy.

Lashawna asintió.

—Soy licenciada. Por supuesto, todos agradecemos las contribuciones del señor Bonderoff. No sé dónde estaríamos sin su generosidad.

—¿Jim da dinero al centro? —preguntó Nancy—. Debe pensar que yo quiero… —se calló a media frase.

—¿El qué? —preguntó Dex.

Nancy frunció el ceño.

—Hace unos años, me operaron por un problema médico y me dijeron que quedaría estéril. Pero no sé cómo lo puede saber Jim.

—Hay muchos avances hoy en día —dijo Lashawna—. Lo que esté mal, puede ser reversible. Y por supuesto, hay procedimientos para donar óvulos de ser necesario.

Nancy se estremeció.

—Eso suena como una intrusión. No creo que pudiera pasar por ello.

A Dex no se le habría ocurrido pensar que Nancy no pudiera tener hijos.

—¿Quieres decir que Annie será la única hija que podréis tener Jim y tú?

—A mí no me preocupa —aseguró Nancy—. Acabé algo harta de cuidar a mis hermanos, así que no pensaba tener hijos. Pero no quiero privar a Jim de la experiencia de ser padre. Y cuando me habló de Annie, me pareció la solución perfecta.

Nancy debía estar suavizando su decepción porque no quería que nadie sintiera lástima por ella. A Dex le ardían las mejillas. Había sido egoísta y pendenciera, mientras que Nancy era considerada y discreta. No le extrañaba que Jim estuviera enamorado de ella.

—Quiero que mi hija tenga cariño —dijo Dex—. Y tú se lo darás, ¿verdad?

—Por supuesto —le aseguró Nancy.

—Y para mí será un placer remitirte a los mejores médicos si decides que quieres quedarte embarazada —dijo Lashawna—. Pero ahora mismo tengo clase. Ha sido un placer conocerla.

—Muchas gracias —dijo Nancy.

Dex lamentó que se hubiera marchado su amiga, ya que no sabía qué decir a la novia de Jim.

—Firmaré lo que haga falta. Se lo dirás a Jim, ¿verdad?

—Díselo tú misma —la mujer señaló la puerta del laboratorio por la que en ese momento estaba entrando Jim.

—No puedo —declaró Dex con un nudo en la garganta.

—Dex, me alegra verte —Jim se acercó a ellas—. Espero que os hagáis amigas.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó Dex.

—¿Decirte qué?

—¡Que Nancy no puede tener hijos! —declaró con voz temblorosa de dolor—. De haberlo sabido, no habría sido tan cabezota.

—No es culpa de nadie —intervino Nancy—. Nadie te culpa, Dex. No tenías que tomar ninguna decisión apresurada.

—¡Pero claro que quiero que cuides a la única hija que podrías tener! Hablé con mi consejero esta mañana y podré terminar mi tesis este verano y marcharme. Así que tendréis a Annie para vosotros. De todas formas, ya me había llegado el momento de madurar.

El torrente de palabras se detuvo. Antes de hacer algo vergonzoso como ponerse a llorar, Dex se fue corriendo.

Jim se quedó de pie, atónito. Él no conocía los problemas de Nancy. Y estaba desesperado pensando que Dex saliera de su vida.

Pero tampoco podía abandonar a su vieja amiga, y menos cuando obviamente ella le necesitaba tanto. Incluso aunque eso significara perder a la mujer a la que amaba.

Y con angustiosa seguridad, supo que amaba a Dex. Se había estado mintiendo. No estaba medio enamorado, sino cien por cien.

—Debí habértelo contado —dijo Nancy—. Lo siento.

—No habría supuesto ninguna diferencia —le aseguró Jim—. Si tienes un problema, nos enfrentaremos juntos.

—Tenía miedo de defraudarte, porque no tengo la intención de someterme a tratamientos de infertilidad.

Nancy parecía tan abatida que Jim la abrazó y apoyó la mejilla contra su pelo rubio. Era sedoso y frío.

Ésa era la mujer con la que pasaría el resto de su vida. Las cosas habían sucedido tan deprisa los días anteriores, que no se había detenido a analizarlo.

Nancy y él irían juntos al altar. Ella viviría en su casa y sería la madre de Annie.

Y él no volvería a ver a Dex de nuevo excepto de vez en cuando pasando en su bicicleta. Y en poco tiempo, ni eso.

La había perdido.

Capítulo 13

Jim compartió un almuerzo rápido con una inquieta Nancy y cuatro bebés agitados en un laboratorio oscuro. Luego regresó a su oficina y repasó el proyecto para su nuevo edificio sin verlo realmente. Olvidó la contraseña de su ordenador y tuvo que consultarla. Dos veces.

Finalmente, se rindió y se marchó temprano. Ni siquiera se dio cuenta del trayecto en coche hasta Villa Bonderoff. Fue solo al pasar las verjas de su mansión, cuando se dio cuenta de la verdad.

Tenía todo lo que siempre había deseado. Una casa preciosa, éxito en los negocios, una niña maravillosa y la perfecta futura esposa.

Pero no significada nada. No sin Dex.

Después de aparcar el coche, subió los escalones hasta el jardín. Y tuvo que admitir que realmente no sabía qué sentía Dex por él.

Ella le había alejado de su lado una vez y luego, el domingo anterior, se mostró reacia a cualquier tipo de compromiso. Era irónico que el hombre más rico y envidiado de Clair de Lune, hubiera perdido el corazón por una mujer que podría no quererle.

¿Qué debería decirle a Nancy? Decidió que dependería de ella. Si ella le amaba y le necesitaba, él mantendría su promesa de casarse con ella.

Pero si no era así…

Un grito desde el interior de la casa le sacó de sus pensamientos. Jim echó a correr.

Cruzó el invernadero, el vestíbulo y otro grito salió del salón.

Mientras entraba corriendo, vio que Annie estaba a salvo en su parque en medio de la habitación. Jim siguió su mirada y vio a Grace colgando de las balaustradas, dando patadas furiosas a Rocky, que le estaba golpeando las piernas con una escoba.

—¡Él no lo es! —gritó Grace—. ¡Pero ella sí!

—¡Retíralo o te romperé las medias!

En lo alto de las escaleras, Nancy extendió los brazos intentando pacificarles.

—Estoy segura de que podremos solucionar esto si dejáis de… —se calló al ver a Jim—. ¡Gracias a Dios que has llegado! Se han

vuelto completamente locos.

Jim se enderezó y gritó:

—¡Firmes!

Rocky tiró la escoba y saludó. Grace saltó sobre la barandilla, cayó en las escaleras y se puso firme.

—¡Papá! —gritó Annie orgullosa.

—Hola, bonita —Jim se dirigió a los otros—. ¿Tengo razón al suponer que esta vergonzosa demostración infantil tiene que ver con Hugh Bemling y Marie Pipp?

—¡Ella dijo que la decana es una gallina vieja cuyas recetas saben a comida de pollos! —declaró Rocky dolido.

—¡Él dijo que Hugh es un pavo real estúpido! —replicó Grace—. ¡Un pavo real, precisamente él!

Jim estaba cansado de oír siempre lo mismo.

—Yo creo que los dos están celosos —les dijo—. Y sugiero que dejen ya el tema.

Los dos le miraron fijamente.

Jim sacó a su hija del parque y subió las escaleras, pasando junto a Grace.

—Pueden tomarse el resto del día libre.

—Pero yo tengo que preparar la cena, señor —protestó Rocky.

—Prepare cualquier cosa o nada. No quiero volver a oír estas discusiones.

—Sí, señor —dijo el mayordomo cabizbajo.

Jim estaba empezando a sentirse culpable. Odiaba ser duro con sus viejos amigos.

—¿Estás bien? —le preguntó Nancy cuando llegó a su lado—. Normalmente no eres tan irritable.

Él llevó a la niña al estudio de la segunda planta, una habitación grande y soleada con su propia cocina y balcón. En la alfombra se habían colocado un par de enormes osos de peluche, y dejó a Annie junto a ellos.

—Quiero hacerte una pregunta —le dijo a Nancy cerrando la puerta.

La miró. Nunca había estado más guapa. Su figura alta y esbelta

resaltaba con la falda oscura y americana a juego sobre una camisa a medida. El pelo le caía sobre los hombros.

—¿Es por lo de la infertilidad? No te culpo si estás enfadado.

—No, no es por eso. Solo quiero saber una cosa. ¿Me amas?

En el suelo, Annie gateó hasta Nancy y se agarró a su falda para intentar ponerse de pie. Con cuidado, Nancy la separó.

—Eres una de las personas que más quiero en el mundo.

Obviamente, Jim no había sido claro.

—Deja que haga la pregunta de otro modo. ¿Estás enamorada de mí?

Annie siguió de nuevo a Nancy, y dio un tirón a la hebilla de sus zapatos de charol. Suspirando, Nancy volvió a separarla y se alejó dos pasos de la pequeña.

—Es una pregunta complicada.

—No debería serlo —Jim la miró a los ojos, y vio en los de Nancy un anhelo que le partió el corazón, aunque no creyó que fuera por él—. Estás buscando algo, pero no creo que lo encuentres aquí.

—¿Has cambiado de opinión respecto al matrimonio? —le preguntó ella.

—Dime la verdad. ¿Realmente quieres tener niños?

—En teoría sí —dijo ella, dando rápidamente dos pasos alrededor de Annie, que iba directa a sus tobillos.

—¿Y también quieres un marido en teoría?

Nancy se cruzó de brazos.

—Jim, siempre te he considerado a ti como el hombre perfecto.

A Jim le sorprendió que la mujer más perspicaz que conocía, fuera tan estúpida en lo referente a sí misma.

—Nancy, ¿de qué tienes más miedo? ¿De cumplir los cincuenta y descubrir que no tienes familia o…

—De fracasar —terminó ella por él.

—¿De fracasar en qué?

—En todo —dijo con la barbilla temblorosa—. Trabajo, hogar, amor… Quiero tenerlo todo bien atado y a salvo. Quiero ser una mujer completa para que nadie pueda encontrarme ningún defecto.

—¿Incluso aunque eso te haga desgraciada?

Jim recogió a su hija y encontró un juguete para que jugara. Ella le dio vueltas y vueltas, lo sacudió y sonrió cuando sonó.

Una extraña expresión cruzó el precioso rostro de Nancy. Al principio, Jim no lo reconoció, pero entonces vio que era alivio.

—Tienes razón —admitió ella—. Realmente no quiero niños. Son preciosos y especiales, pero no me interesan.

—Aprecio tu sinceridad.

Y como había empezado con las confesiones, Nancy no pudo parar.

—Yo tenía una imagen de mí misma… ya sabes, un escenario fantástico… en el que me nombraban Madre del año en alguna revista. Podía ver la foto y estabas tú conmigo, y Annie. Estaba retocada para quitarnos los defectos. Parecíamos perfectos.

—¿Defectos, yo? —bromeó Jim.

—Me avergüenza admitir que eso no es todo —siguió Nancy—. Ese mismo mes, yo estaría en la portada de otra revista como la Psicóloga del año. ¿Puedes imaginarlo? ¡Debo ser la mayor egoísta!

—Justo lo contrario. Anhelas el reconocimiento de otros porque no te respetas lo suficiente, Nancy. No necesitas ser la madre ni la psicóloga del año. Eres una amiga estupenda y una persona maravillosa, y puedes ser quien eres sin disculparte por ello.

Unas lágrimas cayeron por las mejillas de Nancy, y entonces echó los brazos hacia Jim.

Y antes de que Jim pudiera recobrar el aliento, Nancy dio un paso atrás.

—¡Espera un momento! —dijo saliendo de la habitación.

Jim estaba en el suelo jugando con Annie cuando Nancy regresó casi media hora después.

—Estoy haciendo el equipaje y me iré a la casa de mis padres hasta que encuentre un apartamento —Nancy le dio un papel doblado —. Por favor, dáselo a Dex de mi parte. ¿Lo harás?

—Claro —Jim se levantó—. ¿Estás segura de que esto es lo que quieres hacer?

Ella sonrió, pareciendo más feliz que nunca desde su llegado.

—Me siento idiota por no haber sido antes más sincera, contigo y conmigo misma. Realmente creía que quería hacer este trabajo.

—Llámame cuando estés instalada. No quiero perder el contacto.

—¡No te preocupes!

Ella salió de la habitación y agarró su equipaje que estaba en el vestíbulo. Jim la siguió con Annie.

En la cocina, Grace y Rocky estaban sentados mirándose fijamente. Aparentemente habían dejado de pelear por deferencia a Jim, pero ninguno mostraba señal de dejar en paz al otro.

—¿Por qué no admitirán que están enamorados el uno del otro? —preguntó Nancy al pasar.

Grace movió la cabeza disgustada, aunque pareció pensativa al extender los brazos para tomar a Annie.

—¿Se marcha?

—Es lo mejor —replicó Nancy—. A veces es difícil ver la verdad incluso si se tiene delante de las narices, ¿verdad?

En el jardín, Kip estaba arrodillado con una pala, sacando una mala hierba.

—Tiene un precioso tono melocotón —le dijo a Nancy cuando pasó a su lado—. Pero me alegra que se marche si eso le hace feliz.

—Muy feliz.

Nancy besó a Jim en la mejilla, cargó sus maletas en el coche y se marchó.

Jim se quedó de pie en la carretera, dejando que el sol de abril bailara sobre sus hombros. Todavía quedaba bastante luz de sol para dar una vuelta en bicicleta, así que fue a ponerse unos pantalones vaqueros.

Angustiada, Dex intentó por undécima vez pensar en alguna frase para comenzar su tesis. Toda la información que necesitaba estaba en sus notas, pero no podía concentrarse.

A través de la ventana abierta de su apartamento entraba el aroma a hierba recién cortada. Con la brisa de la tarde, los pétalos de las flores daban vueltas en la calle.

El árbol junto al garaje estaba dejando caer sus pétalos morados en tal cantidad que en poco tiempo quedaría desnudo. Luego aparecerían las hojas verdes del verano y finalizaría otra primavera en Clair de Lune.

Nunca antes había lamentado la transición de una estación a otra. Pero quería aferrarse al encantamiento de esa primavera que

había pasado a sus veintiséis años en caso de que nada igual volviera a repetirse en su vida.

El crujido de neumáticos de bicicleta le indicó que alguien estaba pasando por encima de la alfombra morada. Quizá fuera Cora, pero entonces oyó una voz de barítono entonando una anticuada canción: *Una bicicleta para dos*.

Dex se quedó clavada en la silla, incapaz de creer lo que le decía su corazón. Jim Bonderoff no podía estar montando en bicicleta debajo de su ventana, y dándole una serenata sobre estar locamente enamorado.

Con un esfuerzo, Dex se acercó a la ventana y miró fuera. Había un hombre montado en bicicleta mirando esperanzado hacia ella. Al verla, agitó una rosa.

—¿Una flor para mi dama?

A ella le habría gustado tener un balcón como el de Julieta. ¿Aunque de qué servía un balcón sin plantas por las que trepar?

Eso no podía estar sucediendo. Y ella no debía permitir que sucediera. Para empezar, ese hombre estaba comprometido. Y además, al otro lado de la calle, la señora Zimpleman había salido al porche y estaba mirando a Jim, intentando averiguar quién era.

—¡Espera! —gritó Dex, saliendo.

En la base de las escaleras, Jim le dio la rosa.

—La cultivó Kip —dijo, aún en la bicicleta—. Sé que parece rosa, pero él dice que es roja.

Ella aspiró el rico aroma de la flor.

—¿Y Nancy?

—Me pidió que te diera esto —le dio una hoja doblada—. Me tomé la libertad de leerla y estoy de acuerdo en todo.

Dex abrió el papel:

*Por favor, ¿te casarás con este hombre y me quitarás de las manos a esa pequeñita? Es adorable, pero creo que lo mío no es ser madre. Con cariño, Nan*cy.

Al otro lado de la calle, el rostro de la señora Zimpelman se iluminó al reconocer a Jim. La mujer estaba tan emocionada que, durante un rato, no se movió.

—No entiendo por qué es tan amable Nancy —dijo Dex—, especialmente sabiendo que no puede tener hijos.

—No quiere ninguno —Jim sonrió—. Sólo nos amaba a Annie y a mí en teoría. Estoy libre, Dex, y ella también. Y he venido con un propósito.

A Dex le dio un vuelco el corazón, pero intentó no demostrar ningún sentimiento. No quería hacer el tonto. Sólo porque un hombre cantara una canción de amor, no significaba que estuviera declarándose.

Pero le amaba demasiado. Sus sentimientos le asustaban. El muro seguro que se había construido durante años y que había reforzado durante los días anteriores, se estaba desmoronando.

—Verás —continuó Jim—. Yo amo a la mitad de Annie que eres tú y a la mitad que soy yo. Y creo que encajan juntas perfectamente.

—Es una niña estupenda —declaró Dex.

—Tenías razón en una cosa. Ella necesita un padre y una madre que la quieran y se amen el uno al otro. ¿Y sabes una cosa? Ya los tiene.

—¿En serio? —preguntó Dex, temiendo que fuera a hablarle de alguna otra novia.

Al otro lado de la calle la señora Zimpelman abrió su teléfono y se puso a hablar, sin dejar de mirar a Jim.

Dándole la espalda a la vecina entrometida, Jim levantó la barbilla de Dex con un dedo.

—Te está costando mucho aceptar que te amo, ¿verdad? —dijo Jim, haciendo que Dex se quedara muda—. Para una mujer que no tiene miedo de casi nada, te aterroriza que alguien se acerque a tu corazón —continuó Jim—. Pero ya es tarde. Nos amas a Annie y a mí, ¿y qué puedes perder? Casémonos y todo quedará equilibrado.

—No… no sé —tartamudeó Dex.

Jim se bajó de la bicicleta y se acercó a ella.

—¿Vas a subir a tu casa sin mí o prefieres que te tome en brazos y le demos a esa fisgona algo de qué hablar?

Con una velocidad vertiginosa, Dex dio media vuelta y obedeció. Él la siguió. Dentro, Jim no acababa de cerrar la puerta cuando ella le abrazó, desesperada por tocar su cara y sus hombros, por sentirle contra su cuerpo.

Jim suspiró feliz y la besó. La llevó al sofá y le ayudó a quitarse el amplio jersey y los pantalones vaqueros.

Ella no podía desabrochar la camisa de Jim con la rapidez que quería. Sus pezones erectos se frotaron contra su pecho, y pudo sentir su erección contra ella.

—¿Te casarás conmigo? —le preguntó Jim con suavidad.

Colocada encima de él, Dex le acarició entre las piernas, animándole. Él estaba tocando su punto más vulnerable, listo para ella, y ella para él.

—Di que sí —susurró Jim.

Los labios de Dex rozaron su boca y empezó a contonearse encima de él, sin poder más de necesidad.

Jim la rodeó con un brazo y la sujetó. Tenía el control, pero se detuvo.

—Di que sí.

La seguridad era una ilusión. Ella le amaba, y si alguna vez quería ser una persona completa, tenía que abrirse y dejarle entrar… en todos los sentidos de la palabra.

—¡Sí! —jadeó Dex.

Y cuando quedaron satisfechos, fue todo lo que ella había anticipado… y más. Mucho más.

Cuando bajaron, a Dex le sorprendió ver que la señora Zimpelman había abandonado su puesto. Entonces vio a Marie Pipp plantando perejil en el jardín.

—He mandado a esa fisgona a freír espárragos —les informó la mujer—. Ha tenido el valor de entrar en mi propiedad. Algunas personas necesitan tener una vida —les sonrió—. Me alegra que todo esté arreglado.

—Vamos a casarnos —dijo Jim.

—¡Felicidades! —Marie sacó un libro de cocina de una cesta que había a su lado—. ¿Le importa darle esto a Rocky? Hay algunas recetas que le gustarán.

—Está invitada a probarlas en cuanto estén listas —dijo Jim.

—No hay prisa —Marie sonrió—. No nos gustaría poner celosa a Grace.

Marie volvió su atención al perejil, y la pareja se marchó en sus bicicletas junto con los últimos rayos de luz de la tarde.

Jim no se había sentido tan deliciosamente fuera de control

desde que era niño. No sabía qué hora era, y no le importaba.

Mientras pedaleaban, pensó que en poco tiempo toda la ciudad sabría las noticias de su compromiso roto y rápido noviazgo. Dex y él ocuparían su lugar en los anales de la historia de Clair de Lune, ¿pero qué importaba? Nada le preocupaba mientras ella estuviera a su lado.

Al llegar al garaje, oyó la peculiar risa de Kip. Miró hacia el jardín y vio a su amigo caminando de la mano con una Cora de rostro alegre.

—Las buenas noticias vuelan —dijo Dex.

—En esta ciudad, sí.

Abriendo la puerta del invernadero, Jim casi tosió al oler a picadillo frito. La verdad era que le había dicho a Rocky que preparase lo que quisiera para cenar. Pero el hombre odiaba el picadillo.

Aunque Grace lo adoraba.

Con Dex al lado, Jim entró en la cocina. Grace estaba sentada con Annie dormida en brazos, mientras que Rocky removía los contenidos de una gran sartén. Tanto él como ella, tenían expresiones felices.

Jim decidió no mencionar el libro de cocina de Marie Pipp. Habría tiempo más adelante, después de que la nueva felicidad de la pareja hubiera madurado para excluir los celos sin fundamento.

Dex acarició la mejilla de su hija, pero no la despertó.

—No volverá a tener que preguntar por su mamá, porque siempre estaré aquí.

—¿Ya no tienes miedo? —preguntó Jim.

—¿De ser descuidada y crítica? ¡Creo que lo más seguro es que sea tan superprotectora que ella tendrá que darme un empujón!

Pasaron al estudio. A través de las puertas de la terraza, vieron las flores espumosas de un tulipán.

—Esto es precioso —dijo Dex.

—Sí, lo es —declaró Jim—. Es como llegar a casa después de un largo viaje.

—Recuérdame que no vuelva a irme.

Jim la sentó en su regazo.

—No te preocupes. No te dejaría marchar.

Fuera, una suave brisa agitó el tulipán, llenando el patio de

flores blancas, igual que los pétalos en una boda. Todo era perfecto.

Fin